

Los Escritos del Oidor

William Guillén Padilla



Petroglifo



Lluvia Editores

LOS ESCRITOS DEL OIDOR (1997-2002)

Edición al cuidado del autor.

1ra. Edición, Fondo Editorial de la Municipalidad Provincial de Cajamarca y Ediciones Petroglifo, noviembre 2006

2da. Edición, Lluvia Editores, febrero 2007

3ra. Edición, Lluvia Editores y Petroglifo, 2009

Copyright © 2005, **William Guillén Padilla**.

wguillenpadilla@hotmail.com

www.geocities.com/wguillenpadilla

© De esta edición:

Lluvia Editores y Petroglifo, 2009

Ilustración carátula: “**Lectura Alegre**” de **F. Antinolli**.

Cortesía: Bar Restaurant **Los Frailones**, Cajamarca, Perú.

Fotografía de **Oscar Mimbela**.

Pre prensa e impresión: Lluvia Editores

ISBN 9972-2558-1-6

D. L. BNP 2005-1464

Hecho e impreso en el Perú

Inicio

Este libro nació adherido a mi piel, sin otro abrigo que la aterradora, y luego productiva, realidad de sentirme extremadamente solo. Brotó una madrugada similar a aquella en que me desprendí de mi madre, cuando el frío y el granizo eran una fiesta aparte en nuestro amado Hualgayoc. De mi madre aprendí a amar la naturaleza y los libros, y para ella guardo mi mejor palabra, mi libro esperado; de mi padre cultivé la pasión por la pintura y la voluntad por concluir bien la tarea planificada.

Muchos años después de mi nacimiento, en Cajamarca —ciudad que ha cobijado gran parte de mi vida— escribí el primer micro cuento de este libro que germinó como las plantas: rompiendo obstáculos para salir y sentir el mundo con sus vientos implacables y sus rosas amables. Así nació este libro. Y se hizo entre mudanzas obligadas, decisiones rápidas, trabajos absorbentes, enfermedades imprevistas, ausencias inesperadas, alegrías buscadas y nuevos hijos (en ese lapso escribí, además, un libro de poesía llamado *Planetario Astral*, avancé uno de cuentos titulado *Actos & Relatos* y adelanté una novela corta que concluyo a pocos. Arrastré otro de poesía que se llama *Fotosíntesis* y uno que nunca acaba: *Poemas*

al Paso. Planifiqué mi proyecto mayor: una novela que aún reclama tregua a mis labores diarias para llegar a su esperado final).

Junto al arribo de los primeros micro cuentos de este libro desbordaron incontrollables las anécdotas colectivas y personales, los cuentos imaginados por familiares y amigos, y lo que la fantasía de su autor alcanzó crear. Todo se sumó al coro de personajes y lugares que me invadieron y me persiguieron durante seis años (1997-2002). Sobre los cimientos de recuerdos, unos más claros que otros, los reconstruí, recreé o distorsioné y los convertí en micro cuentos. Algunos, en el rigor de la corrección, fueron desplazados y nunca más traídos a cuenta. Otros se corrigieron con terquedad y acabaron mutando. Todos, como entes vivientes, fueron mirándome en cada esquina, en cada caminata eterna, en cada centro de trabajo; en cada callecita o puesto de periódicos fueron espíandome y, a fuerza de insistencia y voluntad de vivir, acabaron integrándose en este libro que titulé: *Los Escritos del Oidor*.

El proceso creativo consistió en anotar en una libretita cada idea de cada relato que “oía” o “se me ocurría”, escribir ideas secundarias y, si el tiempo o la imaginación me lo permitían, sugerir un final. Así fue haciéndose a partir de notas que sólo yo entendía.

Pero la tarea concluyente y los finales de cada relato se hicieron en el ordenador que, cada vez me convenzo más, fue inventado por científicos con almas de poetas.

Escuchar atento fue la tarea principal; sin hablar para no interrumpir: ser testigo más que protagonista. No hubo calma ni pretendí silencio para escribirlo. Me adapté, como los líquenes, a crearlo en medio de una ciudad bulliciosa e indiferente. No hubo tregua para la corrección y se hizo a fuerza de fe y persistencia.

Al pasar los años, *Los Escritos del Oidor* fueron alimentándose de mi sangre y mis sueños. Hubo alguno que me despertó de madrugada para dictarme el final tantas veces buscado. Otro hubo que me obligó a rehacerlo en medio del abrumador trabajo que me permitía sobrevivir. Cuántas veces los habré leído en voz alta, y otras en silencio para no despertar a nadie...

Superada la soledad terrible y productiva de los inicios, este libro fue creciendo rápido en el calor del hogar que a veces calienta o nos hace ceniza, alimentándose de palabras, deseos de ser escrito e invitándome gratamente a concluirlo. Se hizo así voluminoso y difícil de controlar. Creció como un molle, lo regaron la lluvia y el viento riguroso de la vida. Y ahora, ya frondoso y humano, va por su propio camino

dejando a su autor a la orilla de algún lago de versos retomados, nuevos micro cuentos y dibujos coloridos.

Sin embargo, hay que subrayarlo, este libro se creó —fundamentalmente— de un inmenso deseo de contar. Nació como un pago a la tristeza, como una devoción a lo que no retorna. De allí que estos *Escritos* sean un tributo a la vida que es posible siempre, a la muerte que es inevitable a veces, y a la literatura que me acompaña cada día haciéndome recorrer escenarios nunca antes transitados.

Finalmente, debo decir que he dedicado este libro a mis hijos. Inicialmente a Giovy y a Luis, pues la chispa que encendió la hoguera de escribirlo provino de mi deseo de inventarles cuentos para leérselos; a ellos debo la centella que empezó este fuego narrativo. Luego a Iván, Karla y Augusto, quienes lo avivaron y mantuvieron vivo. Y, por supuesto, a la memoria de Mamá Clotilde, mi abuela materna, de quien escuché tantas historias en las noches de mi infancia, en Hualgayoc, junto a sus hermanas, a mi madre y familiares a quienes llevo en mi corazón como latidos.

Cajamarca, Perú. Abril 26. 2003.

William Guillén Padilla

A Giovy y Luis,
por quienes inicié esta escritura
—y junto a ellos a Iván, Karla y Augusto—,
este tributo evidente de la infinita deuda
del amor que nunca acaba.

A la memoria de Clotilde Espinoza Vásquez,
de quien aprendimos que la mejor literatura
la disfruta el que atento oye.

Oír para creer.

El Oidor

Devaar mush darad, mush gush darad.
(Hay ratones en las paredes, hay orejas en los ratones).

Proverbio Persa

Sara

—Sara es mi corazón andante: faro, montaña, estrella, camino. Sara es mi alma en paz conmigo. Sara es Sara: amanecer, puente, puerta. Eso ni el comienzo es, pues Sara es Sara: mi hija pequeñita que rompe en llanto sobre mis brazos cuando le digo que su papá falleció en la guerra... ¡Oh, padre, deme una penitencia para ser perdonada por semejante mentira!

—¿Tienes algo más que decir en esta confesión, hija mía?

—Sí, padre, realmente por lo que vine: Sara es... hija suya.

El confesor mira sin asombro a Patricia, quien presurosa se incorpora y atraviesa el templo para alcanzar la calle donde la espera Sara.

“Esto será un secreto más para sufrir”, piensa el viejo cura, buscando en su prodigiosa memoria los detalles de su primer cumpleaños en su nueva parroquia: los ocho botellones de vino añejo, la alegría de su corazón y la única vez que incumplió sus votos de castidad. Inmediatamente imagina la carta que escribirá a su obispo, explicando el porqué de su renuncia.

Patricia, por su parte, abraza a Sara, suspira y siente un gran alivio: el Día de los Inocentes ha tenido un buen comienzo.

El humano error de Andrés

Andrés empezaba a cortar, cada seis de la mañana, las porciones de alfalfa que con agrado cultivaba. Hoz en mano pasaba saludándonos. Lo acompañábamos, generosos, hasta donde empezaba su granja. Paso a paso repasaba su propiedad; en sus ojos habitaba un hermoso jardín que jamás dejó de producir. Daba gusto verlo sonreír al contestar el saludo de retorno. “Buenas tardes, don Andrés”, le decían. Y él, siempre tan gentil, sólo hacía una venia. Así pasaron muchos meses antes de enterarnos que fue él el hombre que envenenó la carne con que murieron nuestros padres.

Nunca lo supo, pero fuimos nosotros, los pastores alemán y los dóberman, quienes aullamos toda la noche cuando su cuerpo inerte nuestro dueño por el pueblo arrasaba.

Un solo error había cometido Andrés: incendiar las chacras vecinas para ausentar a las ratas de las cuales nuestro dueño y nosotros nos alimentábamos.

Deseo mortal

Cuando tía May iba a dar a luz, exigió llamar al cura del pueblo. Alegre de servir al prójimo fue a casa de mamá Moy, donde vivía May. “Toda mujer embarazada tiene antojos”, decíamos, justificando su pedido.

Pidió morder la nuca al noble cura. Sorprendido, dijo que sí.

Pobre, murió desangrado, pero feliz.

Monólogo del árbol llamado Pino

Al Pinnus radiata

Miro el cielo. Son las doce y diez de la tarde. Miro las nubes, sus formas: un anciano de perfil, disolviéndose. Otro anciano, menos tenso, con el ojo derecho como gancho. Puede ser una llama, o un perro, o una libélula que se convierte en caballo, un caballo que ya parece Marcelo. Giro mi mirada. Es una niña que llora; el arco iris de algodón que siempre soñé; la extraña forma del carpintero mutilado; el amigo que partió con sus ilusiones a otros continentes; el perro de María, la lechera; las manos de Eugenia, la lavandera.

Lo anterior bien pude haberlo disfrutado antes, cuando anduve quieto como cualquier árbol de mi entorno, libre de paja y no de polvo. No ahora que —convertido en ataúd— me llevan sobre Marcelo, el burro de María, para el entierro de Eugenia.

La esperada muerte del gran amigo

Bizcocho era travieso y —excepción en su especie— no cazaba ratones. Bizcocho era cariñoso y dormilón; burla de ratas y cucarachas. Bizcocho era así, qué se le iba a hacer.

Tenía el color —nadie habría podido contradecirnos— de un verdadero bizcocho; por eso hoy el abuelo lo ha confundido: dormido en la panera lo ha partido en dos. Él no deja de lamentar su buena manera de comer bizcochos y panes: con la gran bayoneta de oficial jubilado.

En todo este drama nadie más preocupados que nosotros, los ratones que nacimos en la cama de Bizcocho, el enorme y amable gato que hoy ha muerto.

Recuerdo fugaz del extraviado Dios

Era tierno, frágil y de color azul. No está de más decirles que se llamaba Mareno; para algunos su nombre era causa de risa, pues no sabían que su nombre real —como de todo ser viviente— sólo Dios lo sabe.

Su padre no era un lobo; era el mar —mezcla de río y galaxia— con el que algunos padres asustaban a sus hijos, diciéndoles, por ejemplo, que si se portaban mal los llevarían y arrojarían en él. Este nuestro lobezno tenía por madre a la arena, de allí el color blanco de sus pequeñas orejitas que escuchaban más allá de la cordillera.

Cuando murió le di a conocer su nombre real y por ustedes me preguntó. Qué decirle, sino que son buenos como él, y que, aunque no tengan —es una pena— color azul, son casi siempre bondadosos; excepto hoy, claro, que por curiosidad arrojaron al mar a nuestro querido lobezno Mareno, para averiguar si realmente sabía nadar.

Pequeño detalle

Teníamos siempre, desde el primer grado, maestros aburridos a quienes nunca entendimos. Manuel Castrejón, nuestro maestro en segundo grado, por ejemplo, siempre gritando, siempre haciéndonos marchar; o el maestro Margarito Maletas, para quien nunca nada bueno había. Todos eran así, hasta que por fin nos llegó la suerte al cuarto grado: tú, Inocencia Carmelita, la primera maestra que el pueblo conoció, egresada de la universidad.

Hasta ese día, créenos, no habíamos visto una mujer con lentes tan bonitos y gruesos como los tuyos. Ese día saltamos de alegría, ¿recuerdas? Por fin —ya era tiempo— una maestra en nuestra vida de estudiantes.

Lo primero que nos enseñaste fue a cantar. Tu voz tenía el timbre de la campana más pequeñita del templo.

Cómo olvidar esa canción que nos hiciste repetir más de cien veces para aprenderla:

*Yo no soy buena moza,
yo no soy buena moza,
ni lo quiero ser,
ni lo quiero ser;
porque las buenas mozas,
porque las buenas mozas,
se echan a perder,
se echan a perder.*

Entonándola nos pasamos toda la mañana. Olvidaste el recreo y las siguientes horas de clase; de pie cantando, siempre cantando, repitiendo otras estrofas de la misma canción que ahora no queremos recordar. De aquello han pasado veinte años.

Y hoy —armándonos de valor— hemos venido, maestra Carmelita, a informarte por qué realmente te expulsaron montada en burro y vergüenza: teníamos diez años, no existía ninguna mujer en nuestro salón de clases y habías olvidado —pequeño detalle— que llegaste a enseñar a la Escuela Pre Vocacional de Varones N° 1111 de Torón, Tierra de Machos.

Historia de Alindor

Era un hombre con bigotes tan grandes que se iba de bruces cada vez que se los mojaba. Su cabello lo arrastraba diez metros tras de él. Puro harapos y miseria iba camino a la iglesia. “Mírenlo, otra vez el viejo Alindor”, murmuraban las ancianas, devotas fervorosas del templo. Y él, mirándolas, despreciaba su aroma a incienso.

Cada cinco años llegaba para que con sus cabellos y bigotes restauraran las cabelleras y barbas de los santos de la iglesia. Nadie más feliz que el cura. En realidad, en el pueblo todos usaban peluca —veinte años antes una extraña enfermedad les produjo una calvicie general—; de allí los robos frecuentes de pelucas en el templo y por eso la presencia de Alindor: jardinero jubilado que venía del norte, sólo para ser rapado y afeitado en el atrio del templo, entre aplausos y vítores que hoy nadie quiere comentar.

Alindor murió ayer, ahorcado en su larga cabellera, lamentando las nuevas disposiciones eclesiales: los santos, a partir de ahora, vendrán con sus cabellos y barbas pintados para facilitar su limpieza.

Enfermedad desde la infancia

Tengo seis años, estoy perdido y hay neblina por todos lados. Minutos antes tuve una visión: un camión con mucha gente pasó delante de nosotros y fui corriendo por detrás con la esperanza de darle el encuentro y acortar la caminata. Al voltear la primera curva no más camión, no más compañía (tía Blanca y mis primas por ninguna parte).

Una mina enorme —con veinte y una cruces en la entrada— delante de mí. Casas abandonadas de cuyos techos filtra antimonio; un viejo cementerio en frente y yo, asustado. Deben ser las seis y treinta de la tarde y estoy tres veces perdido: no sé en qué lugar me encuentro, no sé el porqué, ni qué pasará.

A lo lejos alguien se aproxima. Pequeño. Tirantes y pantalones cortos. Me mira. Lloro. Está perdido. Me abraza. Lo abrazo y por fin despertamos de otro mal sueño.

Muchos nos miran y me doy cuenta que ese niño de pantalones cortos y mirada triste, soy yo.

Mi epilepsia: mezcla de muerte y esperanza de vida eterna que nunca llega.

Visiones pueden no ser

Son las cinco en punto de la mañana, no hay luz eléctrica y todo tiene aspecto de ataúd visto por dentro.

El veinte de abril soñé que llegaban, dorados, al patio de la casa. Ese mismo día se lo conté a mis familiares; dijeron que estaba loco y estuve a punto de creerles. “¿Extraterrestres por aquí?, por favor...”, me repetía Juan, el mayor de mis hermanos.

Llegaron en un disco inmenso y como a cincuenta metros del patio se quedaron. Los vimos mi mujer y yo; ella ya no cuenta este suceso, porque se ha convencido que está loca. Yo, en este manicomio, comienzo a dudar si fue cierto.

Hoy hace setenta días de aquello y ya quisiera fugarme, esta vez solo, para encontrarme con Arlakesg, la mujer de otro mundo que mentalmente me comunicó un secreto que ha quedado, hasta hoy, entre nos: Dios es la Fuerza Cósmica Viviente que nos permite vivir, y vivir es soñar, y soñar pensar secretos, y en secreto vivir para escribirlos.

Pero es imposible fugarme: una camisa de fuerza me lo impide, además mi siquiatra —más loco que yo— todo el día me pregunta cómo fueron esos seres de los que hablo siempre. Ya no sé ni qué decirle, sólo con compasión huelo su cara de sapo que con furia muerdo.

La cambiante violinista

Su pelo reventaba a las seis y diez de la mañana, cuando el sol entraba con fuerza por la pequeña ventana del cuarto donde vivíamos. Geniatha abría sus ojos azules y empezaba mi vida a tener otro sentido. Sin más ropa que su violín me miraba y yo, avergonzado, sólo esperaba que me bese y acaricie.

Qué decir de su aroma; ninguna flor, ningún perfume en el mundo se comparaba con el olor que ella tenía. Su piel de vidrio, blanca como cal, asimilaba formas de frutas, desiertos y, a veces, de extrañas aves que con discreción ocultaba. Su voz no era de sirena del cinema; no podía ser tan artificial. Tenía las cadencias de los vientos de las alturas, de los montes más ocultos. Sus labios juntaban otros deseos: ser amada por alguien —como ella— capaz de crear letra y música de canciones de amor. En sus manos había países, sueños, cuerpos que yo odiaba con cierta complicidad y que, sin embargo, compartía feliz.

Podría decir que no la amaba, pero sería mentir. No sé si ella a mí. Lo cierto es que al llegar Joel a su vida abandonó ese modo peculiar de amarrarse el cabello por la mañana, de recorrer el cuarto con pasitos de ballet, de estirarse para alcanzar los

utensilios de cocina, de beber vino blanco a sorbos cortos y de reír a carcajadas. Por él dejó el violín; por él, a mí; a todos, por él. A solas escribiría a sus familiares contándoles acerca de él, siempre de él; una cortina de hielo reemplazó nuestra relación.

En la actualidad, después de tantos años y sucesos, Geniatha no se cansa —mientras sus dedos siguen saltando airosos sobre las teclas blancas y negras— de repetir que Joel sigue siendo el mejor instrumento de cuerda que en sus ochenta años de vida conoce. Por eso yo —colgado e ignorado en la pared de su sótano— pienso que si yo no fuese un charango roto y empolvado, otra sería la suerte nuestra.

La mujer del torero

Hay gente que nació triste, sino obsérvenla. Su pelo cubre un rostro temeroso; la incertidumbre rodea unos ojos de cielo serrano que nadie sabe a dónde miran, pero sí lo que buscan.

Juan Alonso, su esposo y famoso torero, ha muerto mirando sus heridas. Y ella —constatando la ingrata noticia—, ha preferido lo mejor: vestir de luces y perseguir a Tauro, quien ha dado muerte —de la forma más humillante— a su segundo marido.

Lo ha encontrado, por fin, después de buscarlo tanto. Metido de hocico en el basural de Los Albergues lo ha ubicado: cansado, bestia negra, con las patas rascando el suelo y la cola de costado. De una sola estocada, sin dudarle, ha vengado la muerte de Alonso.

Tauro, con la lengua afuera, ha sido reconocido por su propietario, el famoso ganadero Arcángel Soriano, un anciano que después de llorar dos horas ha pedido perdón a la mujer del laureado torero.

—No tenía vacuna antirrábica, linda dama —le ha dicho diez veces, cargando el cuerpo ya sin vida del perro más bravo que en el pueblo había.

Visiones del fusilado

Una casa. Una casa blanca. Una casa blanca a la orilla del río. En el río una barca, celeste. Celeste también el pantalón de los integrantes de la patrulla de policías que se acerca. En esa barca una mujer desnuda y blanca. Blanca además la pared que limita mi huida. Amplias caderas y largas piernas de mujer dispuesta. Dispuesta la patrulla a veinte metros de mi miedo. Aún no alisten la barca ni pronuncien la palabra disparen.

Fuego en la hoguera que viene y hace de mi cuerpo la gran masa de carne y hueso que caerá al precipicio más oscuro que no conozco: venda en mis ojos. Tapaojos del caballo blanco montado a pelo por mujer desnuda, la que dejo por sueños de territorio defendido.

Sólo el oído queda. Y mucha saliva. Y un corazón que reposa en la barca más hermosa que está a punto de partir, sin más navegante que un cadáver maltrecho y sospechoso de traición a la patria.

La muerte: no una calavera; nuevamente mujer alta y rubia que sonrío y ofrece manzanas rojizas en sus blancas manos.

“¿Su último deseo, capitán?”, me preguntan. “Sólo uno”, les digo, “infórmense que la guerra terminó hace dos meses y

déjenme en paz, para vivir con la mujer que acabo de traer a mi mente”. Se han hecho los que no han escuchado y un alisten, apunten y fuego, me permite ver la casa blanca que tantas veces he soñado, con su mujer de piernas alargadas y voluminosos senos.

La barca parte, en medio de la selva, con un cuerpo que por cuarenta años me perteneció. El cielo no está azul y sólo queda la barca y yo, como pude adivinarlo.

Ya cerca, la casa blanca no parece ser tan blanca y la mujer que había soñado —en verdad otra que no se parece en nada a aquella que dejé desnuda en la cama— sólo unos huesos completos, guadaña y manto negro, abriendo sus brazos y atracando la barca.

Pero, en honor a la verdad, de lo blanco de ella sólo hay el color de mi piel inerte, de la casa una fosa común, y, en lugar de la barca, una bolsa de polietileno que descubrirán algún día cuando ya nada sea importante.

Cosas de la vida: un pestañeo el vivir, o una barca, o una casa blanca que vino tan pronto como se fue, o una mujer dispuesta y bien dotada; mujer, además, que a grandes gritos dijo estar siendo violada por mí, su hoy fusilado y ayer incondicional amante inmortal, segundos después de cerciorarse que la cabeza que aparecía por la ventana no era de la fiel sirvienta, sino de su mari-

do: el lloroso y acabado general que ordenó me fusilaran en el filo del muelle, donde —alguna vez por divina casualidad— se conocieron.

Cosas del amor: mi padraastro el general, y su amante mi último deseo mortal.

Cabalgata eterna

Le cayó un rayo y murió, instantáneamente. Antes, el cielo era un chocolate en furia y él un solitario jinete en la pampa más grande que mi imaginación alcanza soñar.

Violenta centella anunció nuevo trueno y Juan Vigo sintió ser una pluma entre tanta humedad.

Le cayó un rayo y murió, instantáneamente, les repito; pero era un hombre tan terco que se levantó enojado, montó su caballo y decidió seguir su planificado viaje.

Así cabalga diez años. Largos años sin pausas. Esta vez en el cielo, con menos prisa y mejor suerte.

Discusión elemental

César y Gonzalo no salen de su asombro. ¡Qué planta que adorna aquel patio! Pero mira el resplandor de sus blancas flores, parecen algodones. ¡Qué color más auténtico del tallo! De hecho, es una especie de la familia cactácea. ¡Qué especie tan hermosa! ¡Qué belleza! ¡Qué sabiduría divina!

Un hombrecito, a quien llaman jardinero, les ha corregido: no es una planta natural, sino artificial; una estatua en homenaje al maíz, llena de musgos, que solo estorba.

“Errar es de ingenieros agrónomos”, han dicho, tocando sus artificiales hojas de cemento.

El hacedor de justicia

—Lo aprendí, señor, de Robin Hood, El Zorro, Batman y Superman. Influenciaron en mí las interminables lecturas de marxismo, las narraciones nocturnas de mi abuela y sus trabajos de esclava en la hacienda. Lo heredé de mi tatarabuelo, quien se sublevó porque no soportaba la injusticia, la violencia insana, la torpeza animal de los humanos.

El Juez después de escuchar a Justiniano, mira a todos lados y decide escuchar también a Resignia.

—Mire señor, Valentín es mi marido y, aunque me castigue, nadie tiene derecho a meterse; por eso le he roto la cabeza a este intruso.

Justiniano la mira y no cree en lo que ella se ratifica:

—Sí, señor Juez, mi marido me pegaba y este señor se entrometió.

Con cierta molestia Justiniano se sienta, sin aire, arrepentido de haberse entrometido en una pelea de marido y mujer.

—Quise hacer justicia, señor —dice Justiniano.

Ya nadie le hace caso y llora. El juez da su veredicto: por falta de pruebas contundentes no hay motivos para ordenar el arresto del marido de la violentada agre-

sora, y Justiniano y Resignia quedan en libertad.

En el bar de la esquina Valentín toma la última copa de aguardiente para darse valor y castigar a Justiniano; porque, aunque sea el sacerdote del pueblo, nadie le salvará de ser admirador secreto —o quizás amante— de su coqueta mujer.

Justiniano sube llorando las gradas del templo, mientras se acerca Valentín a ajustar cuentas con quien tuvo la osadía de defender a Resignia en la puerta misma del dormitorio del honorabilísimo señor Juez.

Codicia de mis amigos

Para qué mentir: era la más impresionante mujer que mis amigos veían. Decían que su piel era divina; la comparaban con la de los ángeles y querubines; sus cabellos: trigales al atardecer. De sus ojos comentaban que tenían el color misterioso del mar, sólo visible doscientas millas mar adentro. No sé, en verdad, si alguna vez conocieron el mar, pero así decían y así tenía que soportarlos.

La llevaba cada lunes por la noche y ellos, en tropa, me cancelaban por adelantado con lo poco que podían robarle al rector.

Para qué hablar más: era la única mujer que mis amigos seminaristas conocían y conocerán.

Hoy es lunes, el rector nos ha atrapado y él con no sé qué cosas celestiales en este momento la compara.

Muerte a traición

Era el último toro, mi capitán. Se llamaba Barroso. En la plaza no había un alma más. Todo era fiesta. La banda de músicos que amenizaba, más alegre que las tardes anteriores, tocaba la marinera que tanto le gusta a usted: “La Concheperla”. Era una gran tarde de toros, le juro mi capitán, hasta que salió Barroso, el último toro.

Parecía un perro bóxer gigante: su pecho del ancho de este cuarto y sus cuernos como sables. Era más grande que cuatro bueyes de Juvencio, le juro que no exagero mi capitán. Un inmenso toro de lidia que asustó a toreros, matadores, picadores, rejoneadores y a cuantos estuvimos esta tarde en lo que fue la tradicional plaza de toros de Torón.

Nadie quería torearlo. “Muy alta la cabeza”, decía el matador portugués. “Toro mañoso, se le nota”, comentaba el juez de la plaza. Pero igualito nomás, la gente quería sangre y empezó a gritar: “¡Que entren esos toreros cobardes, o si no que nos devuelvan nuestro dinero!” Peores insultos dijeron, mi capitán.

A final, imagínese lo que pasó: el más diestro y experimentado torero, llegado del mismísimo Portugal, escondido en la barrera y aprovechando que Barroso pasa-

ba por su lado, sacó un revólver y lo mató. A traición lo mató. Ahí empezó todo, mi capitán, la gente en tropa invadió la plaza y agredió al asesino del pobre toro.

Éramos cinco policías intentando proteger a diez toreros de la agresión de tres mil espectadores. Qué íbamos a hacer, mi capitán, sino ayudar a lincharlos, pues somos una policía que está de lado del pueblo; pero sobre todo de usted, pues, entre nos, ese diestro torerito portugués —que de Dios goce y en paz descansa— era amante de su mujer y usted sí lo sabía, ¿verdad mi capitán?, ¿o no? ¿No? ¿No?

Decisión no grata

—Traeré un mono —le dije con tanto entusiasmo, que sus palabras me parecieron un baldazo de agua hirviendo.

—¡Bien sabes que esos animales traen enfermedades! A mi amiga Sandra, por ponerte un ejemplo, le mordió uno de esos miserables y odiosos seres y le dio rabia. ¿Cómo es posible que sin consultar tomes una decisión de ese tipo? Eres una desconsiderada; claro, casi lo olvidaba, tienes el mismo estilo de torturarme que tu padre. No piensas en los niños que viven en esta casa, menos en mis tres mininos de fina raza. Eres decepcionante, hija. ¡Ojalá no fueras mi hija..!

Mi madre se levantó y decidió continuar llorando en la cocina. Yo fui rápidamente al teléfono público y llamé a Beatriz, la propietaria de la tienda donde trabajo, para suplicarle tuviera a bien anular el contrato de alquiler de mi primer mono de peluche que aquella Navidad no pude exhibir.

Desfile bucal

—¡Como es natural, este histórico desfile lo inician las autoridades del Puesto de Salud! Allí, en primer lugar, el médico, doctor Juanito Desa Falla y sus inseparables asistentes, las enfermeras señoritas Dora y Anita Maluquish. A continuación, y siempre con aire marcial, la novísima ambulancia que presta destacados servicios a la comunidad, pero sobre todo a los más necesitados; este vehículo motorizado ha sido totalmente equipado por nuestro gobierno central... Finalmente, disculpen la emoción, los niños a quienes está dirigida esta gran campaña bucal!

El locutor continúa hablando y la música de Ludwig Van Beethoven que emite la ambulancia por dos grandes parlantes instalados en sus costados, se va perdiendo a medida que se aleja del estrado oficial.

Como Alcalde de Paitaó, democráticamente elegido por mis conciudadanos, estoy de pie, saludando este ya histórico desfile.

Los niños continúan pasando en grupos y siempre en fila de dos, transportando grandes carteles alusivos a la fecha y repitiendo frases como: la boca es la entrada de gérmenes, cuida tus dientes; lavarse los dientes es ahorro; matar la caries: un deber ciudadano...

El grupo más numeroso ha iniciado un coro que, humildad aparte, me causa orgullo:

*Nuestro Alcalde de Paitaó
apoya siempre a su niñez,
y al ver sus dientes sanos
arrodillado da gracias a Dios.*

A este coro de niños se han sumado todos y, frente a los frenéticos aplausos que el pueblo me ofrece, no puedo evitar soltar algunas lágrimas de emoción.

Cuando me dispongo a agradecerles públicamente por el reconocimiento a su cariño, tengo que salir discreta y momentáneamente. La razón: ninguno de los que me aclaman tiene dientes.

Frente al gran espejo de la Alcaldía me coloco con gran prisa mi prótesis dental para retornar al desfile donde pronunciaré mi obligado y bien logrado discurso de evaluación de estos cinco años de intensa, e inigualable, campaña bucal: trabajo predilecto de mis dentistas y asesores.

Reflexiones últimas del buen curandero

Me lo enseñó mi suegro. Él lo aprendió de su abuelo y su abuelo de su padre, y aquél de su suegro, como yo.

No es asunto difícil esto de ser buen curandero; lo difícil es no saber qué hacer con tanto dinero y clientela.

Me lo enseñó mi suegro. Y tal como él lo anunció, exactamente como lo predijo, moriré hoy, despedazado entre tantos y variados regalos forrados con dinamita y mechas prendidas que han dejado —por todos lados— mis no tan agradecidos clientes.

Toma de decisiones

—El fragmento principal de la carta que el Gobierno Germano nos hace llegar, dice así: “Les enviamos tres cámaras frigoríficas para que su uso sirva en el desarrollo de su querida patria, pero especialmente del pueblo de Torón”.

Nuestro Alcalde y la mayoría de regidores acuerdan —después de amplio debate— redactar una carta de contestación, cuyo texto —no me sorprende, pues vivimos en el país de las maravillas—, dice: “Recibimos las tres cámaras frigoríficas con sus respectivas unidades móviles, las que usaremos para transportar cemento, arena y agregados, para la construcción de la plazoleta en homenaje a la grata relación germano-peruana, que por siglos perdurará”.

Yo, como único Regidor de oposición, intento detener semejante acuerdo. Todos me miran con ojos de fuego y me echan de la sesión, por estar —según ellos— en contra del progreso y desarrollo del pueblo que nos eligió.

Pero no me quedaré así, escribiré otra carta, explicando las razones por las que me opongo y mi inalterable propuesta: en lugar de utilizar las cámaras frigoríficas para cargar cemento, arena y agregados, se deberían transportar piedras y palos con

el fin de desviar el cauce del río que amenaza con desbordarse: obra fundamental en Torón.

Flashman

Mi reloj marca las tres en punto de la tarde. Estoy sentado frente al espejo principal y no puedo evitar matar mi curiosidad.

—Disculpe, caballero, ¿quién es el peluquero más rápido del mundo? —le pregunto al señor de bigotes de nieve, al parecer único empleado de la peluquería “El Cortador de Pelo más Rápido del Mundo” quien, mientras empieza a cortarme el cabello, me mira y esboza una sonrisa que me anula cualquier repregunta.

He llegado después de seis meses. Anduve por las montañas, buscando desertores y sólo hallé pueblos en ruinas, gente triste, animales raros y gran soledad. De ese largo tiempo en obligada ausencia traje un cuerpo cansado —al cual ya limpié con gran cuidado—, y un cabello de cincuenta centímetros de largo, que me ha obligado a venir hasta la única peluquería que atiende hoy domingo.

Los mismos instrumentos de otras que siempre acudo: tijeras con muelas, máquinas como pequeños tanques de guerra, peines como columnas vertebrales de pescados, espumas, sillones —en uno de ellos estoy sentado, sintiendo cómo mi pelo cae al piso verde oscuro— y sillas vacías, alrededor de

una pequeña mesa donde periódicos y revistas esperan otros clientes, seguramente más pacientes que yo.

El reloj que Sara me obsequió —la buena mujer con quien vivo y a quien le soy fiel por quince años— marca las once y treinta de la noche —ocho y treinta horas después de sentarme en el sillón rojo fuego de la singular peluquería— y el señor, que por largo tiempo se ha mantenido en absoluto silencio, me dice:

—Soy yo, Comandante —respondiendo a la pregunta que casi había olvidado e informándome que ha concluido mi corte de pelo, varonilmente militar.

“Puedo acusarlo de desertor y fusilarlo...”, me digo al llegar al cuartel, a la vez que voy tocándome la cabeza, dándome cuenta de las decenas de cráteres que para su mal me ha dejado.

Ya no el rey

Ser león con domador a tiempo completo es lo peor que puede sucederle a cualquier felino honesto; sobre todo a quien, enjaulado veintidós horas diarias, pretende imaginar la carpa del circo como un lecho de pétalos vivos.

En lugar de saltar entre círculos de fuego, que no sé a quién agrada, otra suerte debería tener: payaso de niños tristes, malabarista de siete objetos, mago con su conejo domesticado, vendedor de golosinas pasadas, boletero de mirada alegre o trape-cista de trasero firme.

Pero, y este pero sí vale, todo estaría bien, menos que me saquen las uñas, los dientes, y me corten la melena en presencia de todos los policías y zootecnistas que han asistido hoy a mi última función: por entierro de mi domador.

Palabra de gallero

Aquel año todo nos fue tan mal que lo único que nos quedó fue probar suerte en los gallos.

Vendimos lo último que tuvimos: cincuenta hectáreas de tierras productivas cerca al río Marañón y veinte vacas lecheras que ganamos en un juicio a los Malaver.

A cuestras con dos maletines llenos de dinero fui camino de Torón a la mejor gallera de Paitaó.

Por todos lados consulté cuál de todos los galleros era el mejor; quién tenía la mejor apuesta. Don Rugercindo, coincidían todos, dueño de casi toda la región: un señor de grandes bigotes plomos, como cuernos de cebú.

—Mucho gusto en conocerlo, señor. Mi nombre es Gregorio Malaver y he venido sólo para apostarle —le dije ni bien lo vi. Sus retumbantes carcajadas llamaron la atención del público y de los finos e impacientes luchadores emplumados.

—Hijo, te doy la ventaja de escoger tu gallo en la última pelea; al que no lo escojas, a ese voy yo —me dijo. Una caballería atravesó mi corazón: un buen presentimiento.

“Has desafiado al mejor; estarás loco”, insistían los pocos amigos que allí tenía; hasta que un hombre de rostro blanco, ojos claros y grandes manos se me acercó.

—Venancio Ahumada, para servirte. Soy, al igual que don Rugercindo, un buen gallero.

“¡Viva Venancio!”, gritaban mis amigos, comentando que ese hombre sí era un verdadero gallero; y no don Rugercindo, que de gallos nada sabía.

—Dígame, Venancio, ¿cuál de los dos gallos que compiten es el más bueno?

—El Giro —me contestó sin dudar.

Don Rugercindo apostó al otro, prendiendo un gran cigarro marrón que siempre lo mantuvo en la boca, sin perderme de vista.

En pocos minutos el pueblo entero estaba congregado en la gallera, pues quería conocer al mozuelo que había desafiado al soberbio dueño de casi medio pueblo. Buscaban la forma de burlarse de él, porque “falta mucho para hacerlo en los carnavales, Gregorio. Ahí sí que nos burlamos de los ricos y de las autoridades corruptas...”

Aquel mediodía la pelea de gallos duró diez segundos; es decir, nada. El gallo al que aposté todo nuestro dinero murió atravesado por una patada del cenizo al que apostó don Rugercindo.

—Le dije que me dijera la verdad, Venancio. Ahora lo he perdido todo —. Lloré peor que un niño.

—Te dije la verdad, hijo, el gallo más bueno era el Giro —me contestó.

—Sí, pero ha perdido —afirmé.

—¡Ah! Entonces no debiste preguntarme por el más bueno, sino por el que tenía pinta de matar —me replicó.

“Aquí gallero que no cumple su palabra, muere”, me dijeron mis amigos, mientras alcanzaban los maletines con dinero a don Rugercindo y yo tomaba otro camino, distinto al que me llevaba a casa.

Mamá, papá, hermanitos, así sucedió, como les cuento en esta carta, o, si dudan, pregúntenle a Venancio, hijo primogénito de don Rugercindo Ahumada, el gran gallero, a quien ese día consideré buen amigo y consejero mío.

Hambruna

—Cuando viene circo a Torón, seguro que hay hambruna. Créeme, hija: cuando viene circo hay hambruna.

—¡Cómo se te ocurre, abuela! —dije, riéndome de sus palabras.

Entré en una carpa, más rota que talega de pobre, y allí estaban: payasos con caras tristes, leones sin ganas de rugir, trapeceistas enredados en sus memorias, osos tendidos resignados a morir. Entonces, sólo entonces, decidí volver para preguntar a la abuela cómo sabía lo de la hambruna.

—¿Y cómo lo supiste, abuela?; por favor, dímelo.

Nada me respondió. Excepto que, aturrida por tanta insistencia, decidió coger todos sus harapos y partir.

La seguí por muchos años, siempre tras sus huellas, pidiendo limosna como ella.

El último día del segundo año en que se prolongó la sequía, encontramos el mismo circo en otro pueblo y decidimos emplearnos con tal de comer.

Después de que se cercioraran que éramos —difícil en la época— gente casi saludable, nos admitieron.

Sólo una tarea nos encomendaron: dar de comer a leones y osos, siempre vigilados por payasos y trapeceistas hambrientos.

Por supuesto, debimos estar sabrosas, porque de dos bocados aprendimos que cuando de hambruna se trata no hay mal alimento; pero si de empleo se trata, nunca hay que perder la cabeza.

Lecciones tardías, lo confirmamos cogidas de los barrotes de las jaulas donde a golpes nos hicieron quedar.

Culpa ajena

—Aparte de los caballos de las punas, cerquillos sobre sus grandes ojos, a nadie tuve tanta pena como al hombrecito que vino a pedirme un poco de licor. Tiritando, encorvado y andrajoso, mirada triste y labios partidos, me causó tanta pena que casi lloré. Así fue, mi teniente. Me causó pena, mucha pena. Yo soy nuevo aquí, yo no sabía quién era.

El teniente Gabriel Rondón ha mirado enfurecido al Sargento Gafinio —de apodo así le decimos en la comandancia— y mirándolo con ojos de fuego, le ha dicho:

—Entonces, ¿por qué hiciste lo que hiciste, so animal!

—No tuve la culpa, mi teniente; no tuve la culpa.

—¿Y no puedes distinguir licor de ácido muriático? ¿Puede, en toda la institución, haber un ser tan tonto como tú?

—Disculpe mi teniente —he intervenido—, pero Gafinio sólo le ofreció licor de la botella de whisky que usted nos regaló a sus subalternos, después de ganar el campeonato de fútbol el domingo pasado; y el que, a propósito mi teniente, lo guardábamos para el aniversario institucional.

El teniente me ha mirado con odio he insistido que nada ha pasado y que saque-

mos inmediatamente al jubilado coronel Juvencio Glorión, para proceder inmediatamente con su velorio y que aquí nadie ha visto ni oído nada y que, oficialmente, todos somos abstemios.

Gafinio ha sido dado de baja; y nosotros —sus más cercanos amigos—, obligados a festejar su retiro con similar whisky que el teniente acaba de ordenarnos tomar.

La huelga magisterial

Nuestros padres decidieron acatar la huelga magisterial. “Sueldos de miseria tenemos, preferimos morirnos de hambre que seguir recibiendo propinas”, dijeron.

Así como ellos, miles de maestros contra el Dictador acatando la huelga de hambre. Olla común, solidaridad gremial, revolución intelectual y otras frases eran comunes al mediodía de aquellos días de aquel año de aquella inolvidable huelga magisterial; hasta que, bruscamente, alguien anunció la tragedia: ya nadie colabora con la olla común y cada familia tendrá que arreglárselas como pueda.

Con los rostros pálidos, nuestros padres y nosotros —sus cuatro y únicos hijos varones—, lo decidimos: devorar a pocos los cincuenta pavos que criábamos en el extenso patio de la casa.

Fuimos —muy a pesar nuestro— los únicos huelguistas gordos y hermosos, con sabor a pavo y a lucha gremial, que la historia sindical, no oficial, registra.

Descubrimiento felino

El abuelo era un hombre pequeñito, frágil, como predispuesto a quebrarse en cualquier momento. Así eran todos en su casa: como palitos de fósforos, siempre en tropa o siempre andando de uno en fondo. Fue ese hombre de noventa años, el primer vecino que nos habló aquel día.

Amábamos los animales. Teníamos perros, gatos, tigres, loros, tortugas, zorros, un pequeño armadillo, un oso al que siempre los niños —después de la escuela— venían a molestar.

Aquel año nuestro trabajo había concluido; el circo donde trabajábamos había quebrado y decidimos quedarnos en las afueras de la ciudad de la que —antes de veinticuatro horas— huiríamos espantados.

Trajimos todo a la única pampa de aquel barrio y decidimos quedarnos allí, pues ya nada teníamos. Nuestros nuevos vecinos nos miraban con asombro. Les gustaban, más que nada, los felinos y el oso. Con mucha cordialidad nos invitaron a cenar.

Muy alegres nos preparamos y acudimos presurosos a tan benévola invitación; ese día comeríamos después de dos semanas.

Qué delicioso fue el guiso. Qué sabrosas las carnes sobre las fuentes. Las papas fritas y el arroz, inolvidables. El aguardiente

después del banquete, en su punto. Pero qué terrible ver que las pieles que aquella noche adornaban sus paredes, eran las mismas que cubrían a nuestros animales minutos antes del inolvidable banquete.

Habíamos, sin pretender hacerlo, devorado a nuestros más fieles amigos en casa de los nuevos y, horas después, difuntos vecinos.

Consulta

Miguel —experimentado ingeniero agrícola— está ruborizado. Una pregunta fundamental le ha formulado Rita, su tía menos querida, delante de todos sus familiares y colegas: “¿Por qué se han vuelto amarillas las hojas verdes de la planta más grande que adorna mi sala?”, le ha dicho, levantando burlescamente sus gruesas cejas. Miguelón —así lo llamamos sus amigos— se ha colocado sus lentes y, evitando tocarla, ha mirado la conflictiva planta.

Muy sereno ha dado su veredicto: “Le falta Nitrógeno, nutriente principal de los vegetales, cuya carencia produce ese amarillamiento característico”. Con la mayor seriedad posible, eso dijo.

Rita no ha soportado más. Ha soltado la carcajada más estruendosa que hemos escuchado; luego ha dicho la verdad: “Es una planta de plástico, amarilla por ser muy vieja”.

Miguel Coral, por amor propio, ha decidido no ir a Europa a concluir su doctorado en Nutrición Vegetal, ciencia que, según decían, estudia lo que él estudiaba.

La mala cena

Este bufete está más que delicioso. La entrada: ensalada de palta, o tamal, o mechado con ensalada de betarraga, o papa a la huancaína. La sopa: aguadito de pato, o chilcano, o patasca, o shámbar, o sopa de pollo con fideos, o chupe de huevos. El segundo: pata de cordero con ciruelas, o pollo con brócoli, o enrollados de pollo al curry, o reventado de mariscos, o cuy con tallarín, o costillitas de cerdo agridulces. El postre: suspiro torontiano, o cheese-cake de chocolate, o crocante de durazno, o torta de almendra, o panqueque con manjar blanco, o bavarois de guindones. Como asentativo: cerveza, vino añejo, pisco o ron blanco.

Todo para escoger, pero que Will haga el brindis.

—¿Se enteraron del niño que los puercos comieron sus intestinos y luego los perros su cerebro?

Todos lo miramos, nos miramos y ya no esperamos que haga el brindis para retirarnos.

El sin espuelas

“¡Marcelino, Marcelino, eres el mejor jinete!”, exclamaba la gente, mientras orgulloso mostraba el trofeo plateado que reflejaba un sol espléndido.

Marcelino acababa de ganar el concurso de caballos de paso y era la primera vez que yo lo veía después de veinte años. La infancia había quedado lejos; su rostro de niño alegre había sido reemplazado por el de un hombre forjado por los sembríos y los caminos a salto de mata.

Desde el graderío de la plaza de toros le ofrecí un trago de buen pisco.

—¡Bien, Marcelino, así se hace! —le dije, refiriéndome al primer premio obtenido—. ¡A tu salud, Marcelino! —recalqué, a la vez que le servía una copa llena de mi licor preferido.

—¡A tu salud, mi buen amigo! —me contestó.

El caballo negro, enorme, estaba siempre impaciente y Marcelino parecía no controlarlo.

—¡Taconéalo, Marcelino, taconéalo! —exclamé y hasta el viento se calló. Todos me miraron y yo me sentí como el niño que había roto el jarrón más caro en la casa de la tía menos querida.

—¡Ah! Perdóname, Marcelino, proba-

blemente amas tanto a los caballos que prefieres no usar espuelas; cómo se me ocurre pedirte que maltrates a tan bello animal —dije, como si eso hubiese sido suficiente para que no arrojara con desprecio la copa al suelo.

Un odio generalizado percibí, mientras el glorioso jinete se alejaba siempre vitoreado por todos.

“Cómo se te ocurre decirle esas cosas”, me increparon Juana, María y todos con quienes fui aquella tarde a la primera corrida de toros de la fiesta patronal de Torón.

Por la noche, y casi moribundo bajo las patas de su caballo, pude comprender que aquel jinete era especial: ya no tenía las dos piernas y su pantalón se insertaba casi a la perfección en los estribos de la montura del fornido animal.

Fragmentos de un diario de guerra **(33)**

Al enemigo

Primer día: instrucción con sabor a selva

—¡Ustedes tienen miedo por nada! Les causa pánico el enemigo, porque son miedosos. Temen sus balas, sus gritos de guerra, porque no son auténticos soldados. ¡Un soldado es sinónimo de combate, sabe a pólvora; es un ser que a nada ni a nadie le teme!

Esto, y mucho más, gritó el nuevo instructor, hasta que un casi invisible y desconocido ser pasó por entre sus pies. Dio mil gritos trepado el árbol más frondoso que en esta selva existe. De su cara de pavor no nos hemos compadecido.

No quiso bajar hasta que alejáramos a la terrible bestia: un ratón, más pequeño que su nariz, que huyó con gran temor por sus botas pateasubalternos y se internó, valientemente, en la selva virgen, donde se convertirá —desde hoy— en nuestra mascota preferida.

Último día de servicio: perdonar es divino

Los aviones pasaron rapidísimos, como balas. Casi ni los vimos.

Misiles aire-tierra de gran precisión sobre nuestras trincheras de piedras y cemento. Nada pudimos hacer, nada, absolutamente nada.

Toda la noche y buena parte de la mañana nos bombardearon. Fue, francamente, terrible: trescientos muertos, la mayoría, amigos míos.

Al final del obligado sepelio y los honores de guerra, una noticia aún más ingrata: la flotilla de aviones que sin piedad nos bombardeó era, para sorpresa mía y la de mi Comandante —dos de los siete sobrevivientes—, de nuestra Real Fuerza Aérea.

Un error en la información a la base central ha sido la verdadera causa de tan ingrato resultado, le juro y rejuro, como alférez responsable de comunicaciones, a mi máximo superior. Me mira. Saca su pistola automática, veinte milímetros, quince tiros, y se prepara a disparar. Lo hace, para felicidad mía, al aire. Sólo así deja de reprimirse y me confiesa su profunda felicidad de estar vivo.

En el fondo, nos hemos perdonado: él a mí, por transmitir la información sin verificar; y yo a él, por confundir nuestra ubicación con la del enemigo y ordenarme —bajo responsabilidad— comunicarla a la base central donde —esta noche— una corte marcial, ansiosa de tenernos, en vano nos espera.

Loboluna

Hay luna llena. Redonda. Más redonda ni con un compás (no la mires mientras camines ni ingieras panecillos guardados más de tres días, sino morirás).

Luna llena, extraña: arco iris en su entorno. Hablares rápidos, hombres que beben automatizados, mujeres que venden su alma por dinero, niños de la mano con padres siempre presurosos —no los vayan a linchar—, locos a escondidas de su lotería más próxima, ancianos que no pueden soportar luces más allá de las diez, señoras que retornan de habladurías y abarrotados templos, amigos que fuman marihuana a tientas, soldados de retorno al cuartel siempre serios, universitarios que descubren lo descubierto lentamente, gente desesperada sin rumbo fijo, amantes de caricias largas. Al final de la lista nosotros, mirando la luna. Más redonda ni con un compás, te lo recuerdo una vez más.

Y así otra vez tú, desde abajo: presa de mis instintos. Encima yo, disfrutando de mis bajezas.

Aullando sigo, disparando al círculo de arriba, saliva y aliento, ansiedad y canino fuerte, como no imaginarías: flechas con algún propósito. Aullando. Otra vez, aullando. Cien veces aullando. Todo para que

no vayas a pensar que lobo es perro con rabia, o película de media noche prohibida para cardíacos.

Aullando sigo, mirando la luna llena, colmado de mundo y huesos tuyos, mirándote una vez más, comensal andante: pésima miradora de luna y torpe caminante.

El mirador enamorado

Es un cuarto pequeñito —no se lo vayan a contar a nadie— con un hueco que hice en la pared, sólo para mirarla.

Eso sí, una ventana auténtica, auténtica ventana, la de ella: maceteros con flores rojas y blancas donde reposan sus senos, a las seis de la mañana, cuando el sol llega sólo para tenerla.

Desde aquí puedo verla cuando sale rumbo a su trabajo: tacos altos, labios pintados, erguida, caderas cascabeleando. Así es ella, ni más ni menos, la más linda hembra que mis ojos han visto.

Regresa a las cinco en punto de la tarde y yo la espero, siempre impaciente, imaginándome cómo será la oficina en la que trabaja: ¿un lugar con muchos jefes?, ¿el paraíso donde otro la observa? Al final, siempre la espero, inquieto, dando miles de vueltas sobre mi trasero.

Todos los de este cuarto —dejémonos de hipocresías, los de esta celda— han pensado fugarse, no volver más, menos yo, su admirador incondicional, a quien nunca hará caso, pues lo quiera o no, soy sólo el preso 277 y ella la esposa del Alcaide de la prisión más hermosa del mundo.

Es una celda con un hoyo pequeñito; es decir —ya pueden contárselo a todos—, un

espacio que abrí sólo para verla pasar.

Pero ya todo acabó: al enterarse de mis ojos claro-insanos que la miraban, lo tapó con furia y lisuras, cegando mi mirada con harto barro que arrojó mil veces mentando —cuantas veces pudo— a mi preciada madre.

Los quintos infiernos

Aquí, como cada día, está mi suegra para recordárnoslo:

—Se van a ir a vivir a los quintos infiernos.

Adivina a dónde llevaré a vivir a su hija favorita: al barrio más pobre de mi ciudad, sin agua, sin luz, con el arenal que convertirá nuestras pieles en las de lagartijas y culebras.

Mientras el ómnibus avanza sigue repitiéndonos:

—Se van a ir a vivir a los quintos infiernos.

Nosotros, agachando la cabeza, le decimos que sí.

—Ya ven, yo se los dije —insiste—, de esta relación nada bueno sacarían. Son casi unas criaturas. Y a ti casi ni te conozco —me dice, colocando su índice derecho sobre mi pecho—. Miserable, si no fuera porque mi hija está embarazada...

Para asegurarse que nuestro sufrimiento sea completo, horas antes se colocó sus tacos altos y cargó su saco de piel de cocodrilo, para acompañarnos a nuestro nuevo barrio, si así puede llamarse.

Todo el camino va repitiendo lo tonto que soy al llevarme a su hija para que sufra —qué más da si está embarazada de tres

meses— y sin tener dónde caerme muerto y sin un dólar en el bolsillo. A Pamela le dice de todo y lo mejor es callarnos. Recuerdo a mamá Mercedes diciéndome: lo mejor es el silencio.

Después de cuatro horas por fin puedo hablar:

—Esta es la chocita donde viviremos, querida suegra —le digo, señalando, desde el ómnibus, el edificio de cincuenta pisos de propiedad de mi padre, el más grande constructor que al Perú ha llegado.

—Hijito —dice mi suegra—, lo que siempre he querido es su bien. Sabes cuánto te quiero, como a mi hijo.

Mi padre, con su característica amabilidad, sale a recibirnos y dice:

—En qué trazas andas, hijo —y me abraza—. Es un gusto conocerte, hija—. Y besa paternalmente a Pamela.

Mi padre me abraza nuevamente. Mira a mi suegra con dulzura y le comunica que un buen puesto le ha conseguido, pues sospechaba que vendría con nosotros: domadora de tiburones en la piscina gigantesca de nuestra lujosísima residencia. Ella ha aceptado, por el inmenso amor de casi una madre que me profesa.

(Así se lo conté a Pamela, antes de acostarnos sobre petates).

Cinema audible

Benjamín, frotándose las manos, empezó la gran historia:

—Bueno, la película empezó así: un hombre muy fuerte podía volar. Sus alas eran de acero; pero podía volar. Como los aviones, por qué no; volar podía. Tenía cien hijas, además. En cada hija una historia. Lo importante no eran sus hijas, sino su vida. Era, el personaje principal de quien les hablo, un ex presidiario dispuesto a matar a quien había dado muerte a sus hijas. Con ciento veinte jinetes... miento, doscientos veintisiete jinetes, partió con la prisa de una catarata a buscar a Juan, el malvado violador y asesino de sus indefensas hijas. Al fin, después de algunos años de buscarlo, lo halló. Nuestro buen protagonista se llamaba Manuel y llegó, como era natural para él, del cielo, con sus grandes alas de acero, mientras sus hombres, a pie o a caballo, lo hacían por tierra. La plaza donde lo encontró estaba repleta de gente. Y Juan, el violador, festejaba de lo más normal, cantando de lo más tranquilo, rodeado de prostitutas y ayayeros. Manuel lo vio y sin más, sacó el revólver que llevaba dentro de sus alas de acero y apuntó sobre la cabeza de Juan. ¡Ni te atrevas a sacar tu revólver, Juan!, le dijo, con cara de pocos amigos, si

no te mato. Juan, con el rostro del hombre que conoce por primera vez los dientes de un dinosaurio vivo, acató el mandato de su corazón: no le busques bulla ahora, espera unos segundos más, después de todo tú eres el Comisario; no cualquier ciudadano, no: el Comisario. La gente, entonces, rodeó a Manuel y a sus hombres, no con miradas, sino con fusiles y machetes; todos apuntaban sobre él, como ustedes no imaginan. Manuel, al mirarlos supo que... en verdad no sé lo que supo, no miento, pues la luz se fue y la película no pude verla más. De la oscuridad me desperdí cinco horas después, cuando ya estaba en mi cama y cuando qué cosas pasarían en la sala de cine...

Benjamín terminó, sin terminar, la gran historia y sus oyentes nos refugiamos en nuestras casas completando, cada cual a su modo, la película que nos contó entre las tinieblas de otro apagón.

Suerte

—¡Levántese, por amor de Dios, levántese!

El hombrecito que emana licor por todos lados se incorpora enojado.

—¿Qué de malo tiene dormir en el último asiento del ómnibus? Voy a pagar mi pasaje, como cualquiera. De aquí nadie me mueve —dice, enredándose en sus palabras y continúa durmiendo.

Los rescatistas se compadecen de sus heridas y a la vez se alegran de tener entre sus brazos al primer sobreviviente del accidente de tránsito que ha costado la vida a ciento veinte personas; pero, para que todo sea perfecto, deciden dejarlo entre los fierros retorcidos.

“Pagan veinte dólares por muerto rescatado y cinco por sobreviviente”, comentan mientras lo abandonan y se alejan buscando —entre la selva de huesos calcinados— otros sobrevivientes, que nunca hallarán.

Monólogo en arena

A mis hermanos ya los mataron. De los tres que llegamos solamente quedo yo. Mis padres nos advirtieron: ninguno volverá y de todos modos los matarán.

Quisiera huir, irme lejos, burlar a todos y escapar; pero —y este pero es el único que vale—, ya abrieron la puerta principal y tendré que salir.

Después de todo, peso quinientos kilos y soy —como mi padre que fue indultado— un auténtico y furioso toro de lidia.

Soliloquio de gold fish

Llegaron de otro mundo. Planeta cuadrado. Idioma diferente. Orejas grandes. Cuerpo violeta. Los ancianos, de color dorado, eran seres contagiados por el alegre carácter de sus nietos, quienes, sin embargo, tenían un color diferente por pertenecer a otro campo astral. En verdad, de otras constelaciones conocían casi todo y prometieron algún día revelarlo. Los gobernantes tenían por misión enseñar a amar en tiempo de paz y a perdonar en tiempo de guerra.

Empero, la suerte estaba echada: su planeta, como ente viviente, había llegado a su fin. Siempre activos y atentos se despidieron los que deberían partir. No hubo lágrimas; solamente un hoyo negro en cada pecho. Así tuvieron que venir hacia este planeta que, aunque les presenta mayores problemas, era el más bello de todo el circular universo.

Hoy, casi de casualidad, y después de recorrer todos los espacios turísticos que han podido, llegaron a pararse frente a este acuario, recordando con nostalgia —al mirarme con cierta devoción y dulzura infantil— a sus abuelos dorados y fecundos que en su planeta para siempre se quedaron.

Lejanías

Fue difícil volver al mismo lugar. Las calles habían cambiado. Otros eran los niños, otras sus bullas. Mejores o peores tiempos habían pasado. Otro parecía el viento. Sólo el cielo era el mismo: infinito, tercamente añil, distante. Otros eran los humores de la gente. Otros habían poblado mi casa. Todo había cambiado. Pero todo está así aunque me costaba aceptarlo.

Si ella hubiera salido habría podido decirle: “Tesorito, he llegado”, “Cielo, cariño, esposa”. Pero ella no fue quien salió.

—¿Busca a alguien, señor? —me preguntó un hombre pequeño, mirando mis harapos y la llamó.

—Alcánzame un pan para darle a este pobre mendigo —ordenó mi amor.

Cuando salió supe que mi corazón guardaba para esos momentos sus mejores años. No reconoció nada mío. Entonces me atreví a confesarle quién era.

—Soy yo, amor, tantos años han pasado —le dije—. Sólo he venido para verte.

Zulema alzó los hombros, gritó por todos lados y volvió a salir su marido: un hombre de cincuenta centímetros, con un cuchillo más grande que su cuerpo.

—Ya le había dicho, buen hombre, si buscaba a alguien, pero jamás me imaginé

que usted era el ex marido de mi Zulema —dijo.

Con la agilidad de un venado, aquel enano infame saltó sobre mí y me asestó siete puñaladas. Como pude junté mis intestinos y partí directo al hospital. “Ya nada podemos hacer; envíenlo a la morgue”, dijeron los médicos, casi con desprecio.

Esa es la única razón por la que estoy aquí, amigos, contándoles lo mío, en esta agradable e inevitable fosa común.

Humildad con garras

Alaín levanta la cara, sudoroso. Terno azul, corbata blanca. Papelito de apuntes en el bolsillo derecho del saco; pañuelo celeste por si hubiera algo que le cause alergia. Mira —no sale de su asombro— a miles de oyentes, asombrados e impacientes.

—Fui paracaidista en el Triángulo de las Bermudas. Enseñé artes marciales en Júpiter y Marte. En Sudamérica luché contra felinos mayores, tigres blancos y rosados, leones de seis patas, sin tener un solo rasguño. En Asia de pantanos y telarañas gigantes me liberé. A oso polar en el desierto del Sahara atrapé. Acompañé al “Ché” en las guerrillas canadienses. Virrey inca en el Perú también fui; secuestrador de secuestradores; amigo de los enemigos de mis amigos. Conductor de la línea catorce del Metro en París. En fin, soldado de la vida; en mi decadencia: astronauta y selector de protones. Premio Nobel de Gastronomía en el año 1926. Ideólogo de la Nada y el Todo, la nueva corriente filosófica mundial —dijo.

Finalmente, agradeció habersele considerado —a viva fuerza— como conferenciante en el I Encuentro Mundial de Mitómanos.

¡Quién lo creyera!, lo que contó nada era con lo que yo pude decirles.

Memoria del electricista

Lunes era cuando descubrieron los cables. El martes llegaron los especialistas y concluyeron: es una bomba preparada por un gran experto. Miércoles me cogieron y torturaron para declararles con quiénes más pensaba matar al Presidente. Jueves en todos los periódicos mi fotografía y un titular: Hallaron a jefe de sicarios que intentó matar a popular Presidente del Perú. Viernes en la cárcel de Paitaó. Sábado recordé que de asuntos de bombas y de armas nada sé. Sábado me escribieron los miembros del Partido Liberal para informarme que me habían inscrito en sus filas como militante honorario. Domingo hablé la verdad: soy inocente y dije lo que dije porque no soporto la tortura. Lunes nuevamente y el Presidente del Perú da la Ley de Amnistía; a todos los liberan, menos a mí.

Martes (ni te cases ni te embarques, ni de tu casa te apartes) se sabe la verdad: el Presidente ha fabricado otra bomba y al Partido Popular le ha encargado colocarla en su trayectoria a Palacio para levantar su deteriorada imagen internacional.

Tarde es para saberlo: la sentencia no es cualquier broma hecha por mi cuñado —el Presidente del Perú, Jefe del Partido Popular—, quien tiene la gentileza de donar

la electricidad, tan escasa en Paitaó, con que harán funcionar la silla eléctrica que con tanto esmero alguna vez fabriqué.

Fue en el cañón

Paso el panteón mirando la tumba de mis padres. El caballo algo presiente y prosigo. Luego las chacras de los Orvo Conrado, su ganado mal habido, sus caballos de paso cuidados por Pamela. Ningún Orvo Conrado, a Dios gracias. Abajo, como yendo a la Cima del Diablo, el gran Cañón de la Mala Muerte, en forma de escote, marrón como mi Alazán, más grande de lo que me contaban. Atrás el paisaje verde. Atrás mis recuerdos: “si matas al Alcalde, por haberte quitado unas cuantas hectáreas de terreno, estás perdido, Antonio”. El capellán del Ejército y sus sugerencias en la cantina: “si lo has matado es mejor que huyas, hijo, o te matarán”. De madrugada salí para atravesar este cañón de siete kilómetros que lleva a la costa. “Caballo, fiambre y mi siempre infaltable carabina Savage; para qué más”, les dije a mis entenados y partí.

El cañón se ve altísimo. Tres kilómetros arriba y silencio por cada poro de sus arcillas. Mi caballo orejea, se detiene, relincha y, apoyado en sus patas traseras, se alza bruscamente y caigo. Una culebra nos cruza y una mariposa negra se ha prendido de su oreja derecha. “Mala seña”, habría dicho mi hermano, seguramente haciendo exactamente lo que yo: matado a los intrusos con

la gemela de mi Savage.

Tiros perfectos. A la culebra le cae en pleno centro y la parto en dos; a la mariposa igual: tórax y abdomen separados; y Alazán, de pronto, por ningún lado. El cañón termina rápido y la posibilidad de huir se aleja para siempre.

El cañón se convierte en jolgorio: cohetes de la fiesta de San Juan y risas y el rostro blanco de Carolina riéndose de mí y el Alcalde, su marido, mirándome y la casa de la infancia como un cascarón de huevo de águila y mi cuerpo que decide no incorporarse así la voluntad lo exija.

Un valle azul. Mariposas de colores. Mi cuerpo desnudo elevándose. Un túnel de luz que viene y toda la tropa de gendarmes, abajo, riéndose de mi suerte; o de mi muerte que, para el caso, ya es lo mismo.

La pluma

Fue en el primer día de universidad, en mi primera práctica de laboratorio. Yo venía llegando de la sierra, de Torón, pueblo de gente buena, a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Allá mi familia criaba gallos de pelea y pavos; por eso nos apodaban Los Pluminos, pero en Paitaó nadie lo sabía.

Lejos mi tierra y ese día el gran laboratorio de Biología me parecía cosa de otro mundo.

Había llevado, con puntualidad y rigor de novato estudiante, el encargo del maestro de Biología, un doctor de pelo cano y voz como la de la maestra Carmelita. Éramos veinte estudiantes del primer año de Medicina en nuestra primera práctica científica.

—¡Voy a revisar material! —ordenó el profesor y doctor Ramiro Fuentes de la Puente, más serio que una roca.

Nosotros, alumnos del primer año de Medicina, nos alistamos para ir hasta su escritorio donde, junto al registro de calificativos, nos esperaba atento.

—¡Ayay Dolores, Clodomiro! —llamó.

—¡Presente, doctor! —contesté. Mi corazón latió más rápido que de costumbre, como cuando subíamos al Cerro Grande

con Juana, para escondernos de sus hermanos.

—Presénteme su material, señor estudiante—. Frunció sus cejas ralas, se acomodó el pelo, se colocó los lentes y esperó.

Saqué todo lo solicitado en la matrícula y se lo mostré: estiletes, porta y cubre objetos, dos jeringas, un bisturí nuevo, algodón, tres pinzas y, por supuesto, la pluma del pavo más airoso que teníamos en casa, al que persiguieron dos horas hasta arrancarle sus más hermosas y vistosas prendas y enviármelas cuidadosamente empaquetadas.

—¡Hágame el favor de abandonar mi cátedra! ¡Largo! ¡Fuera! ¡Fuera he dicho!

Sin más me echó del laboratorio y, mientras salía, me preguntaba en qué había fallado si todo lo que había pedido estaba allí, sobre su escritorio. Me hice mil supuestos y ninguno se aproximó a la realidad.

Manuel Lacio Serdán, un buen amigo de aquellos días, me lo contó cuando salieron del laboratorio: sí, había dicho pluma, pero no de ave, sino de escritura, de aquellas que sirven para que los ingenieros y arquitectos dibujen planos.

Era, aquel doctor que esta madrugada ha muerto, ecologista y miembro de la Asociación Protectora de Animales, el único maestro de medicina que me odió hasta hace algunos minutos.

Yo, médico jefe de este hospital, personalmente le haré la autopsia y un ramillete de plumas de pavo real en su tumba, con profunda pena, dejaré.

Lo que dije al negociador

Dijo amarme, señor. Adorarme. Nunca dejarme. Pura rima, como ve. Pura rima. Fotografías y grabaciones le doy. Pruebas de su desamor. De ella y él mucho queda. Juntos los atrapé. Juntos. Los seguí, paso a paso; sombra y sombra; día y noche, noche y día. Los detalles ya se los conté.

Ella alguna vez dijo: “Te juro fidelidad ante estos quinientos amigos que hoy brindan por nuestra felicidad; no dudes de mi amor” Lo repitió no sé cuántas veces el día de nuestra boda.

Ellos una roca en mi zapato; pero yo, un detalle: pulga entre sus miserias, hoteles alejados, sucios departamentos.

Otra cerveza para el valor, señor Juez. No considere para nada el amor ni nuestros siete hijos; sí el asesinato. Pero, por favor, no me dé la sentencia que dice me dará. Piense en mi familia; en mis hermanas pequeñas.

Fusilamiento le pido, señor. Que me fusilen. No me lo niegue, pues son las palabras de un hombre desesperado, minutos después de comprobar que la ampolla letal le causa más pavor que la infidelidad.

Penitente algo caliente

Hay dos tipos de penitentes: los de ésta y los de la otra vida, contaba mi abuela, refiriéndose a aquellos seres que, en Semana Santa, solían azotarse todas las noches para compensar los males cometidos.

Éste debió ser de esta vida, decía, porque aún cuando esperábamos que tocara la puerta, ya sentíamos su olor a incienso. Era Viernes Santo del año treinta y todo corre como una película en mi memoria.

Mamá Mercedes nos trajo corriendo, pues lo escuchábamos venir, y al instante trancamos la puerta. “Nadie podría entrar”, nos decía señalando los grandes cerrojos de la puerta. El penitente —azotándose— pasó de largo; casi para alcanzar la esquina de la plaza, alguien gritó en plena oscuridad: “¡Penitente, trasero caliente!”

El penitente volteó la mirada y encontró a un hombrecito que, cruzando la calle, dijo no haber dicho lo que dijo y, calmado, sin más prisa que la pesadez de un cuerpo embriagado, afirmó ser el cura del pueblo, antes de sentir la frialdad de una daga en forma de cruz dentro de su pecho.

Luego de matar al cura corrió rumbo a la casa, tocó la puerta y llamó a la abuela. “Mercedes, abre por favor”, dijo mil veces; pero nadie le abrió la puerta. Nosotras,

adentro, con gran temor, preferimos escondernos bajo la cama.

Al día siguiente encontraron muerto al famoso penitente. Era el abuelo. Una pulmonía fulminante había matado a quien tenía por penitencia ir desnudo, azotándose, rezando y comiendo hojas de ortiga, por sus malos modos de vivir, cada noche de Semana Santa durante quince años.

Mi abuela sintió gran alivio. “Dios diría: Mercedes, ya no sufras más”, se repetía a sí misma. Y así fue, pues desde entonces nadie la maltrató, y, cada Viernes Santo, pudo salir en paz absoluta a mirar la procesión de las cinco de la mañana con todas sus nietas que hasta ahora sufrimos de claustrofobia y pesadillas.

El más perezoso que yo

Quien vuela más alto matará la pereza, o el que viaja más a prisa, o tal vez quien —de vez en cuando— tome licor hasta cansarse. Eran frases que se repetía para darse valor.

Pero Manuel era tan perezoso que para levantarse esperaba que el sol alumbrara toda su habitación. Cuando la luz alcanzaba los rincones más ocultos se ponía el primer zapato; el segundo a las seis de la tarde y los pantalones a las diez de la noche. Por la madrugada, entonces, volvía a la cama. Así los trescientos sesenta y cinco días del año.

Hoy, con ciento veinte años de existencia, tiene pereza de cerrar los ojos —esta vez— para intentar, acaso en vano, descansar en una paz que no le llegará jamás.

Discusión interna

Alonso no podía levantarse. Su yo activo le indicaba ponerse de pie para ir al trabajo. Su otro yo, siempre presente, aconsejaba quedarse en la cama —con Amada— a soñar con mejores tiempos.

Esto se repitió durante toda la mañana, hasta que lo decidió: no hacer caso a ninguno, levantarse, ir al trabajo y —en la quietud de su diván de siquiatra— continuar durmiendo para soñar que sigue durmiendo.

Pedagogía del silencio

Fui escogida al azar entre ochenta alumnas. El presidente del jurado, venido de la Capital de la República, ordenó:

—Menciónenos, jovencita, una enfermedad contagiosa.

El gran teatro de la Escuela tenía silencio de cementerio. Las miradas atentas de los maestros mostraban no sólo incertidumbre: ansiedad de escuchar una respuesta coherente.

—El dolor de barriga, señor —respondí, mientras me mordía la última uña. El jurado en pleno se puso de pie y con él todo el auditorio.

Desde el director hasta el portero, pasando por cada uno de los profesores del plantel, fueron felicitados: era la escuela que mejor preparación académica tenía.

Ahora vivo feliz recordando —casi siempre con añoranza— mi singular respuesta.

Confidencia nuestra

Zulema vendió el horno a Arturo en cien dólares; por necesidad, no por otra cosa. Con eso alcanzaría para un viaje de ida y vuelta a la capital, para curar a Maruja. Tiene cáncer, decía, observando el cuerpo frágil de la humilde sirvienta.

¿Quién podrá llevarla a la capital para curar a Maruja?, preguntaba con el dinero en la mano. Y apareció Horacio, para hacer el favor.

Sólo después de dos meses lo hemos sabido: Maruja está sin cáncer y Horacio más tranquilo que nunca. Y casi casi nos hemos alegrado.

Esa no era la idea, dice Zulema, preparando el queso con veneno que invitará a Horacio, mientras cuenta en voz alta la verdadera historia: Horacio desobedeció a Zulema, llevó a Maruja al mejor hospital de la capital y la hizo curar. Cómo se le ocurre —insiste Zulema—, eso no es lo que le ordené, sino arrojarla a las lagunas del camino y regresarme el dinero; cómo se le ocurre.

La hemos mirado y compadecido por sus decisiones, aún así ya no hemos avisado nada al corazón premonitorio de Horacio —hijo de Arturo—, pues queramos o no, el horno donde vivimos tiene nuevo propietario, y dentro de poco, otro fantasma como nosotros.

Defensa del buen amante

Guillermo Tanta la ama. Cómo no amarla, dice, mostrando la fotografía donde se ven sus ojos de limonero. Reafirma su amor recordando el sabor de sus senos. También tiene nobles sentimientos, insiste, minutos antes de casarse.

—Pero Guillermo, Juana es coja —le digo con preocupación.

—No la quiero para que corra —me responde, enfáticamente, admitiendo que efectivamente le falta una pierna.

Desde ahora vivirán —como los cuentos de hadas— felices. Él trabajará como ortopedista y ella le servirá de ejemplo.

El juicio final

Es el juicio de la década: Blanca Espino contra el Frente de Defensa de los Intereses de Torón (FDIT).

El Frente la ha enjuiciado por colocar los nombres de sus dirigentes a todos los perros que ha podido conseguir. Al más negro, por ejemplo, lo llama Francisco Ayay, el Presidente; a la perra de pata coja y pelaje rojizo, la ha nombrado Ana Maletas, nombre de la secretaria del auto-prestigiado Frente de Defensa; Valentina Núñez, la Tesorera, a la canina blanco humo que ya ha mordido a más de tres.

Después del sonado proceso, la jueza Justina Hermoza ha dictado sentencia: tres años de pena privativa y dos de trabajos forzados por agresión psicológica a los Dirigentes del FDIT.

—Gracias, señora Jueza, por tan benévola sentencia —dice Blanca Espino—. Como agradecimiento le informo que a partir de ahora llamaré Justina Hermoza a mi Arlí, perrita tuerta y chiquita que ayer conseguí.

Furiosa, la Jueza, se lamenta de los cinco años que le ha impuesto.

—Cincuenta debería darle a esa insolente —me comentaría más tarde, mientras dábamos veneno a Arlí.

El muro

La encontraron tendida sobre el muro. Deshidratada, pero aún viva. Allí, sobre esa estructura de piedras de perfectos trazos, vivía tan feliz que nadie habría sospechado que alguna vez conocería la tristeza. Era su muro, al que la llamada civilización no debía tumbar; pero fue Jenny Yupanqui quien organizó su caída.

En tropa fueron y sacaron a empujones a Anna Eichenlaub y destruyeron el muro: un monumento inca que la arqueóloga alemana conservó en vano tantos años.

Mientras Jenny sonreía al trazar los cimientos donde construiría su soñada discoteca que más tarde llamaría Inka's Rocas, Anna moría de paro cardíaco, recordando el otrora muro del templo inca, del que ninguna piedra había quedado en pie.

Por su parte, con las piedras que sobraron, nuestros hijos vienen construyendo los cimientos de nuestra soñada casita de fierro y cemento, en medio de una ciudad moderna que progresa hace buen tiempo.

La salvación: el río (55)

Nada escapaba al incendio. Ni nadie. Todo era una inmensa hoguera y la salvación —única y milagrosa— era el río.

Como grandes mechones de fuego cruzamos las calles y la extensa pampa para dar al gran río.

Llegamos a tiempo, aún nuestros cuerpos soportaban las sofocantes llamas.

Pero el río, el amado y aliviante río, ni una gota de agua tenía.

Mal festejo

—¡Salud con todos! —gritó tan mareado que nos escandalizamos.

Había empezado la ceremonia y mirábamos asombrados a Panchito. Él, el sacerdote más bondadoso había dicho “¡salud!” con el cáliz entre sus temblorosas manos, antes de empezar la celebración de la misa.

—¡He dicho salud, o no hay más trago! —exclamaba, cuando en forma discreta dos ancianas se le acercaron para rogarle que tuviera a bien retirarse.

—Hermanos, discúlpenlo, pero ayer fue su cumpleaños y hoy se ha despertado como si estuviera todavía festejando —suplicaron, casi agachando la cabeza.

—¡Juana, saca más vino de misa! —se le escuchaba vociferar al interior del templo.

Nadie lo ha perdonado y, entre tragos que van y tragos que vienen, nos hemos armado de valor para tirar piedras sobre su casa, para que aprenda a no estar más borracho que nosotros cuando celebre misa de matrimonio masivo.

Toque de queda

La última radio no intervenida trae noticias inesperadas: la dictadura del General Velásquez ya ha matado por lo menos a diez mil y el Presidente Ampuero ha huido a Francia, buscando asilo político.

Una común indignación en casa. Todos, realmente atónitos y furiosos a la vez, parecemos abejas en nuevo panal. La ausencia de un gobierno civil y democrático ha causado conmoción en todo el país y las primeras represalias internacionales se hacen notar. La TV, ya silenciada, coloca música y fútbol, novelas mejicanas y concursos de belleza, además de recordar las restricciones del toque de queda.

Somos un volcán; sin embargo, en todos los hogares vecinos con los que podemos comunicarnos, las madres y abuelas son las únicas contentas.

—¡Cómo es posible, mujer, que te solidarices con un dictador asesino de niños, mujeres y gente indefensa! —increpa mi padre a mi madre, sin ocultar su preocupación por la alegría que ella muestra.

—¡Increíble que estés a favor de Velásquez, sabiendo lo que ha hecho! —le reprocha su hermano.

Mi madre, con una envidiable sonrisa, y muy dueña de sí, se pasea por toda la casa

—maldiciendo a las amantes de mi padre, los bares que frecuentábamos y la alegre vida nocturna que muy a menudo nos atraía—, hasta que una inesperada noticia la hace cambiar bruscamente de actitud: se ha levantado el toque de queda, ese brutal mandato que nos obligaba a permanecer las veinticuatro horas del día en casa.

Hay alegría en casi todos y furia en mi madre, quien ha salido bruscamente para asistir —junto a las madres y abuelas del barrio— al primer gran mitin en contra de la supresión del discutido toque de queda.

Velásquez las ha escuchado y, teniendo en cuenta el clamor maternal —que ha tocado fondo en su corazón de diamante—, ha devuelto la alegría a mi madre y la resignación a nuestra casa.

“Si Ampuero hubiese hecho lo mismo, habría sido el Presidente ideal”, coincidían las madres y abuelas del barrio, a los nueve meses de los acontecimientos, mientras apuradas tejían ropones para los nuevos críos que en batallón se aproximaban a nacer.

Ellas

Su perfume las delata. Su andar. Sus caritas pintadas hasta la saciedad. Así son ellas: minifaldas de cuero y cabellos rubios (con su dinero, claro está). Sus preguntas las de siempre: ¿Cómo te fue con el superintendente de la mina que saliste ayer? ¿Le contaste la triste historia de tu vida para que te dé un poco más? ¿Realmente te pagó ciento cincuenta dólares por una hora?

Desde que llegaron a Torón sabemos que algo anda mal. La mina ha cambiado las buenas costumbres. Las beatas se persignan cuando las ven pasar de dos en dos con los rostros más pintados que mandil de pintor, siempre fumando o pidiendo dólares a cambio de sus favores.

Así son ellas, abuela, y —¿ya lo habrás notado mientras me cambio de ropa?— desde ahora, por qué no, también yo.

Metamorfosis

Dejar la casa sin lágrimas en los ojos. Sin lágrimas en los ojos dejarla, suavemente, como no queriendo. Dejar sus paredes oscuras en plena sombra, sin rencores. Dejar la agradable prisión para jamás volver. Desechar el encierro con su collar de recuerdos, príncipes encantados y viejas formas; ausencias también, debajo del limonero o el manzano que alguna mujer de eterno luto frecuenta cada seis de la tarde, siempre en punto.

Dejar la casa, su reducido espacio; sus carencias y peligros. Alejarse, obligación se vuelve. Dejar la casa para partir; a otros campos, si el espacio tiene perfección de triángulo equilátero.

Dejarla, es lo que en este preciso instante decido, pues ya soy —nadie lo dudaría— una hermosa mariposa de mil colores que deja su capullo para conocer, por primera vez —en esto no hay retornos ni nuevas oportunidades—, diez grandes y mortales garras de gato y oír la carcajada estruendosa de la mujer enlutada, exactamente a las seis de la tarde, del día de mi primera y última mala suerte.

Corrector

—Viva Vicente Haya. Así dice lo escrito, mi comandante. Viva Vicente Haya. Con mis propios ojos lo he visto.

—Cabo Benítez, ¿seguro que está escrito como lo está escribiendo ahora?

—Así mismo como lo estoy escribiendo en esta pizarra está escrito, mi comandante; igualito.

Príncipe Bonanza, Comandante en Jefe del Quinto Regimiento de Infantería, furioso y mortificado, deja su escritorio verde esmeralda para cruzar con gran rapidez el patio del cuartel y buscar al detenido.

—Soldado, saque inmediatamente al prisionero.

—Sí, mi comandante —responde el diminuto soldado que custodia la celda del subversivo más grande que la historia de Paitaó conoce: Trementino Juárez.

—¿Es cierto que esta madrugada has tenido la osadía de escribir en plena puerta de mi comandancia: Viva Vicente Haya?

—Sí, yo fui quien escribió el nombre del más grande e iluminado líder que la humanidad conoce —dice, con gran tranquilidad, el inmutable subversivo a quien han atrapado por esas malas jugadas del destino: después de escribir el nombre de su dirigente en la gigantesca puerta del

cuartel, su poncho de lana negra se enredó en los barrotes de fierro que rodean el fortín militar.

El oficial ordena nuevamente encerrarlo y da media vuelta para verificar lo sucedido.

—Aquí está mi comandante, mírelo —le dice el cabo que con éxito atrapó a Trementino Juárez, señalando la pinta subversiva.

Príncipe Bonanza comprueba lo escrito: con grandes letras rojas, en la mismísima puerta del cuartel del Quinto Regimiento de Infantería de Paitaó, se lee: Viva Vicente Haya. Con el rostro más rojo que de costumbre, da la orden que no podía dar sin comprobar lo acaecido:

—¡Cabo, fusilen al prisionero!

—¡Sí, mi comandante!

Habiendo firmado la orden de fusilamiento, se retira a su despacho. Presuroso se sienta en su cómodo sillón de cuero, escucha los disparos en el patio y deletrea lo que el cabo ha escrito en su pizarra: Viva Vicente Haya, exactamente como lo había escrito el, hasta hace algunos segundos, activo prisionero Trementino Juárez. Con calma y gran seguridad retrocede el sillón, se incorpora, coge una gastada mota y cambia: Viva Vicente Haya, por Biba Bisente Alla.

—A todos hay que perdonar, menos a quienes cometen errores ortográficos

—dice en voz alta, mientras se lava las manos manchadas con tiza amarilla que siempre utiliza en sus charlas de estrategia antisubversiva.

Afuera, los soldados hacen vivas a su comandante, izan la bandera del regimiento y queman el cuerpo moribundo del prisionero.

Navegando dialogan

—Era una buena cama, compadre Marco.

—Y ni qué hablar de los muebles, compadre Ernesto.

—Marco, recuerdo los buenos tiempos: bailes a la luz de la luna en el patio, comida en abundancia, manjares y exageradas borracheras.

—Mejor ni me acuerdo, compadre Ernesto, porque si no la hiel se me revienta, le juro. Y la casa...

—Buena y bonita. ¿Recuerda, compadre Marco? Los frutales en el patio. El manzano de frutos ácidos, propicio para jugos y malestares estomacales. El limonero que daba frutos por cientos. Las plantas medicinales y las hortalizas... Es para llorar, compadre. Lo que es la vida, lo que es la vida...

—Y fíjese ahora, quién lo diría compadre Ernesto; quién lo diría y quién lo creyera, nosotros en estas trazas.

Marco Cardán y Ernesto Alegría —requisitorias autoridades ediles—, aferrados a cama y muebles, se alejan en medio de un implacable río marrón, rodeados de árboles derribados, restos de puentes, basura, techos de casas y gritos de gente, que a voz en cuello desde las orillas les gritan que la creciente llegará a la mar, donde

los rescatarán como sea, porque deberán comparecer en los juicios por malversación de fondos que tienen pendientes este año terrible en que azota implacable el “Fenómeno del Niño”.

Crítico de arte

—El cuadro que más me gusta es el del centro, tío Abelardo.

Los familiares, reunidos en el comedor de la casa del laureado pintor, quedaron atónitos.

—No te lo dije, Juancito —comentó mi madre a mi padre con orgullo—, nuestro hijo, aunque tenga ocho años, es un gran crítico de arte como tú—. Mi padre se paró rápidamente y con ellos, mis abuelos, tíos y hermanos.

Al menor de la casa le había gustado, era increíble —a su edad—, un cuadro de Abelardo Rinacot, el más grande pintor que Torón había dado a la humanidad.

—El cuadro que más me gusta es el del centro, mírenlo —enfaticé, con la voz entrecortada por la emoción que me embargaba, señalando el cuadro central de la sala, donde mi tío ubicó, como una especie de galería sólo para ser visitado por familiares y amigos muy cercanos, los veinte cuadros de pintura moderna que había traído de Europa para ser expuestos en la conmemoración por los ciento veinte años de la fundación de su pueblo natal: Paitaó.

Desde aquel imborrable día, tío Abelardo nunca más me dirigió la palabra y mis padres prefirieron no hablar más del

asunto. Desde entonces, también, jamás me llevaron a ninguna de sus exposiciones por el país como al resto de mis hermanos.

Haber señalado un hermoso cuadro del Corazón de Jesús que adornaba la sala y haber creído que Abelardo Rinacot lo había pintado, fue suficiente para seguir sufriendo esta prolongada y tan humillante marginación.

Repreguntas

—¿Si nos mordiera en el cuello, querido profesor? ¿Si en el cuello nos mordiera?

La pregunta enlutó la clase y convirtió en un gran hielo al postulante para la plaza de profesor de primeros auxilios que a nuestra escuelita llegó dos días antes, con zapatos charol y terno inglés.

Minutos antes había explicado, con gran destreza, las diferentes maneras de prevenir la muerte si a alguno de nosotros nos mordiera —Dios nos libre— una víbora.

—Pero, querido maestro, ¿si la mordedura fuese en el cuello mismo? ¿Si la víbora lo hiciera cuando estamos durmiendo en el campo?

Como una estatua remojada en luna, el profesor seguía de pie, mirándome, cual serpiente presta a devorarme.

—¿Nos aplicaríamos torniquete en el cuello, querido profesor? ¿Podríamos respirar? ¿No sería mejor la muerte?

El maestro primario mordió la tiza y huyó por el primer blanco que encontró: la ventana abierta del salón de clase. El jurado lo descalificó con el siguiente argumento: no tiene capacidad para responder las insistentes y sencillas preguntas formuladas en clase.

El curso de primeros auxilios continuó

sin tener profesor y los alumnos nos dedicamos —en las horas que correspondían al curso— a buscar víboras entre las piedras de la calle más alejada de la escuela, tal y como lo habíamos convenido con los miembros del jurado, que a preguntar de ese modo nos enseñaron.

Errar humano es

Sí que era bonita, como una muñequita. Bonita y amable, la cabaretera de quien me enamoré a la primera mirada. ¡Qué andar! ¡Qué ojos! No hubo palabras para describirla a plenitud. Era una diva. Un caramelo. Agua fresca y limpia en cualquier desierto. Así ella, la más más cabaretera de “El Jardín de las Delicias”.

Era, digo, en pasado, pues ella era él y ya no hablo más.

Yo, Shalín

—Shalín, descansa en paz.

La voz del cura precedió a un cubo de tierra que tapó el cajón blanco de cedro, en el que presurosos mis padres y sus amigos me sepultaron.

Me llamaban Shalín. Shalín Santos. Mis padres me amaron poco, no porque no hubiesen querido hacerlo, sino por lo que pasó. Me llamaban Shalín Santos Tord; lo escuché a quienes, aquella noche, y parte de la mañana, me acompañaron.

Qué te parece, Dios mío, así mi cuerpo en la tierra se quedó, y algo unido a él extraño: el ropón amarillo, la colcha pequeñita que mi padre me obsequió, las fotografías del velorio y, claro, cómo olvidarlo, la mezcla de dolor y alegría común de los abuelos al verme sin vida, pero hermoso.

Me llamaban Shalín, allá abajo, y ya no me preguntes más, porque estoy de acuerdo con volver como nuevo hijo de mis padres, en nueva reencarnación que con gran calma y paciencia ordenas.

Qué hacer, Dios —Terco Creador—, Tú ordenas y yo, Shalín, arcángel desterrado, cumplo nuevamente.

Ojalá esta vez —ruega por mí—, mi madre no me envenene a los cinco minutos de nacer con la cara y los ojos claros de su vecino Gabriel.

Testamento del asilado

—Y al morirme les ruego incinerarme y arrojar mis cenizas al mar, desde mi avión.

Saúl acaba de leer el borrador de mi testamento delante de mis amadas esposas y mis sesenta hijos, que parecen nada entender.

—Que Alá decida vuestra suerte, bien amado señor —me dice el fiel esclavo, sin levantar la mirada, esperando alguna palabra mía.

Mis mujeres sonrían, mis hijos ríen a carcajadas y mi cuerpo tiembla.

—Señor —dice por su parte Nosdará—, que Mahoma lo acoja y que esta guillotina le haga olvidar sus cotidianas pesadillas.

Con gran espanto me despierto sudoroso. Otro mal sueño, felizmente. El avión sigue rumbo a Bagdad, donde me espera Nosdará, el sirviente que me regaló tres esposas y seis hijos, con tal de incluir en mi testamento lo siguiente: Dejo a Nosdará ocho pozos petroleros en Irak, de los quinientos que poseo en todo el mundo.

En realidad, en mi asiento de tercera clase en que regreso de Europa a América me imagino tantas cosas sin poder controlar mis carcajadas: el jachis que mis amigos centroamericanos me regalaron, es más

poderoso que todos los testamentos, los pozos petroleros, las mujeres, los hijos y el esclavo que no poseo.

Fortaleza

Sólo al bajarme de la ambulancia reparé en sus respuestas.

—Sabe usted, señor —me dijo, mirando con precaución las calles y el semáforo que cambió a verde—, nadie como los alemanes para criar hijos. Cuando nacen, los colocan desnudos a la intemperie, en la madrugada, para que adquieran defensas contra cualquier enfermedad respiratoria. Esa gente es fascinante, tiene mucho que enseñarnos. Yo soy de las personas que siguen su ejemplo.

—¿Usted tiene varios hijos, señor? —le pregunté.

—Tenía uno —me contestó—. Pero ya no está.

—¿Está de viaje?

—No, está muerto.

—En verdad, lo siento —le dije, intentando mostrarle tristeza.

—Murió de pulmonía fulminante —me dijo.

—¿No intentó hacer lo de los alemanes? —le pregunté con temor.

—Lo hice y por eso murió —me contestó y no supe qué decirle a mi buen chofer.

Llegamos, como cada mañana, a la misma hora, al hospital principal de Paitaó para trabajar en lo de siempre: fabricando camisas de fuerza. Y sin dudas, la primera

será para mi chofer eunuco, que ha empezado a creer que alguna vez fue papá, y acaso otra para mí, por si fuese necesario seguir creyendo que llegué en carro con mi propio y coloquial chofer.

Historia de trillizos

“Eliseo Huamán Santos ha sido asesinado; los móviles del crimen ya han sido esclarecidos y, aunque su autor es —en realidad— una turba enardecida, deben profundizarse las investigaciones, para bien de todos.”

Con voz trasnochada, el locutor de la radio da paso a comerciales y los alimentos nos saben amargos y parecemos estatuas mirándonos asombradas.

Abandonando la mesa indagamos por las verdaderas razones de la muerte de nuestro trillizo que, desde hace un año, vive al otro lado de la ciudad.

—¿Por qué lo han matado, madre? —pregunta mi hermano Luis, llorando en el único teléfono del barrio.

La respuesta lo desconcierta. Abandona violentamente la cabina telefónica y, como un rayo, va directamente a casa. Retomo la llamada y la misma respuesta me hace temblar, además de una insoslayable recomendación: no ir —por nada del mundo— a su velorio.

—Su nombre sumaba 666 y como sabes, es el número de la bestia del Apocalipsis, hijo —me dijo mi madre; a la vez recordó que el mío también, pues me llamo Carlos Huamán Santos.

En la sala de la casa mi hermano me esperó con un hacha. Ojalá lo hubiese adivinado.

Cazador cazado

Empecé con vicuñas, llamas y alpacas. Doscientas semanales, en total. Trabajo fácil si se tiene un fusil de largo alcance con mira telescópica e infrarrojos, además de cinco ayudantes.

Continué con cocodrilos, caimanes, gorilas, leones, tigres blancos. Miles de dólares mensuales y una mujer hermosa cada noche.

Pero terminé aquí, como ven, en esta cárcel inmunda. Doce azotes diarios y media hora de sol a la semana, cazando a ustedes, furtivas ratas, a tientas, sólo cuando baja la marea y la suerte me acompaña.

Realidad virtual

Quién dijo que yo no podía. Cierto, me lleva cien kilos y medio metro de ventaja, sin contar las montañas que tiene por zapatos.

Fornido y gruñón, Dudín Desa Guerra, siempre lastimándome; pero yo allí, de su cuello bien prendido, en el centro de la Plaza de Armas, a plena luz del día.

Rota su mandíbula, sus ojos saltando con cada golpe que le propino en las costillas —soy más bajo y eso no importa—; su nariz una catarata de sangre y más golpes en sus flotantes y... cuando le venía dando duro y parejo y estaba a punto de quebrarle el brazo, mi inoportuna madre irrumpió en el dormitorio, arrojando agua sobre mi cama. Eran las siete de la mañana, hora de ir al trabajo: mi jefe Dudín no soportaría una tardanza más y yo bien lo sabía.

Como ve, un sueño así, amigo controlador de tardanzas, es una pena no haberlo podido completar.

Prudencio

—Qué vida le daría aquél portugués. Fue uno de esos que vienen a las minas por algunos meses y se van sin despedirse. Qué vida le daría. Lo sé, era tu mujer, la más querida de todas las que tuviste. Pero era así, como te digo: tan esquivada como trucha. Tú lo sabías y yo como mujer lo sabía mejor. Y te mentaba cada vez que podía. Por eso seguro has querido matarlo, y por eso estás aquí. Te parecería él... Ella volvió a pesar de todo. Dicen, quienes la vieron, que la llevaba de taberna en taberna, allá por Lisboa. Quién sabe lo que pasaría. Lo cierto es que acabas de cometer un intento de asesinato. No me digas que nada recuerdas. A ella sólo la golpeaste y a él, que claro, no era aquel portugués que te la arrebató primero, le metiste veinte puñaladas y quién sabe si sobrevivirá.

—Te juro que no recuerdo nada. No sé qué pasó. Todo sucedió tan rápido. Estaba tan mareado...

Prudencio rompe en llanto y Eva no sabe qué más decirle. Un fraile de pelos alborotados, que acaba de llegar al patio de la vicaría, los mira piadoso y exhorta a dejar de lamentarse porque una noticia preocupante debe darle a Prudencio: si el supuesto amante muere, le espera la hoguera; ese es el castigo.

—¿Por qué la hoguera?, Fray Ernesto
—suplica Prudencio.

—No se lo merece, hermano Ernesto.
Prudencio es nuestro mejor jardinero —in-
tercede Eva.

—Lo sé, hermana Eva, pero son las
leyes. Y las leyes son las leyes.

A lo lejos se sienten venir unos pasos.
Fray Eleazar Romañi se acerca rápida-
mente. Mira a Prudencio con desprecio
y le da la mala nueva: el padre Catalino
Eros ha muerto y la hoguera te aguarda,
Prudencio.

Cinco soldados llevan a un hombre re-
signado a morir. Los frailes Ernesto y Sor
Eva lo acompañan. Fray Eleazar va repi-
tiendo: “Es sólo un negro. Es sólo un negro.
Inocente negro, pero buen jardinero”.

La hoguera arde lenta. Prudencio se
aproxima. La gente grita. Los esclavos can-
tan en lenguas extrañas y, como saliendo de
la nada, cien soldados a caballo irrumpen
trayendo una noticia inesperada: el Maris-
cal Castilla ha decretado la libertad de los
negros y manda por su esclavo favorito.

Así, Prudencio fue desatado y enviado
hasta aquí, a presentarse ante usted, noble
Mariscal Ramón Castilla, como ve, sólo
para hacerle dormir como un bebé mien-
tras le saco las botas acabadas y le repito la
historia que tanto le gusta: la de su esclavo

Prudencio que se salvó de la hoguera por voluntad de usted, buen señor, hace ya más años de los que sé contar.

Toque de puñales

Desde que ella me dejó no quise regresar a mi habitación. Pero mi cuerpo ya no daba más y necesité una cama y no las veredas de las calles de esta ciudad que era un polvorín.

Así llegué al hotel como pude. Era media noche. Algo en el hotelero me hizo desconfiar. En sus ojos algo me hizo temblar. Pero más pudo mi cansancio y fui directo al cuarto número ciento dos del décimo piso.

Era un cuarto pequeño, sin luz. A lo lejos se dejaba escuchar el ruido de las baterías anti-aéreas y el bombardeo de los aviones.

Sólo una ventana dejaba pasar la tímida luz de la luna que avanzaba entre nubes oscuras y uno que otro destello de luz pasaba iluminando tímidamente las paredes corroídas por la humedad.

A tientas toqué la cama y mi corazón se detuvo: un rostro helado bajo mi mano. Un cuerpo de muerto sobre mi cama me hizo no indagar más y un gran escalofrío se paseó por todo mi cuerpo.

No pude salir. El toque de queda era severo y lo mejor era esperar. El miedo me hizo rápidamente decidir qué hacer; así dormí bajo la cama y en lo posible ni siquiera respiré.

Y lo que cada noche pasaba en la ciudad llegó a mi habitación: racistas armados con puñales entraron sigilosamente y, sin mediar palabra alguna, apuñalaron al muerto que suponían era yo, negro africano descendiente de zulúes. Como entraron salieron, cerraron discretamente la puerta y algo murmuraron al alejarse.

Esperé la mañana para tener una idea exacta de lo que había pasado.

El cadáver apuñalado era de mi bella y rubia esposa que debió arrepentirse de dejarme y regresar horas antes de que yo llegara. Se veía horroroso. Lo saqué como pude para darle sepultura en medio del sonido de las baterías antiaéreas y no hallé más espacio que esta azotea del hotel donde hay otros tantos cadáveres que me invitan a quedarme en esta paz eterna que dan las bombas que siguen cayendo de los aviones, esta vez silbando y explotando sobre mi pecho.

La noche en que la luna se detuvo

Contaba mi abuelo Pedro. Y supongo que a él le contaba su abuelo Juan. Y así todos los abuelos hasta los de nombre que nadie sabe ni recuerda.

Decía que la luna dormía sobre las nubes, tiritando de frío. Por eso, pálida, salía a divisar los trigales y los maíces quemados por las heladas. Mirando desde arriba parecía una calavera. Afirmaba que era una calavera; el retrato mismo de la muerte.

Eran otros tiempos. Porque ahora es puro cemento lo que fueron los terrenos de mis padres y de mis abuelos. Sus chacras interminables daban a dos ríos y seguramente la luna era otra, más redonda y más blanca.

Aún se deja ver allá arriba. Ya no como en los tiempos de mi abuelo Pedro: asomándose entre las nubes negras para hablarles de la muerte a pausas. Ahora, entre edificios y equilibrándose sobre antenas parabólicas e incendios provocados, es otra, o la supongo otra. Por lo menos así se deja ver. Siempre estática; pero, al fin y al cabo, se deja ver.

Puede ser puro pesimismo, pero así la veo desde esta celda. Estática. Firme. Inmóvil. Retratada en la pared, como me la dibujó mi difunto hijo Ernesto.

Ya nada se mueve. La luna menos. La muerte en una cárcel es la palabra de la luna que se asoma entre la rendija de la puerta de metal y sube por cada poro mío y se detiene en mis ojos para hacerlos blancos, como la luna que miraba mi abuelo Pedro, allá en la sierra, a cuatro días a caballo de aquí y a mil leguas de sus consejos que no seguí.

Recuerdo alrededor del féretro de mi amo que fue

Era sábado. Cualquier sábado. Pudo ser un día como éste: sábado. Me veo corriendo detrás del ómnibus. Me veo mirar los rollos de metal que a duras penas bajaban aquellos hombres que siempre me maltrataban. Me veo y te veo, como si fuera esta mañana, alegre, empuñando tu moneda, adivinando qué película se estrenaría. Era sábado. Cualquier sábado de tu infancia, esperando la función de matinée.

—Es *El Señor de la Salle*, Abelardo. Película religiosa.

Eleazar se rió de la cartelera y te resignaste a no ver, una vez más, otra de vaqueros.

El filme fue maravilloso. El fundador de la congregación era ese *Señor de la Salle* que imaginaste: generoso, caritativo, fabuloso.

Dos horas mirando sus bondades.

Ese era el cine de tu pueblo. En verde y blanco, proyectado sobre sábanas, en medio del cancha de fútbol.

Nosotros, los que no podíamos ingresar, lo adivinamos desde afuera. En verde y blanco decían que era la película; no en blanco y negro. De vieja, seguramente, concluían los que opinaban.

A la salida, entre el público, la divisé. Ella era novicia y tú seminarista.

Este es el tiempo en que los recuerdo. Tú ya no eres seminarista y Carmela —a quien tanto amaste— sigue siendo la esposa del hijo del dueño del cinema, donde aquella tarde la miré y, a sabiendas, mordí su pantorrilla para que acaso te mirara.

Hoy has muerto, Abelardo. Estamos solos. Y, aunque hayas sido el obispo de Torón, ella no vendrá; su marido, con sospechas y lisuras, lo impedirá.

Categoría gramatical

Esa tarde mi padre, reuniendo todos los libros que pudo, me explicó la variedad de significados de aquella palabra. Fue a petición mía.

—¿Qué significa la palabra depravado? —le interrogué ni bien llegué del colegio.

Profesor de Lengua y Literatura por más de veinte años, hizo de la explicación una verdadera clase de pedagogía. Libro tras libro para consultar el término. Sinónimos. Antónimos. La palabra depravado fue desmenuzada al milímetro.

Antes que mi madre nos llamara a cenar le surgió la curiosidad: ¿a qué viene tanto interés por tan insana categoría gramatical?

—Por nada —le dije, guardándome para siempre el secreto: su nombre, unido a la palabra depravado se leía con gigantescas letras en la fachada de mi colegio.

Aquel 2001 perdí el año escolar y, ya muy tarde para retomar las clases, admití que con el nombre de Juanko Salasén habían poquísimos en el pueblo; mi padre era uno de ellos, y yo el otro.

Francisco en su final

—Qué bien se la ve con su piel trigueña, desnuda sobre los cactus... el sofocante desierto... el cielo rojo... el mar oscuro con el barco que se aleja... claveles en un brazo y en el otro su oso azul de peluche... qué bellos se ven los jazmines tatuados en sus senos maravillosos —dice Francisco en voz baja, dando la última pincelada al lienzo que Laura le pidió hacer dos horas antes de morir en su piscina hace veinte días.

La reja se abre y el celador de la prisión le pide el último trabajo ya listo.

—Es para la exhibición de obras de arte de los presos de Torón, ¿no recuerdas? —le dice, arrebatándole el trabajo de pintura que ha realizado. Francisco se retira a la cama, abraza la fotografía de Laura y se dispone a dormir rogando no tener la misma pesadilla de cada noche, el mismo mar cada noche, el mismo tormento de cada noche, la misma soledad de ojos abiertos de las últimas horas.

“Creen que yo la ahogué y por eso estoy aquí”, piensa, “si supieran que estuve en mi taller pintando con el volumen de la radio tan alto... si supieran que fue el marido de su madre...” Acaricia con ternura la fotografía de Laura. Repasa sus ojos sepias, su rostro sepia, su cuerpo sepia, hasta que la luz invade un trozo de celda y retumba la misma voz de cada mañana:

—¡Son las cinco, carajo, todo el mundo de pie. Los terroristas a la derecha! Tú, Panchito, a la izquierda —dice el policía tuerto que habla con cierto acento selvático.

En vano había pretendido cerrar los ojos cuando ya de pie ve cómo los prisioneros forman marcialmente y cantan bajito. Entre los hombres uniformados distingue al teniente Samuel Ríos quien llega para darle esa orden que temía escuchar:

—Primero te confesarás con el cura y luego irás con el pelotón de fusilamiento, Francisco —le dice.

—Nada de curas, Samuel. Sólo el pelotón —dice Francisco, ocultando la fotografía entre las hojas amarillas del libro que siempre lo acompañó y que ahora por nada del mundo dejaría: *Las Flores del Mal*, de Charles Baudelaire.

Francisco sale al patio custodiado por seis policías y el teniente Ríos. El pelotón de fusilamiento está listo y esta vez la vida le parece ideal: “la perfecta calumnia puede más que cualquier torpe verdad”, piensa.

—¡Que no fallen, Samuel. Que no fallen! —dice Francisco, cerrando los ojos.

Cinco disparos alivian al celador —padraastro de la difunta Laura—, enorgullecen a Samuel y enfrían para siempre a Francisco, único pintor de la cárcel de Torón, que por nombre y apellidos tenía los míos.

Patricia

El grito fue tan desgarrador que en segundos rodeamos el cuarto de Patricia.

“Otra vez los fantasmas, Carlos. Otra vez los fantasmas”, me dije.

Armados de valor y agua bendita nos atrevimos a tocar la puerta. Ella debería abrirnos. Esta vez enfrentaríamos el problema de fantasmas o lo que fuese.

—¡Ábrenos la puerta, Patricia, o la derribamos!

La puerta se abrió de par en par. Patricia, en un rincón del cuarto, había adquirido la palidez de la luna, los cabellos de las zarzamoras y la mirada de los búhos. Se mordía las uñas mientras no dejaba de temblar. La bata cubría su cuerpo de treinta kilos y traslucía un cuerpo acabado.

—¡Señálanos el fantasma o lo que sea, Patricia! —grité, empuñando el cuchillo de cocina que cogía tembloroso.

—Está allí —dijo muy bajito, señalando el televisor prendido.

Las miradas se centraron en la pantalla a colores del televisor de última generación. Era la imagen de una diminuta rata, de alguna película de dibujos animados, la que había hecho gritar a Patricia.

Las risas estallaron y el asunto fue olvidado hasta esta mañana, cuando la encontraron muerta.

El televisor estaba roto y a Patricia la habían devorado las ratas.

Confesión de parte

Eva. Así la llamábamos. Eva. Eva Lara, nieta de doña Agripina, mi madrina. Vestía como hombre y vivía sola en su fundo. Daba miedo verla pasar, hasta que una mañana, hasta ahora me pregunto por qué, decidí hablarle.

—¡Buenos días, Eva! —le dije.

—¡Buenos días, amor! —me contestó.

No supe qué decirle. Me abrazó, besó y amenazó con matarme si no aceptaba casarme con ella.

Eso fue lo que pasó, padre Alberto. Lo confieso ahora, antes de dar el “sí” en el altar. Pero ya a quién le importa, si usted es su hermano y casi todos los del pueblo sus familiares.

Al final de la batalla

Pude verlo todo. El campo regado de quejidos y lamentos. Los oficiales tendidos abrazados a sus cartas y retratos. Los soldados más jóvenes con una expresión de terror en sus rostros. Las armas abandonadas. Incendio en algunos lados. Olor a pólvora. Sabor a muerte.

Me parece ver el campo después de la batalla y también me parece ver mi cuerpo entre otros cuerpos, antes de pretender ser acuchillado.

Felizmente me salvaron, transportaron cientos de kilómetros, disecaron y colocaron al lado de mi buena veterinaria que no deja de admirar mi cuerpo de joven cocodrilo que por casualidad pasó por aquel campo de batalla.

Tragedia

Aquí murió mi padre; fue al caer mil metros adentro con todo y Pazán. Mi hermano Santos, el mayor, lo seguía por detrás guardando su distancia, como rabiza. Pazán era caballo nuestro; es decir, mío y de mi madre nomás; no de él, que en paz descanse.

Donde ves el fondo del río —río que parece una soga de plata cuando es luna llena como hoy—, quedó su cuerpo más destrozado que pantalón de mendigo. Pazán, a quien tanto amábamos, murió con él. Quién habría podido sobrevivir a tremenda caída...

Aquí murió mi padre. Nadie en el pueblo se acuerda de él; sólo de Pazán, el primer caballo de paso de la región que nuestro padre robó a mi madre, después de matarla a golpes y gritar llorando que no fue él.

Mi hermano mayor, que andaba siempre con mi padre, al no poder hacer nada por evitar el accidente, murió un día después. De pena, decían las tías que sabían de esas cosas. Yo creo que de rabia. No soportó la pérdida de Pazán.

Adrede veo el lugar donde resbaló Pazán y adivino lo que pensó mi padre al caer: mejor muerto que vivir con la vergüenza de no tener un caballo de paso propio y una familia.

El precipicio mató a mi padre. La altura que tiene, digo. Pero seguramente también yo, por colocar un alacrán en la oreja de Pazán, quien de puro susto no dejó de correr y correr hasta caer abajo, abajo, donde no se ve.

Diagnóstico

—Santa Bárbara Doncella, líbranos de esta centella —dijo mi madre cerrando los ojos y disponiéndose a escuchar el último trueno.

La tormenta duró tres horas. La calma llegó con el sonido de las aguas corriendo por las calles y con un arco iris tan grande como el pueblo.

—Patricia, donde nace ese hermoso arco hay un tesoro —afirmó mi padre.

—Y dicen que allí, donde nace, hay una gran olla de oro, Ricardo —respondió mi madre.

—Bueno, ahora que la tormenta ha calmado puedes ir a que te atienda el médico —dijo mi padre, prendiendo su vieja pipa.

—Me siento tan mal, Ricardo... Me duele la cabeza, el cuerpo. Así estoy casi tres meses. No lo soporto más. Dale permiso a Carmen para que me acompañe —dijo mi madre. Y la acompañé.

Atravesamos casi un pueblo de fantasmas. Ninguna persona caminando, excepto nosotras. Al final de la calle principal estaba el consultorio: blanco, más formal que fiesta de gala.

—Adelante, señora Patricia, es mi primer cliente de la tarde.

La examinó de pies a cabeza. La hizo

sacar la lengua, toser, levantar los brazos. Le faltó ponerla de cabeza. ¿Y sabes? A que no adivinas lo que le dijo:

—Está embarazada.

Mi madre abrió los ojos como ventanas. Se cogió la cara. Parecía estar a punto de arrancarse los cabellos. No lo podía creer, pues que supiéramos, ya ni menstruaba. Tenía casi setenta años.

—¡Imposible, doctor, no puedo estar embarazada!

Yo tampoco pude creer eso. Debía tratarse de un error.

—Señora Patricia, usted está de lo mejor. Cierto, con algunos males propios de los años, pero al fin y al cabo, muy bien de salud.

—Pero, doctor, estoy embarazada, cómo quiere que me sienta bien.

—Usted no, su hija Carmen. Lo sé por el color añil de sus ojos, las manchas en su cara y la delgadez extrema de su cuerpo.

Ahí acabó todo. Vine corriendo hacia ti. No estabas celebrando misa. Te busqué en la sacristía, en el templo, en el coro. Y sólo Dios sabe si podrás, al escucharme y dejando la sotana, casarte conmigo.

Cita en verano

La acompañé varias cuadras, hasta de dar con la casa de su madre.

—¿Podríamos vernos mañana? —le dije.

—Solo una hora, Pakito. A las diez, en la plaza de armas.

Susana había llegado en el ómnibus de las cinco de la tarde. Enseguida me mostré amable y, abordándola con la agilidad de un felino, me ofrecí acompañarla.

Esa noche casi no dormí. Me levanté a las seis de la mañana, encendí la radio, escuché las noticias: errores en el bombardeo a Kuwait; la cibernética y la exactitud de los cálculos matemáticos; los satélites que miran hasta las células de los insectos. No pude concentrarme más. Apagué la radio y salí.

Pensé cada minuto en aquella muchachita de ojos de laguna que el día anterior me había cautivado.

Llegué faltando diez minutos para la cita. Miré el templo, las tiendas de la plaza, los borrachos de cada día, los lustrabotas más mugres que mis zapatos, los vendedores de frutas soleadas y, al fondo, ella y su blusa rosa, ella y sus ojos de gacela, o de laguna, mar, cielo o blue jeans ajustado que sus caderas soportaban.

—¡Qué puntual eres, Pakito!

—Igual tú, Susana.

Caminamos hasta las afueras de la ciudad. Un sol que ciega y dos sombras alejándose, hablando de amor a primera vista y —por voluntad y química que caen por su propio peso— el primer beso bajo un molle rodeado de hormigas. Risas. Otros besos menos santos que el primero y caricias en la Pampa de los Arriaga, lejos de la ciudad.

—Volvamos, Pakito. Debo almorzar con mi padre. Son cinco años que no lo veo.

—¿No lo viste ayer? ¿No estaba en casa?

—Mis padres no viven juntos, Pakito, se separaron cuando tenía cinco años. Pero a ambos los quiero igual. Acompáñame por favor.

Calles. Carros que pasan como rayos. Olor a cebicherías. Chicherías. Bares de mala muerte. Parejas discutiendo. Monjitas de prisa yendo a visitar a los ancianos.

—Esta es la casa de mi padre, Pakito.

Mi cuerpo sintió un escalofrío: un gran alfiler desde la cabeza a mis rodillas.

—También del mío, Susana.

Éramos hermanos de padre y mejor no recuerdo más porque, como siempre, me pongo a llorar y me dan ganas de volver nuevamente a suicidarme.

Cuentas

—De todas las mujeres, ninguna como Pamela: senos de melones, piernas de eucaliptos y perfume de montaña, Juancito.

—Un momento, Francisco, yo también tengo lo mío. Ricardina es... cómo te explico, como un caramelo: dulce, serena. Tiene algo de río, o de mar. Seguramente más de mar.

—Así son las mujeres, Juancito. Siempre ellas, tan ellas.

El bar de Rocío, si no fuese por los hermanos Francisco y Juan Romanzi, luciría vacío.

Cinco de la mañana y los repiques para la misa del gallo les recuerdan su deber: estar presentes en la celebración religiosa que ofrece el Alcalde en honor a la Virgen de las Tristezas. Es necesario que se incorporen y vayan urgente a la iglesia.

Antes, así lo han acordado, pagarán de veinte vinos, diez cervezas y dos caldos de gallina con lo que obtuvieron ayer.

—Si no fuera por las limosnas, estos hijos de Dios se morirían de hambre y sed —dice Rocío, al recoger el sencillo que han dejado, presurosos, los nuevos curas de Torón.

Consejo en la barra

—No sé bien por qué me dejó. Yo lo amaba. Dejé todo por él. A todos mis pretendientes por él. No sé por qué lo hizo.

Juana toma un trago más de pisco. Enciende otro cigarrillo y se abraza a mi hombro.

—No sé por qué lo hizo, te lo repito.

Su voz enredada me recuerda los días cuando hacíamos ejercicios de locución con un lapicero en la boca y repetíamos cientos de veces las mismas lecturas.

—Pero algo pasaría que reaccionó mal —le digo, abrazándola para consolarla—. No creo que sea por nada...

—¡Sí!, claro, hubo algo.

—Total, o no sabes o sí sabes.

—Bueno, tómalo como quieras. Un día, fue el lunes... no, el martes por la noche, en su cuarto. Me abrazó, me besó, me dio de beber de más y se me ocurrió darle una sorpresa. ¿Quieres ver un strip-tease de los de verdad, mi amor?, le pregunté. Sin esperar respuesta me desvestí bailando con mis mejores movimientos. “¡Eres una prostituta!”, me dijo y tiró el anillo de compromiso por la ventana y se fue para siempre.

Lágrimas. Pañuelo de seda para limpiarnos las lágrimas y un consejo del jefe de mozos:

—Si quieren que esta noche alguien las tome en cuenta, crucen las piernas, abran más el escote, dejen de abrazarse, tomen la bebida dulce que les he traído y sonrían, que nada les cuesta.

Beso uno

Neblina más espesa que lana cruzando la plaza. Luces de la iglesia escurriéndose entre la garúa que cae ya varias horas. Isabel, presurosa y jadeando como vaca de lidia, juntando su cuerpo con el mío. Ella y yo apretados en la puerta de la alcaldía de Torón. Once y media de la noche.

Mi primer beso. La primera vez que una lengua, que no era la mía, rozaba mis dientes y mi paladar.

—Sus labios se unieron involuntariamente con los míos, esa es la verdad —se lo confesé a mi madre.

—¡Te han besado, criatura, quién fue la bruja que te ha seducido! —exclamó mi madre y se desmayó sin saber quién había sido.

Tía Moy limpió el lápiz labial que había dejado Isabel en mis dientes y soltó la risa escandalosa de siempre:

—¿Isabel, la loca del pueblo, te ha besado?—. Su risa incendió mi cara.

—Sí, tía —. Y agaché la cabeza, simulándome un sauce llorón.

Junté mis maletas y huí de casa: tenía entonces apenas cuarenta años y por primera vez había sentido la maravillosa humedad de los labios de una mujer.

Partí llevando mi secreto: cinco dólares

por besarme, diez por abrazarme y ochenta por devolverme mi dentadura postiza, más blanca entonces que esta leche con aguardiente que ahora tomo.

Promesa al final del muelle

—Lo mataron en el muelle, Arístides. Corre pronto o será demasiado tarde.

Al llegar, la voz asustada del viejo Manuel confirmó la mala noticia: lo apuñalaron; fue sólo uno, nadie lo vio.

—¿Y cómo saben que era uno? —pregunté.

—Por las huellas. ¿No las ves? —dijo indicando las huellas de zapato con arena que se perdían por la avenida principal.

El pueblo entero, en pocos minutos, se congregó alrededor del cadáver.

—Eso le pasa por andar de mujer en mujer. Lo tiene bien merecido.

—Y ni qué hablar de lo que paraba tomando y fumando peor que chino.

Los comentarios abundaban. La noche encendía las luces del puerto y yo, simulando caminar y buscar más rastros, hice lo que el día anterior debí haber hecho: borrar las huellas del asesino.

Haberlo asaltado y matado fue un acto salvaje.

Ahora que el efecto de la cocaína me ha pasado, y parece que todos me arrastran a la comisaría —cosa que no es verdad, pues soy el teniente de la policía del pueblo—, juro por Dios y de todo corazón, que esta será la última vez que mato a otro colega por error.

Carnaval de 1993

*“Que bonito es carnaval
pa’l que lo sabe gozar;
como yo lo sé gozar,
bonito lo he de pasar”.*

(Copla del carnaval de Cajamarca, Perú)

Carnaval en Torón. Madrugada de algún día de febrero de 1993. Mi padre presuroso fue de compras y nos encomendó la primera tarea importante de nuestra infancia: matar a Capulí y dejarlo listo para preparar los chicharrones.

—Lo quiero sin un pelo —nos advirtió antes de salir.

Nos miramos. Apresuramos los movimientos. Conseguimos el cuchillo ideal. Lo cogimos como pudimos, tapamos el hocico y amarramos fuerte.

Nadie en el barrio se enteró de la muerte de Capulí. El cerdo murió al primer puntillazo, y, aunque le dimos cinco, se desangró como si le hubiésemos dado mil.

Al medio día llegó mi padre cargando siete arrobas de papa amarilla y pequeña. Lo primero que sus ojos vieron fue a Capulí, más blanco que nuestras camisas de escolares el primer día de clases.

—Esos son mis hijos. Estoy orgulloso de ustedes.

Repasó los pedazos de vidrio y teja que normalmente sirven para realizar el triste oficio de pelar cerdos. Nos volvió a abrazar. Si de mayores no ingresábamos a la Universidad de Paitaó, seríamos los mejores matarifes de Torón, como él.

Con mis hermanos también nos sentimos orgullosos de haber trabajado de esa manera; y más orgullosos aún de prometer guardar por siempre el secreto: dejamos sin ningún pelo a Capulí con la máquina de afeitar Gillette de nuestro padre, regalo de su abuelo que aquel carnaval algún mal amigo se robó.

Luchador con clase

—Por lo menos eran diez. O quizá veinte. Pero eran muchos contra mí—. Así empezaba Ernesto la narración de su última borrachera—. No sé cómo, pero derroté a todos, hasta que alguno de ellos me golpeó con un palo. Fue a traición. Además, casi ni se veía. Era de madrugada, consideren eso.

Desde la cama número siete de cirugía del hospital, Ernesto narraba cómo, con sus técnicas de artes marciales y afines, había derrotado a muchos que intentaron aniquilarlo.

—Te creemos, Ernesto. Eres el mejor —le dije después que le pusieron ochenta puntos en su cuerpo y decenas de vendas y yesos en los brazos y piernas.

Mientras nos alejábamos llevando su terno inglés al basurero, alguno de nosotros —que no fui yo— comentó:

—Como si todo el pueblo no lo hubiera visto borracho y abrazado al árbol de taya, dando puñetes y patadas a sus ramas y cabezazos a su tronco. Cómo si nadie lo hubiera visto...

En silencio avanzamos sin más comentarios. Ernesto era, después de todo, nuestro amado y querido padre, y no todos bien lo sabían.

Canto de búho

La calle principal es una caja de muerto. El reloj marca las cuatro de la mañana y un búho canta cerca.

—Alguien seguro morirá. Te lo aseguro Carla, o que me parta un rayo si fallo —me dice Juan.

Levantamos la mirada y vemos alejarse el ave nocturna. Algo en nuestros corazones nos dice que es verdad, por lo menos hasta ahora: cuando canta un búho, alguien morirá. Así ha sido siempre.

Sin mirar la iglesia, nos sentamos junto a la pileta del centro de la Plaza. Sacamos las frazadas, las doblamos como podemos. Nos tomamos de la mano e intentamos dormir mirando las miles de estrellas que se dejan ver entre las nubes.

—Nunca hemos tenido una noche tan fría como esta, Juan.

—Ojalá mañana no sea tan fría, Carla. Es mejor que duermas ya. Mañana hay que seguir pidiendo limosna.

—Buenas noches, entonces.

Los primeros rayos del sol chicotean la Plaza de Torón. Los barrenderos nos encuentran, como cada día, en el lugar de siempre.

—Levántense ancianos. Ya son las siete de la mañana.

Más fríos que un témpano nos levantamos. O, para ser exactos, nos levantan, lavan, recortan las uñas y cortan el cabello. Y nos dan la más cordial bienvenida a la Escuela de Medicina de Torón, donde ya hacían falta dos cadáveres frescos para la primera autopsia del año.

Travesía

a.

Fuimos a traer a mi padre. Vivía en la mina abandonada, escondido de los Arriaga y, por un derrumbe, se encontraba atrapado en su propia morada.

Nos hablaba desde adentro y nosotras rogándole para que buscara un lugar por donde salir y volver juntos a casa: hazlo por nuestra madre, papá; por tus nietos; por Dios; por los santos; por ti mismo.

Logró salir después de dos días para morir en nuestros brazos: amarillo y sangrando por la boca.

Lo envolvimos en una sábana. No quisimos ver con detalle su rostro, su cuerpo frágil, sus zapatos de minero que mi madre cosía casi siempre.

Cruzamos los dos ríos con nuestro bulto a cuestras. La subida a Torón más pesada que un camión. La calle Progreso y todos consolándonos por la muerte de nuestro padre. Mamá alborotada por los preparativos para el velatorio. Daba rabia tanta pobreza. Té, rosquitas que sobraron de la fiesta patronal y nuestro padre con la sábana ensangrentada sobre la mesa de madera. Dos velitas para alumbrar la noche y la madrugada, sin misa ni cura ni mortaja.

b.

¡Déjenlo pasar, déjenlo pasar! El alboroto en la puerta de la casa nos quitó el sueño. Mi padre más vivo que una trucha del río llegando tan amargo como cedro. “¡Carajo!, ¿a quién están velando?” “A usted, papá, a usted”.

La abuela Moy me abrazó fuerte y limpió mis lágrimas.

—No, hija, estabas soñando. Tu padre no vendrá. Estamos velándolo. Murió en la mina y tú y tus hermanas lo han traído.

—¿O sea que sí está muerto, abuela?

—Felizmente, hija...

El velorio prosigue. La gente sigue llegando. Nosotras rezamos un Padre Nuestro y le pedimos a Dios un deseo: haz que esto sea un mal sueño y que mi abuela no se apellide Arriaga.

Penitencia

—¿Que si hubieron? Claro que hubieron, hijas. Los llamaban penitentes.

Mi madre agacha la cabeza y lo confiesa:

—Yo fui uno de ellos. Yo comí carne guisada como castigo. A otros, como a Jacinta y a su entenado, les dieron peores penitencias: a él debieron azotarle con bola de cera con vidrios y ella cargó una cruz dos años y comió sólo lagartijas.

Nos miramos y sabemos que debe estar exagerando.

—¿Y a ti por qué te castigaron, madre?

—Porque tuve relaciones con mi cuñado y no con el padre de ustedes.

—Madre, por favor...

—Es tiempo que lo sepan, hijas: su padre no es su padre. No van a salir tan bonitas así por así. Nada saben de la vida.

—Pero eso es pecado, madre.

—Así es hijas, por eso sigan rezando y aprovechen en seguir comiendo alfalfa fresca que aún faltan diez kilómetros para llegar al pueblo donde el cura tendrá que perdonarnos.

—¿Y a nosotras por qué?

—¿Por qué? Porque ustedes no son hijas de su padre, sino del cura.

—Nosotras jamás lo sospechamos. ¿Y el tío?

—También del tío. Ahora ya lo saben, los pecados, de algún modo, nos alcanzan a todos.

El látigo nos recuerda que la leña que llevamos es para el cumpleaños del cura Francisco, que siempre lo celebra a lo grande.

—Estas burras blanquiñosas cada día más jodidas. Echadas en lugar de avanzar. ¡Levántense, carajo, o el cura las hará pedazos y encima les hará comer carne guisada! —nos grita Abelardo, el sacristán que nos lleva cuesta abajo.

Avanzamos hasta divisar el pueblo. Abajo, como una cajita roja la iglesia. Mi hermana y yo, mellizas y blancas como mi madre, andamos ya tres días con esta carga y siempre escuchando los mismos gritos: “¡Avancen, o las desbarranco!” “¡Avancen, o las mato!”

Mi madre apresura el paso y nos advierte:

—Avancen, hijas, que el cura sólo a ustedes las espera, ya no a mí, pues estoy muy vieja.

“Si no fueran las yeguas del cura, con otros ojos las vería...”, piensa Abelardo en voz alta. Al final, después de beber como nunca antes lo hizo, nos hace parar al costa-

do de un peñasco y dice que le importa poco o nada que nuestro dueño sea el cura, que esta vez él cobrará revancha, porque amaba con sinceridad a nuestra madre cuando era joven y bonita, más que a todos los botellones de aguardiente que lleva tomando.

Sabemos que lo hará, por su mirada libidinosa y por las palmadas, sospechosamente cariñosas, que nos da en nuestras ancas.

Versión de Eleodoro

Eleodoro levanta la cara, cierra los ojos con fuerza y, al abrirlos, ve y oye lo que quiere ver y oír: Elena desesperada en la ventana, diciéndole: “Espera, no tardo, solo tienes que tener paciencia. “.

Repara en la lluvia, siente el viento inflar su casaca de cuero, suelta con discreción una carcajada y murmura: “Lo jodí al viejo Saúl, carajo; ya era hora”.

Por la Avenida Independencia, Elena viene hacia él: una maleta de ropa, un bastón dorado y Chiqui adelante. Un “Elena, te extrañé”, y un “yo también”, hacen de la pareja un pájaro libre en plena lluvia.

—Cuánto te extrañé, Eleodoro, mi amor.

—Yo también, Elena. Creí que nunca te decidirías.

—También Chiqui te extrañó, amor.

Eleodoro abraza al pequeño perro, acaricia el cerquillo que cubre sus grandes ojos y se anima a decir lo que tenía que decir:

—En verdad, Elena, solamente quería que trajeras a Chiqui. Es a él a quien realmente necesito y no a ti. Gracias por traerlo.

Elena llora sentada en la vereda y no puede evitar increpar a Eleodoro:

—Dejé a mi papito Saúl por ti, a mi

abuelita por ti, a mi hermanito Carlitos por ti. Cómo te odio, Eleodoro.

—Yo no te odio, Elena. Te agradezco por todo.

—¿No dijiste que me querías, que me amabas?

—¿Cuándo? Solamente dije que también te extrañaba.

—Alguna vez me lo dijiste.

—No lo recuerdo....

Elena sabe que sin Chiqui su vida no será la misma: “Realmente amo más a Chiqui que a Eleodoro”, piensa la ciega, sentada en la vereda donde llora y llora por su pequeño perro que, resignado a su suerte, se va preparando para ser un delicioso hot dog en las brasas ardientes que Eleodoro muestra orgulloso a sus hambrientos clientes.

Actitud

La pared invita a expresar lo que piensa. Minutos antes Roberto arregló lo necesario: un balde de pintura roja y una brocha.

Recorre los veinte metros de largo —así lo ha calculado con sus pasos—. Traza en el aire lo que debe decir y, percatándose que nadie lo observa, decide escribir con grandes letras lo que pensó: Que muera el Presidente.

Dos policías observan. “Alguien tendría que haber pensado en esa pared”, susurran al interior del automóvil de lunas polarizadas.

Pre-si-den-te, deletrea Roberto cuando unas palmadas sobre su hombro hacen estremecer su cuerpo. La misma sensación cuando su padre lo resondraba.

—Con que tú eres el que está escribiendo —malos ojos sobre Roberto—. Ahora nos acompañas a la comisaría.

—Un momento, señores. Un momento —una luz sobre su cabeza—. Aún falta concluir la frase.

—A ver, a ver, sigue, sigue —en el silencio de la noche el sonido de la brocha sobre la pared y los ojos atentos de los policías del Servicio de Inteligencia Regional.

—Perdone, señor. Pensábamos que usted era un antigobiernista —le dicen.

Los policías se alejan, siempre disculpándose. Roberto no puede creer lo que ha escrito: “Que muera el Presidente, pero de viejito”.

Siempre ellas

—Ellas siempre perfumadas. Olor a flores, señores. Olor a naturaleza. Italianas, bellezas italianas. Y, aunque no me lo crean, yo vivo de ellas. Ellas me dan el dinero con el que tengo estos negocios. Por eso las amo —silencio en el Pamela Bar y una envidia generalizada, pero bien disimulada, en nosotros.

—¿Cuántas son las que están a su cargo, señor? —pregunta de cajón Sandro, el dueño del prostíbulo más rentable de Paitaó.

—Muchísimas. En toda la región. Las tengo en toda la región.

—Felicitaciones, señor. Felicitaciones. Es difícil comprenderlas. Como humanas son tan imprevisibles...

—¿Perdón?

—Imprevisibles.

—Ah, comprendo. Ustedes me han entendido mal... Yo soy un apicultor; es decir, criador de abejas. A ellas me he referido. No a mujeres—. Su risa casi rompió los vidrios de las ventanas.

Cerré el bar y, por esa noche, no quise más clientes.

Mona de seda

I

Una hora antes del partido de fondo, Pelí Malú piensa en Paola. Se imagina con ella en las playas de Río de Janeiro y, mientras se coloca la camiseta número diez, se percata de un detalle: la medallita que ella le regaló por su cumpleaños se le ha caído en alguna parte de la casa residencial del Club Dorado.

—Hora de calentar, muchachos —la misma voz de siempre, grave y latosa, de quién sino del negro Bolín, aguatero del Club.

El sudor y los gritos del público hacen del corazón de Pelí Malú una matraca, otra más de las tantas que suenan en las tribunas. Jugar de visitante es más peligroso que enamorarse, piensa antes de persignarse y salir al centro del campo.

Alianza de Udelima —siempre victorioso y campeón de la primera rueda— versus el Club Dorado. Los equipos ingresan por la tribuna Sur y el estadio de Paitaó es el mismísimo mar en su mayor tormenta.

El árbitro principal saluda a los capitanes y Pelí Malú siente que esa es su mayor oportunidad. “Desde Brasil, tierra de Pelé, el rey del balompié, señoras y señores, no

es cualquier futbolista”, comentan en la televisión y el primer toque de balón inicia la inolvidable jornada futbolística.

II

Han transcurrido noventa minutos de juego efectivo y los comentaristas deportivos por fin han coincidido en algo: de Pelí Malú, lo mejor son sus zapatos de fútbol. Pero ni eso lo salvará. Una turba de gente ingresa al campo de juego y corre tras el extranjero. Diez goles en contra, ni en sus peores épocas del Club Dorado. Pelí trepa la muralla más alta del estadio y huye. Otro club, con igual argumento, lo esperará: soy de la tierra de los mejores jugadores del mundo, por eso estoy aquí, para demostrarles que el fútbol es cuestión de nacionalidad. “En mi país basta levantar una piedra para encontrar un genio futbolístico”, habría afirmado una semana antes.

—Fue mi culpa —comenta a la prensa el Presidente del Club Dorado—. Fue mi culpa. Yo contraté a Pelí Malú. Pido perdón a la afición.

Nadie perdona a nadie. Crucificado en el arco de la tribuna Norte, el Presidente implora piedad. De Pelí Malú nadie tiene noticias; excepto una alivia al Club: se ha encontrado, esta vez sí, a una nueva estre-

lla, de Argentina, señores, esta vez de la mismísima Argentina, tierra de “Pelusa” Maradona, el mejor futbolista del mundo.

Reinaldo Tarantino, antes llamado Pelí Malú, sonrío. “La cirugía es la mejor arma del mundo”, piensa. Se coloca el brazalete de capitán y besa su nuevo amuleto. Esta vez nada fallará, lo jura por Paola que lo mira desde la tribuna Este. Lo jura por ella, esta vez nada fallará, a menos que los callos y las ampollas le hagan otra mala pasada.

Disparo imposible

Sabrás, acaso alguien te lo cuente, que esto de cazar lo heredé de mis padres y abuelos. Y sabrás, también, que mi abuela Jacinta fue la mejor: valiente y paciente, más astuta que culebra. Pero lo mío es de no creer. Y te lo cuento por todo lo que me has contado, por la confianza que me has mostrado. Por eso a ti nomás te cuento.

Sucede que estaba cazando en los montes de La Mala Muerte. En eso vi al venado: grande, con cuernos como árboles y ojos atentísimos. Rascaba el suelo y divisaba por todos lados. Entonces, cuando lo tuve en la mira, “¡pum!”, le disparé. Tiro perfecto. Único. Le di, exactamente, en la pata y en la oreja.

¿Que de un solo disparo es imposible darle en la pata y en la oreja? ¿Cómo se ve que en tu vida no has cazado ni una liebre!

Fue en la pata y en la oreja, sí, así como lo escuchas, porque al bendito venado, al momento del disparo, se le ocurrió rascarse la oreja. Si no, ¿cómo crees que sucedió lo que te digo que sucedió?

Destino

—Héctor, a que no adivinas dónde me escondí.

—Ni idea, Leo. Ni idea.

En el hospital, Leonardo, más conocido como Leo, con la voz entrecortada por la tos, me narra cómo así se libró de que lo mataran:

—Cuando asaltaron la comisaría no nos dimos ni cuenta. Un coche bomba estalló en la puerta y el techo se nos vino abajo. El capitán y ocho colegas murieron en el acto. Por milagro la parte del techo que no se desplomó estaba sobre mi cabeza. “¡Qué no quede vivo ningún representante del estado burgués!”, gritaban los subversivos. “¡Ni uno vivo!”. Busqué por dónde salir. El teniente Yofré estaba casi moribundo, diciéndome: “Huye, Leo, huye”. Su voz ahí nomás se apagó. Entre los escombros busqué mi arma y me arrastré hasta un lugar escondido en el patio. Todo estaba tan oscuro... Me deslicé hasta las tuberías de los desagües y allí me escondí toda la noche y la mañana del día siguiente.

—¿Y el resto de tus colegas? ¿Todos murieron?

—No supe más de ellos, Héctor. Morirían aplastados por el techo. Todos. O, si alguno quedó mal herido, seguro que lo

remataron. Seguro que sí, porque algunos disparos aislados escuché esa noche. Fui el único con suerte en escapar. Soy un hombre afortunado, ¿no Héctor? Tú que eres médico, ¿qué dices?

—Cierto, Leo. Cierto. Hay que tener suerte para eso.

Lo abrazo, felicito, me despido y ordeno lo que en estos casos se hace: avisen a su mujer para que aliste el velatorio, pues de esta pulmonía fulminante algunos se han salvado, pero no mi suegro Leonardo.

Hoja de coca

Miré los ojos de mi hijo recién nacido y ya ni me sorprendí: más verdes ni la pampa de fútbol. Mi sexto hijo, por sexta vez (perdonen la redundancia), tenía los ojos verdes, como ninguno de los de mi familia ni los de ella.

Pensé que por fin, dejándome de tanta complacencia, me armaría de valor y se lo diría: “Dime Teresa, ¿a quién rayos salieron esta vez los ojos verdes?” Y así fue. En la misma casa de la partera, y delante de mis suegros, le hice la pregunta.

—¿De dónde nuevamente esos ojos verdes, Teresa?

—¡De tanta hoja de coca que mascas, será! ¿De qué más va a ser, Florencio? —me dijo, gritando tanto que casi rompe mis tímpanos.

Yo se lo creí, porque así es pues, masco tanta hoja de coca que ya ni me acuerdo de cuándo hice a ese zarco hermoso que otra vez se llamará Florencio, como yo. Florencio Sexto, por ser el sexto —disculpen la redundancia— y salud con todos.

Aprendizaje

—¡Querido pueblo de Torón, la patria se enorgullece en este día tan importante como es el de la independencia nacional! —dijo Erik Tord: porte militar, sereno, voz estruendosa, a quien mil soldados y cinco mil ciudadanos lo escuchamos aquel domingo en plena Plaza de Armas.

Había olvidado que este pueblo no era Torón, sino Paitaó.

Recién me ha escrito desde Puno —a orillas del lago más alto del mundo: el Titikaka— donde radica hace treinta años. Acaba de concluir su castigo: aprenderse de memoria cada uno de los nombres de los miles de pueblos que tiene este país, recitarlos en pleno lago y ser feliz sabiendo que nunca más hará quedar mal a su institución castrense, tan amada por él.

Versión del vencido

Me lo contó mi abuela. “Los mataron los Varraganes”, me dijo, y lloró desconsolada. “Los mataron los Varraganes. Véngalos, venga a tus padres, que no se queden sin castigo”.

Habían ido a buscar a Bonterin Romero para apoyarle en el problema de sus tierras y, aunque nadie dé razón con exactitud de cómo lo hicieron, sé que los mataron ahorcándolos a orillas del Río Grande, a veinte kilómetros de Paitaó; es un presentimiento.

De estos sucesos han pasado varias semanas y solo hoy hallaron sus cuerpos.

—Más cansado que caballo de bandido llego, niño Joaquín, para informarte que ya los encontramos.

La voz entrecortada del peón me da, además, más información desafortunada. Están sin cabezas y en sus cuerpos se lee: ¡Viva los Varraganes!

He juntado a todos los hombres que he podido. Trescientos con fusiles nuevos en busca de los Varraganes. Voy delante de todos arengando, incitando a buscarlos e incendiar sus casas y matar al primero que apareciera.

Es tarde ya, la noche se cobija en el valle y la oscuridad nos rodea. Acampamos.

Prendemos fogatas y disponemos los turnos para las guardias. Antes de cerrar los ojos, me encomiendo a La Virgen de Arameda y algo me dice que no podré dormir plácidamente.

—¡Levántese niño, que ya nos cayeron los Varraganes! —grita Aurelio y cae muerto sobre mi cuerpo. Apenas tengo tiempo para coger mi fusil cuando una bala se incrusta en mi estómago y me hace caer de bruces.

—Así que tú eres el petizo que anda buscándonos...

Son cinco Varraganes rodeándome. Cinco que son cien. Cien que son mil. Mil que son muchos.

Me atan a un árbol. Me desangro. Se burlan. Me escupen y al fin puedo mirar de cerca a quienes mataron a mis padres. Ya nada puedo hacer. Nada más me queda esperar la muerte. Y ya viene. Viene con el vestido de mi abuela a secarme el sudor. A darme paz. Pero, sobre todo, a curar esta fiebre que me tiene dos días en cama, víctima de gripe, pero a salvo de la escuela y su director Alcides Varragán, mi padre, y de Alicia Varragán, mi maestra y madre.

Encrucijada

El lunes por la mañana Vizcaíno y Salcedo arribaron de Sevilla, España. Mañana de sol. Sol para la arena. Arena para las corridas de toros. Corridas finales de nuestra Fiesta Patronal.

Pero las horas pasan rápido y ya es la tarde del miércoles. Sol espléndido y miles de conciudadanos esperando la gran faena. La plaza de toros repleta de gente con sombreros elegantes, sombrillas multicolores y vestidos comprados especialmente para la última corrida. El palco principal alberga a las autoridades que nadie ha elegido, representantes del gobierno central: gentes de barrigas abultadas y cigarros en la boca que generalmente siempre han salido antes que culminen las corridas. Los aplausos se inician cuando un caballo blanco anuncia el ingreso de los toreros españoles que van saliendo con sus coloridos vestidos de luces que contrastan con el pálido piso de la plaza.

Sin embargo, la ovación se detiene bruscamente, pues algo imprevisto ha sucedido: alguien, algún buen aficionado a los toros, los reconoce.

—¡No son los verdaderos toreros de Sevilla! ¡Son unos impostores!

La gente baja rápido del graderío para

atraparlos y los toreros corren como pueden. Buscan la puerta por donde entraron y la encuentran cerrada. Buscan un lugar por donde huir y lo logran: una puerta se abre y entran con la prisa de un rayo.

Su alivio es grande: han escapado de la multitud; pero su final es preocupante: ¿Cómo escapar de los filudos cuernos de los toros que los miran con ojos de demonios, o cómo no morir sin gritar que los perdonen?

Lo que será ya es

—Si quieres viajar, no es necesario avión, ómnibus, automóvil, ferrocarril o barco. Basta teletransportarse desde cualquier cabina pública. El costo es mínimo. Nada extraordinario tiene ahora viajar. Igual si anhelas saciar tu hambre o sed: basta que imagines una fruta o una bebida, darle el color y sabor deseado, para que se convierta en objeto real. Este es el maravilloso mundo que soñaron tus antepasados: sencillo, ágil, al alcance de tus deseos. Las computadoras son cosa del pasado. Ahora todo es mental... —dijo mi mejor amigo como gran novedad.

—Tu modelo acaba de ser largamente superado —le contesté, antes de proceder a desarmarlo.

Estos robot actuales, hablan tanto como los humanos del siglo XXI, Época Prehistórica si consideramos que es el año 1026 después de Bill Gates.

Piedroista

Aún me viene a la memoria el gesto de sus manos al no encontrar el diseño final. Artículo de cincuenta páginas el suyo. Páginas de cincuenta líneas. Líneas de ochenta golpes.

—Debe de entrar, a lo más, en una página, o si no eres el peor diseñador gráfico que he conocido.

—Pero, señor, son cincuenta páginas. El diseño final deberá hacerse en una hoja tamaño carta. En una página será imposible que ingrese todo el texto.

Su risa casi rompe mis tímpanos. Cogió sus escritos y se perdió en el largo corredor del periódico Impacto Diario, en donde aquellos años el que suscribe trabajaba como único diseñador gráfico.

Jamás volvió. Ahora, después de la inesperada noticia de su muerte repentina, me ha venido a la memoria aquel desagradable suceso, pues fue la última vez que llegó al diario.

—Lo mataron por querer publicar su novela de mil páginas en blanco. Se iba a titular: “La novela que el lector deberá escribir” —me comenta Siri, el nuevo jefe de redacción.

La invitación a su funeral es de lo más complicada, pues ha sido acondicionada

según su última voluntad: la fecha, hora y dirección cada asistente deberá escribirlo.

Muchos nos preguntamos si el cuerpo de Juan Manuel, el fallecido periodista, no será otro espacio para llenar.

Mejor no asistir y solamente dejar sin llenar la novela y la invitación, para no recordarlo ni nombrarlo jamás.

Contador de palabras

—Solo tres palabras pueden resumir lo que era el compañero que ahora la muerte se ha llevado. Tres palabras que lo describen y sustentan: fe, unión, acción, disciplina. Muchas gracias.

Miles aplauden a Eleodoro, dirigente del partido político más grande de Paitaó. Y yo no puedo evitar, en el silencio del descanso, corregir su discurso.

—En realidad, Eleodoro, dijiste cuatro palabras: fe, unión, acción, disciplina.

Con su mano derecha se toca el mentón. Levanta la cabeza con lentitud y me mira fijamente a los ojos.

—Lo siento, compañero, sólo sé contar hasta tres... y le aseguro que todos los que me escucharon sólo hasta dos.

El homenaje continúa. Me alejo apenado, pensando que no debí haber hecho semejante corrección, después de todo yo sólo sé contar hasta cinco.

Candela

—Rojas mis venas. Azules mis arterias. Candela en mi piel. Candela en la mesa. Candela al lado de la pista de baile. Candela sobre el vaso de licor, apagándose. Candela de rodillas sobre mi cintura. Candela por el techo, debajo del sofá, en el rostro del mozo... Así la llaman, ¿verdad?: Candela. Simplemente, Candela. Mulata. Más movida que una serpiente descubierta, que una cascada, que miles de hojas de vid cayendo por mi ventana. Ahora que la veo: morena, oscura, sé que sus grandes ojos azules son tan reales como mi borrachera de pocos soles. Ahora sé, también, que sus senos son los que siempre toqué. Ahora que salgo del bar sé que Candela es...

—¿Algo más que decir?

—Sí, si hay alguien que me tiene que expulsar de este bar que sea Candela, solamente Candela.

—No solo eso, vaya con Candela...

El dueño del bar Aquí se está mejor que enfrente, ubicado frente al cementerio local, se alza sobre una silla, levanta con cuidado los clavos que sostienen la figura gigante de Candela pegada en la pared, la enrolla y le da a Alberto, alcalde saliente de Paitaó.

—Buenas noches, ex alcalde. Que le vaya bien con Candela.

Alberto se aleja derrotado por la calle larga y silenciosa. Unos perros lo ladran desde dentro de las casas de luces apagadas. Silba una canción de amor. Desenrolla la figura, le da un beso, lo vuelve a enrollar y piensa: si Candela siguiera siendo mi mujer, otra sería mi suerte.

En el bar, el dueño riendo comenta a los mozos:

—Por fin se fue... pero con Candela de papel. Ahora sí que salga Candela, mi mujer de carne y hueso, y que empiece el espectáculo.

Son las cinco de la mañana y la última función de strip-tease va a comenzar conmigo, Candela Salomé, para servirlo como mejor le guste a usted.

Inusual herencia

Somos, contando conmigo, veinte nietas en su entorno. Todas sus hijas —Imelda, Melinaria y Susana—, tres que yo recuerde, murieron en un accidente, hace siete años. Las veinte nos salvamos de milagro: aquel fatídico día decidieron encargarnos con la abuela, que hoy agoniza.

—Tengo noventa y seis años y casi nada tengo; sólo mi pobreza —ha dicho la moribunda abuela.

Diez nietas se han parado y salido, rumbo a las grandes ciudades donde viven.

—Acumulé sólo recuerdos. Su abuelo me dejó sola con mis hijas, cuando la vida era, como decía mi amigo Pablito, como el cielo del sur en invierno. Pobre fui y sigo siendo, pero ya no seré más, pues en cualquier momento moriré.

Otras cuatro, arrugando la cara y sin poder disimular su furioso desagrado, han salido procurando no hacer ruido. Mi abuela, siempre postrada en cama, con algunas lágrimas en los ojos, nos ha mirado con nostalgia y pronunciado sus últimas palabras.

—Qué tengo para darles. Sólo mis dos cucharas de plata, pues ni esta cama es mía.

—¿De plata? Serán de lata... Vieja pobretona.

Las pocas que quedaron han salido a empujones, maldiciéndola.

Al final, ella y yo en este cuarto de pobres. Ella muriéndose y yo mirándola. Una sonrisa en su rostro y ninguna lágrima en mi cara.

—¿Por qué tendrías que llorar? —me dice muy bajito—, si las dos sabemos que Don Ferriño me regaló las dos minas de plata que él llamaba Las Cucharas.

Por los cuidados que le ofreció los últimos años en que vivió, inválido y enamorado de ella, aquel minero millonario se las regaló, sin disimular su gratitud.

En fin, tal vez en el cielo se encuentren y, como siempre, rían y beban vino blanco con galletas de coco como solían hacerlo, mientras yo disfrutaré de los beneficios de Las Cucharas y, por supuesto —teniendo en cuenta esta prejuiciosa ciudad—, sufriré frente a todos por lo menos un mes, no más.

Aurora

En lo que fueron las pampas de Andrés —y que ahora es uno de los tantos parques de locos y prostitutas que rodean los lujosos centros comerciales— un hombre se frota los ojos, estira los brazos y las piernas, se acomoda la corbata, finge lustrar sus zapatos y pregunta a su mujer: “¿Por qué tuvimos que dejar a nuestra hija? ¿O murió? ¿La matamos? ¿Qué pasó realmente?” Ella, sin responder, junta los pedazos de periódico, el cartel de cada día e intenta cubrir el pene erecto de él y avanzan juntos entre una ciudad que ha crecido más de lo que alguna vez imaginaron.

Un niño, desde el otro lado, los mira desde hace un buen rato y, mientras saborea un helado de fresas con chocolate, comenta a su madre:

—Mira, mami, una pareja de locos. Él está desnudo y tiene corbata y zapatos dorados.

La madre sigue con los ojos clavados en una gran vitrina de una de las tantas tiendas de la gran avenida y le pregunta sin mirar:

—¿Y ella?

—Nada más que periódicos en sus manos, mami.

—Apúrate, bebé —dice ella, alzando

al pequeño que acaba de ensuciar su vestido blanco con el helado—. Es tarde para tomar el tren.

—Ellos son tus padres, ¿verdad mami?

—Si alguna vez alguien te lo dijo fue por hacerte sufrir, hijo, por nada más.

—Sí, mami, porque ella no creo que se llame como dice el letrero que lleva colgado en su cuello: “Me llamo Aurora. Junto a mi esposo buscamos a nuestra hija Aurorita que hoy debe tener treinta años y un hijo de diez. La vendimos por necesidad. Sus características de ella son: un lunar en la frente y una cicatriz circular en el cuello.” Como tú mami, Aurorita, como tú.

—Cosa de locos, pequeño. Cosa de locos...

Ella, cargada de su pequeño, se aleja llorando y prometiendo nunca más regresar por allí: su hijo ya sabe leer y ella intenta en vano tapar el lunar y la cicatriz que ha ocultado tantos años.

La esposa de mi amigo Pako

La encontré en París y, años más tarde —exactamente cinco—, en New York. Aunque en Italia se me atravesó en un pequeño café, a unos pasos del Coliseo Romano, debí haberla conocido en la Gran Muralla China, cuando aún trabajaba en el rodaje de documentales.

Si entonces tenía cabellos rojos, no lo sé. Nunca la tomé en cuenta, por razones obvias: era la esposa de Pako, mi mejor amigo.

Ahora que miro su fotografía en el New York Times sé que no era una mujer cualquiera. Aunque tuve esa sospecha cuando la vi fumar y beber en las Vegas, sospecho que debió de dolerle mucho el desplante que le hice cuando me invitó a conocer su hacienda en Brasil.

—Soy casado, tú lo sabes. Lo siento. Además eres la esposa de Pako —le dije, y rió tanto como pudo.

—No te quiero para amante, ¿sabes?
—me dijo—, sino para que vigiles a mi marido.

—¿Vigilarlo?, ¿de quién?, ¿de qué?

—De la Buena Salud que le persigue por todos lados, como yo te persigo y perseguiré.

Sus ojos azules clavados sobre los míos

me hicieron temblar. Reparé en sus pestañas rojas y tuve miedo. Miedo al mirarla tras de mí, miedo al abrir cualquier puerta (bien podría estar detrás). Miedo de sentir su presencia en el viento más leve.

Me persiguió siete años. En tren, en barco por el Atlántico, en avión por África, en ómnibus por Bolivia, Perú y Chile.

Un día, debió ser enero porque estaba en los preparativos de mi cumpleaños, Pako llegó a darme una buena noticia:

—Mi esposa ha muerto. Por fin ha muerto.

Me alegré tanto... Pronuncié su nombre despacio y me resigné a no verla más.

Seguí viviendo en New York, como siempre, predicando y pensando que estaba lejos de ella, a salvo de ella.

Empero, esta tarde sucedió lo que temía: llegó ella a reprocharme el incumplimiento de lo que me pidió.

—Te dije que cuidaras a Pako. Y no lo has hecho.

—No entiendo —le contesté—, se suponía que estabas muerta.

—Lo estoy. Siempre lo he estado. ¿O ya te has olvidado que soy La Muerte?

—No. Pero estuviste persiguiéndome tantos años...

—Sabrás que Pako ha venido conmigo.

—¿Cuándo? No lo sabía.

—Hoy. Y porque tanto te extraña, he venido a llevarte con él. Debemos estar juntos. Aún te necesito.

Supe, por su mirada, que esta vez su compañía era inevitable. Ya no tenía veinte, ni treinta, ni cuarenta años. Setenta y siete abriles sobre mis hombros cansados.

—Vamos —le dije—. Pero antes quiero tomar un trago contigo, en el Barman Club.

Fue así como llegamos hasta aquí, amigo Barman, a tomarnos un trago, antes de conocer nuestra nueva casa, en el barrio Purgatorio, antes del Cielo.

Cántico en luna llena

Francia. Paris. Place Jules Joffrin. Rue Du Mont. Último día de la semana pasada. Baile final de la fiesta de carnaval. Tú, sencillamente deslumbrante: minifalda, escote para soñar y tu rostro tan semejante al de Celine Dion, a quien después visitarías cada fin de mes para indagar el porqué de tu parecido. Pedir permiso a tu madre para bailar, palabras rebuscadas y un secreto a voces: vengo huyendo de Irak, por el humo del petróleo y la pólvora, y estoy enamorado locamente de ti.

—Puedes ser mi hijo —dijiste. Supe entonces que algunos años de menos era una especie de delito.

Y ahora, cinco días después de aquel encuentro, a mi lado, en este reposo, me acaricias, guiñas y pretendes decir que me amas.

—Lo nuestro no da para más —te digo.

—Cierto, amor. Somos bastante viejos. Yo mucho más que tú. Pero ya soy tu mujer y poco falta para morir —me contestas.

Con todo, nos abrazamos, besamos y suPLICAMOS a la vida que nadie nos encuentre.

Seguramente no lo harán. ¿Quién se fijaría en dos muñecos de cera que han muerto copulando en la parte más alta de la Torre Eiffel? ¿Quién se fijaría?

La lancha

Mi pa' alzó los ojos e intentó divisar la lancha que se perdió rápidamente con el motor prendido.

—Por allá, pá. Por allá —ojos más abiertos que de pez los míos—. Mire sobre la ola de la izquierda. Por allí está.

—Ya la vi. Ya la vi.

Sus ojos se nublaron. La lancha se esfumó mar adentro.

—Yo tengo la culpa, hijo. Sólo yo —lágrimas en los ojos de mi pá.

Esperamos en vano que el mar la regresase. Mes tras mes esperamos la lancha que nunca volvió.

—No espere más, pá —le dije.

—¿Por qué? La esperanza es lo último que se debe perder, hijo —me dijo casi llorando.

—Hay quienes dicen que regresará, que el mar la traerá, pá. Usted sabe que eso es mentira.

—El tripulante que allí estaba era mi hermano de padre.

—Lo sé, pá. Pero la verdad es que yo lo dejé atado en la lancha. Prendí el motor y la lancha partió. Luego me tiré al mar. Usted me recogió. Y la lancha solita se perdió entre las olas. Yo prácticamente lo maté pá...

—Él era tu verdadero padre, ¿sabes?

—Lo sé, pá. Por eso estamos aquí, en alta mar. Para que entre otras cosas le contara a usted eso y para que usted por fin me diga lo suyo.

—Bueno, ahora que ya te dije quién era tu padre, haré lo que siempre he querido hacer al cumplir sesenta años de marinero: matarme en alta mar.

—Si esa es su voluntad, pá, nada puedo hacer.

El disparo sonó seco y el cuerpo de mi pá cayó entre las aguas saladas. Así me quedé solo, navegando sin rumbo.

Muchos días lloré la muerte de mi pá, que no era mi verdadero pá. ¿Por qué até a su hermano? ¿Por qué causé su muerte? En verdad, me lo ordenó mi pá, que era medio loco, como yo. O entero, como su hermano que resultó ser mi verdadero pá'.

Finalmente, y resignado a mi mala suerte, sobre el pequeño barco llamado Viejo Lobo de Mar, saboreo una sopa salada, fumo diez cigarrillos de marihuana, y, abrazado a una fotografía familiar —donde aparecemos mi pá, su hermano, mi madre que en paz descansa y yo—, firmo esta historia, la que guardaré en una botella antes de tirarla al mar y dejarme morir mirando el inacabable mar donde ha quedado flotando mi pá.

Lotería

—Para mí dos millones y para ti dos. Eso es lo justo: mitad, mitad.

—Nada. Para mí tres y para ti uno.

—No, no, no. Lo realmente justo es en partes iguales.

—De acuerdo, que sea en partes iguales, pero que conste que yo puse el dinero para comprar el boleto de la lotería.

—Ahí estoy de acuerdo. Pero que conste que yo elegí los números ganadores.

Buenos amigos, con los rostros ávidos de dinero, salimos presurosos del local principal de la lotería. Si todo sale como hemos planeado, si sacamos el premio mayor, así será la justa repartición.

En vivo y en directo

Ya para qué más explicaciones, si todo está consumado. El gobernador Grandioso Cueva empezó, él fue quien sacó primero la navaja. No vale la pena explicarlo, amigos. Ya para qué, si todo está consumado.

Sin embargo, hay algo que quisiera finalmente añadir: fue por mi nieta Salomé Tanta, mi última nieta de las siete que tengo. Por respeto y cariño a ella fue. Intentó enamorarla: lo vieron hasta los ciegos. Seguro más que por sus ojos, por su andar. Pero ustedes lo saben bien, fue por enamorarla. Y ahora tienen a Grandioso más empequeñecido que una colilla de cigarrillo, más frío que una gota de rocío.

Ya para qué echar más candela a la leña. Fue por honor que lo maté. Y si esto a nadie le ha gustado, prosigan pues con lo que se han propuesto. Pero, ¿quién de ustedes no habría hecho lo mismo? Yo, aunque sea un hijo de madre no habida, hice lo que hice, pues nadie tiene derecho a molestar a mi nieta.

Para qué explicarles más, si mi suerte ya está planificada, este linchamiento lo doy por bien aceptado. Prosigan, pues, sin titubeos, sin dudas ni murmuraciones, que las cámaras de TV transmiten en vivo y en directo a todo el país; gracias al cielo, nunca ven noticieros en el burdel donde trabaja mi adorada nieta.

Las mejores narraciones del mundo

¡Qué argumentos!, señor editor ¡Qué personajes! Las mejores narraciones del mundo a este humilde, pero genial creador, se le ocurrieron esta madrugada.

Quién lo creyera, sólo a mí pudieron haberseme ocurrido; a quién más.

Qué narraciones, señor. Las mejores del mundo.

Ahora lo pienso bien, fueron dos las narraciones, exactamente dos; y lo triste, mi apreciado amigo, lo ingrato, mi furioso editor, es que de ellas, de su contenido, nada, absolutamente nada recuerdo.

Ahijado de la suerte

Era entonces un niño cuando empecé. Ocho años tendría la primera vez. Sí, ocho, porque mi madre decía que cuando cumplí ocho murió Duque, nuestro perro que vivió nueve años; yo nací un año después que él nació.

Tu padrino te tiene un trabajito, Paulito. Ve y dile de qué se trata. Ponte a sus órdenes. Sí, mamá. Lo que usted diga, papá.

Y fui, pues. Allí mi padrino, más gordo que una casa, acariciándome la cabeza.

—Serás mi suerte, Paulito. Yo sabré pagar bien a tus padres y a tu persona.

—Sí, padrinito. Claro que sí.

—La cosa es fácil: en este recipiente se guardan las bolas de la lotería. Lo único que harás es sacarlas, una por una, cuando se te ordene; luego las mostrarás al público.

—Sí, padrinito. Claro que sí.

—Sólo de un detalle no debes olvidarte jamás.

—Cuál, padrinito. Usted dirá.

—Sacar solamente las bolas que estén heladas.

—¿Heladas?

—Sí, solo las heladas. Las extremadamente frías. Las que las sientas como hielos. Solo ésas.

—Sí, padrinito. Claro que sí.

—Verás, Paulito. Un poco de astucia se coloca en esta lotería. No habrás pensado que todo el dinero lo vamos a dar así nomás. No, no, hay que hacer sufrir a los jugadores. Eso les gusta. Recuerda que es la lotería que mejor paga en el país.

—Sí, padrinito. Claro que sí.

Entonces, como les decía, saqué sólo las más frías, las heladas y la lotería salió, y sigue saliendo como ustedes saben, sólo para los familiares y amigos de mi padrino, para nadie más. Y así doce años seguidos, pues... doce años seguidos, porque este año cumplo veinte.

Ojalá esta semana salga para ustedes, señores policías. Ojalá. Todo depende de mi tío; él congela las bolas que saldrán sorteadas.

Bueno, bueno, jefecitos, ya empieza el sorteo y déjenme ir, por favor, que mi padrino se enfurecerá como un león si no llego a tiempo.

El erudito

No sé desde cuándo lo conozco. Él dice que desde el trece de julio de 1996, a las 5:36 p.m., cuando yo vestía de azul marino y cuando el día presentaba nubes cúmulo nimbos.

Nada sabe de mi vida, pero dice que la conoce al dedillo, día por día, que sabe cómo pienso y lo que voy a hacer de aquí a veinte años.

Me informa de los diez libros diarios que lee —“¿comerá?” me pregunto— y me acusa de ignorancia al confesarle que estos últimos años casi nada he leído; “urgentes necesidades de sobrevivir me lo han impedido”, le digo, y él sonrío levantando la cabeza, mirándome oblicuamente.

Me habla de técnicas narrativas, de sofisticados y complicados libros que tendré que leer para —con muchísimo esfuerzo— tener una idea aproximada de la buena narrativa contemporánea; me informa de cómo escribir un excelente libro y de los requisitos para lograrlo y de todo lo que sabe, con tal de reconocerle sus dotes de notable intelectual.

Cuando —“ya era hora; por fin”, diría mi mujer— se despide, podemos respirar con cierta tranquilidad. Loquilo Tord, doctor en Filología Románica, Psicología Social,

Literatura Anglo Sajona y Etnolingüística, nos anuncia que, después de conversar con nosotros, está altamente motivado para escribir su primer libro acerca de cómo escribir un buen libro, pues con ello contribuiría a sacarnos de la ignorancia, que es muchísima según él.

Mi mujer y yo —que gentilmente lo acogimos— nos miramos con alivio y, desde el balcón recién pintado, le decimos adiós, con la seguridad que es la última vez que nos visita, pues cuando lo veamos llegar, nunca vamos a estar.

Confusión contada

Me lo has contado tantas veces que creo saberlo de memoria. Aunque te equivocas en algunos detalles, la historia parece ser la misma, pero no lo es. Cuando hablas de mi nariz te refieres, en esta última versión, a la forma en que Laura la dejó después de la primera vez que me tumbó de bruces. Aunque fue ella la que inicialmente lo hizo, esta vez está demás: ya no cabe en tu relato, si no yo lo recordaría perfectamente.

Tu primera historia era la siguiente, si mal no lo recuerdo: Tenía la nariz tan corta que cuando Lourdes le tumbó de bruces, lo único que le afectó fue su frente y su quijada. Luego variaste la historia: su nariz cortante como una navaja le facilitó el apodo de narizón; era la vergüenza de Los Ñatos, sus hermanos que devinieron en cirujanos plásticos...

La verdad es que ya no tengo claro cuál es la verdadera historia y cómo se enlaza. Con mucha razón dudo si soy de nariz corta o larga. De lo que sí estoy seguro, si en verdad lo estoy, es que tengo una nariz especial.

No recuerdo cuál era la continuación de la historia, pues ya estoy tan confundido que no sé si tú eres o no el autor. Acaso yo. Tú qué dices mi querido espejo. ¿Tú, o yo? ¿Yo, o tú? Después de todo los dos nos llamamos Pinocho.

El lector de la tristeza larga

En tu pequeño escritorio y cogiéndote la cabeza, lees incansablemente. Sabes que te miro y remiro. ¡Ah!, Telmito, eres —nadie lo duda ni dudará— un gran lector; sin embargo, tu tristeza me preocupa.

Sigo mirándote y por fin me armo de valor para preguntarte:

—¿Qué te pasa, Telmito? ¿Por qué lees con tanta tristeza?

Cuando has levantado la cara presiento que estás a punto de llorar.

—Estaba leyendo la comedia que has escrito —me respondes—, pero te juro que no me hace reír.

Arrebatándote el único ejemplar que conservo me retiro convencido de que no sabes leer, porque si supieras habrías cogido al derecho mis escritos.

Testigo de parte

El Inca, después de cerciorarse que Francisco Pizarro reniega por haber sido derrotado en un nuevo juego de ajedrez, decide que dormirá plácido después de comer cuy con papas y beber chicha de jora de quince días. Antes, así lo ha resuelto, dejará su vestido de alas de murciélago como obsequio a su buen amigo Hernando de Soto, porque es —entre todos— el más honesto y amable. Sabe que morirá, no es necesario que lo planifiquen. Lo presiente; lo heredó de su padre Huayna Cápac.

Pizarro mira la gran plaza de Caxamarca y recuerda los sucesos que le han dado tanta fama: seis mil doscientos veinte muertos a finales de una tarde de noviembre. Pregunta por Martinillo y ordena enterrar el ajedrez en el centro de la plaza. El Inca sonríe mirándolo por la pequeña ventana trapezoidal que da a la plaza y que es su única comunicación con el mundo natural.

Al fondo de la pequeña ciudad de Caxamarca el humo de los baños termales de Pultamarca se deja ver en medio de una garúa que cae y obliga a guarnecerse dentro de las habitaciones que los cobijan durante tantos meses.

Atahualpa, el último inca del Tahuantinsuyo, se acomoda el cabello y ordena

cubrir su cuerpo con la manta más gruesa de lana de vicuña y pide estar solo: “mañana me reuniré con mi Padre Sol”, piensa mirando la mosca azul que se deja oír fuerte en el silencio de la habitación que empieza a iluminarse con los primeros rayos de sol.

La garúa ha calmado rápido y el sol calienta nuevamente. “Qué cambiante es este clima”, medita Francisco Pizarro en tanto busca un lugar donde tomar baños de sol. Martinillo lo interrumpe para anunciarle que un grupo de caballería ha llegado con el fin de informarle que Hernando de Soto estará pasado mañana en Caxamarca.

Apresura los pasos y convoca una reunión urgente: el Inca debe morir, les dice, esa es la decisión más correcta en estos momentos. Todos los capitanes están de acuerdo. Mañana morirá.

El Inca sonríe al escuchar la noticia. Sus mujeres lloran desconsoladas. El cielo se vuelve a nublar y los truenos anuncian un día de lluvia eterna.

Yo sigo revoloteando en la habitación del Inca, anunciándole que la muerte no es el fin, sino el principio de un sueño eterno de oro y revancha.

Sandra Levy

La noche cayó como un poncho azul sobre la pampa de los Gentiles. Entonces la pampa era de propiedad de los Gentiles y no de Goldsay y Asociados, como hoy. La minera en esos tiempos no había y la pampa era tan grande como diez estadios de fútbol.

Te decía que era de noche. Noche azul que no olvido. Sandra Levy mirándome con otros ojos y yo, tú lo sabes, más tímido que zapato viejo en vitrina nueva.

Pero tragos van y tragos vienen y este amigo tuyo ya queriéndola besar delante de todos. Ya queriéndola abrazar. Ya queriéndola. Ya amándola. Ya haciéndola su mujer.

Cuando empezó a corresponder a mis requerimientos, la policía nos separó. Cómo es posible, Arturo, tú, con Sandra Levy. Y me separaron. De su cuerpo. De sus grandes senos. De sus caderas amplias como un barril, me separaron.

Y Sandra Levy en el hierba se quedó, comiéndose sus deseos. Pensando en mí. En mi amor de Romeo. En mis deseos de imán.

El resto ya lo sabes: la cárcel me aguardó. El Poder Judicial aún se ratifica en su sentencia. Y yo le doy toda la razón: un

hombre que ama así no merece estar en las calles de ningún pueblo.

Ahora el Juez ya no temerá por su Sandra y yo, a costas con mi timidez, me resignaré a morir de deseos por ella, la puerca negra más suave que he visto y he tocado.

Carta del senil amor

Gala, pequeño jardín. Amarillos pétalos.

Desde qué rincón del alma nombrarte. Poeta debería ser a fin de no acariciar torpemente tus mejillas de polen apagado. Gala, Gala, en qué momento partiste la vida mía en millones de pedazos insignificantes y terribles.

Ahora que has llegado, así canto apagado, quisiera me mires con los ojos que se te han arrebatado; con el espíritu que se te ha quitado.

Y ya ves, Gala, muerta a la casa llegas, y yo no soy —por desgracia— Dios para resucitarte. Solamente contemplo tu cuerpo de setenta años a dos horas de tu muerte.

Nada ya será como en un principio, cuando soñaba que llegarías del hospital vital y diferente.

Por toda esta desgracia deberé encontrarme contigo, Gala, no en el cielo, acaso en algunos minutos en el infierno; pues hoy, sin remordimiento ni poesía, te enterraré en el extenso jardín de nuestra abrigadora casa, como fue tu última voluntad.

Por la noche, al pie del árbol más bello, comprenderé que tu ausencia es el pastel de manzana que dejaste para saborear a una hora de tu entierro, también como fue tu última voluntad.

Sólo así, en tanta calma y tranquilidad,
el veneno también a mí me llevará a tu lado
para amarte eternamente sin otro predecible final.

Albert Camus

a.

Mariano alzó los ojos y pasó revista a los alumnos del primer año de Filosofía.

—Bien, bien, apreciados discípulos. Mi nombre es Mariano Rocha. Soy filósofo y pedagogo y, desde esta primera clase, su maestro de Filosofía de la Ciencia Exacta.

En medio del silencio pude apreciar que aún en esta bulliciosa universidad era posible escuchar el canto de los pájaros a las siete de la mañana.

Habló de todo. Se lució con la filosofía clásica alemana y, al detalle, con la griega.

La tarea para la siguiente semana: leer, por lo menos, a un filósofo de nuestra preferencia y sustentar sus ideas y biografía delante de los compañeros de clase.

Y la semana siguiente llegó tan rápido como un pestañeo.

—¿Singapur Palao, Eloy?

—Presente, maestro Mariano Rocha
—contesté.

—¿A qué autor ha leído usted? Diga todo lo que ha investigado del autor.

—He investigado a Albert Camus, maestro.

—¿Albert qué?

—Camus.

El discurso más largo que recuerde dio Mariano, el filósofo. Cómo era posible que no supiera pronunciar adecuadamente la palabra Camus. No, señor alumno, no. Se dice Camé y no Camus. Se escribe Camus, señor alumno; pero se pronuncia Camé. Camé, escúchelo bien: Camé.

Ya nada fue igual. Camé, maestro filósofo. Camé dijo esto y negó aquello. Camé nació y vivió acá, y allá hizo esto otro. Camé, maestro filósofo, recibió el Premio Nobel en 1957 y murió así... Una exposición de treinta minutos que me pareció de un inacabable mes.

—Aceptable, alumno. Excepto por no saber pronunciar el apellido del notable pensador francés. Una pena. Algo que va en contra de Camé.

A la semana me retiré de la cátedra de Filosofía. No sólo por ese desagradable suceso; no: había de empezar con mi nuevo trabajo.

b.

—¿Mariano Rocha? —llamé.

—Presente, mesiú.

La primera clase de francés había empezado y yo era el único profesor autorizado en la enseñanza de la lengua francesa, aprendida diez años antes en mi estadía

en París. Mariano Rocha no lo sabía, pues pertenecía a otra facultad de la que quise ser por algún momento un disciplinado y servicial alumno.

—¿Alguien sabe cómo se pronuncia Camus en Francés? —pregunté.

El silencio aún lo tengo en mi memoria, tanto como el rostro desencajado del entonces alumno de idiomas Mariano Rocha, ahora doctor en filosofía y Rector de esta universidad de la que me voy no sin antes haberles contado esta última historia, que es la verdadera razón de mi despido.

El alma de Santana

Como avergonzados de ser sus nuevos amigos, Raúl, Inés y yo, ingresamos por la puerta posterior y nos ubicamos en la mesa más alejada del escenario donde aquella noche iba a debutar.

Días antes, cogió la guitarra y no supo acompañarnos ni una sola canción; sin embargo, aquella noche, Omar se presentaba como el primer guitarrista del grupo Alfalfa Rock Gris.

Todos decían ser sus amigos y conocerlo. Nosotros no; lo negábamos al entrar. Sabíamos que en la guitarra era tan bueno como Inés en la cocina.

Pero aquella noche fue inolvidable: un corazón dentro de nuestro corazón; una justa bofetada con mano de hierro en nuestros rostros de tomates.

Al finalizar su presentación todos lo felicitaban. Vítores, abrazos, fotografías a su lado, autógrafos; todo lo que una estrella merece. “Santana no lo hubiese hecho mejor que Omar”, era la frase común de los asistentes.

Nosotros, tomando por asalto el micrófono nos autodenominamos sus más cercanos amigos y fanáticos. Ninguno dejó de pifiarnos y pedirnos furiosamente que bajemos del estrado.

Nos sentimos tan mal que salimos de inmediato del abarrotado local. Omar, dejando a sus seguidores, nos alcanzó en la calle.

—Si ustedes se van, yo también me voy —nos dijo angustiado y muy cansado—. Por algo ya somos como hermanos.

Avergonzados, le contamos la verdad. Él, por su parte, muy tranquilo nos contó que era un roquero nato, y no un músico de folclore serrano como nosotros. Sabiendo la razón de su torpeza para acompañarnos con la guitarra acústica, le pedimos disculpas y sonrió como siempre.

La noche nos tragó de un solo bocado y con aires de recobrada amistad decidimos crear un nuevo y común ritmo: el folkrock, mezcla de música de Santana y Huayno peruano que juramos, hasta ahora exitosamente, perpetuar. Hasta ahora, claro, que ha muerto violentamente asesinado por un fanático del ande del Perú que no soportó que Omar deje el rock para juntarse con cholos como nosotros, amantes del huayno y el folclor.

Fiesta infantil

Todos los padres de familia hemos coincidido: chocolates de fresa, gelatina, dulces de limón y canchita blanca (“pop corn”, nos ha corregido la Presidenta: Erlinda Chilón Tanta —Erly Smith, para sus amigas—, esposa del ingeniero minero George Smith de Romaña): lista de víveres necesarios para la fiesta escolar de nuestros hijos de apenas cinco años.

Desde la puerta, nuestros pequeños nos han corregido: “nada de aquello que hemos planificado, sino cerveza, cigarrillos y ron, o no asistimos a la fiesta.”

Será broma, dijimos, y realizamos todo según lo acordado. Pero nadie, ni un solo niño llegó a la fiesta.

Algo común y terrible entonces nos mortificó: el significativo gasto en vano realizado.

Maribelinda Salla

Maribelinda Salla es universitaria y hoy cumple veintidós años. Pálida, lentecitos redondos, elegante y delicada; su trenza roja casi llega —si no fuese por los diez centímetros que la separa— al mismísimo suelo.

Le decimos Mary por... hasta hoy, cariño.

Está enamorada de mí y yo de ella ya no, desde esta tarde, cuando me hizo ruborizar al preguntar —en plena Conferencia de Lingüística— si zorro se escribía con s o con c.

Increíble, no sabía que zorro se escribe con d, pues en España así es como dicen que se pronuncia.

Declaración en tiempo de Cuaresma

Tu madre se llamaba Betty. Ojos de valle y cuerpo de riachuelo. Siempre Betty, mirándome. Mirándome de la forma más extraña.

Los amigos nos hicieron sentar por primera vez juntos. Era sábado y nos dejaron solos, mientras ellos se hacían los que jugaban.

Cuando me disponía a morderme la última uña, Luis, mi buen amigo Luis, se acercó y me dijo:

—Si sigues callado y no le dices nada, olvídate que tienes amigos.

Así me armé de valor y le hablé del Último Tango en París que pude ver sin que mis padres lo supieran, de los nueve cachorritos de Pantera, de los forros grises de mis libros, de mi primera borrachera, de mi última caída en bicicleta... De todo, menos de amor.

Acabé sin uñas. Llegó la noche. Y cuando estuve a punto de decirle lo mucho que la amaba, aparecieron sus padres y los míos para hacernos casar. Y así nos casamos, o nos casaron. Esa era la costumbre: los padres casaban a sus hijos.

Te lo cuento hoy como amigo, hija mía. Hoy, justo hoy que cumples veinte años y que, coincidencias de la vida, se cumple

veinte años que tus abuelos mataron a tu madre, por dar a luz una mujer y no un varón.

Perdónalos, hija, en este tiempo de Cuaresma, pues ellos tuvieron treinta hijas, ningún hijo, y tú fuiste —no fue culpa tuya—, la primera nieta en la única hija fértil que tuvieron.

Gratitud

Aquel día bebimos hasta el cansancio. Víctor, dormido en la única banca de mi casa, era un mueble más. Todos ya se habían retirado, cada quien como pudo, y yo contemplaba ese cuerpo de treinta kilos y cincuenta años que roncaba como Biscocho.

Casi a las seis de la mañana, cuando el sol es una trenza de fuego en el horizonte, Víctor por fin se incorporó y a tientas se marchó hablando solo, con los miles de demonios que seguramente lo mortificaban. Aquella borrachera, por fin había terminado. Un alivio en mi cuarto: Víctor, borracho entre los borrachos, con su partida me permitiría descansar algunas horas.

A los pocos minutos que pude al fin cerrar los ojos, unos golpes en la puerta que parecían anunciar el fin del mundo me incorporaron. ¿Alguien habría muerto? ¿Sería el cobrador de los arriendos? ¿Mi hermana habría dado a luz? ¿No podrían esperar un poco para darme buenas o malas noticias?

Molesto y con ganas de ahorcar al primero que viera en mi puerta, salí a ver quién era el que propinaba tantos golpes a mi apollillada puerta.

Era Víctor. Había olvidado —me lo repitió un millón de veces— agradecerme

la gentileza de haberle acogido en mi casa cuando los tragos le habían hecho dormir más de la cuenta. Dio mil gracias más. Dos mil. Tres mil venias y partió, más sano que un vegetariano.

Yo quedé con los ojos de búho y la cama tendida, recordando que aquel buen amigo era un diplomático jubilado, como yo, socio honorario del bar cuyo nombre le puso él, y cuyos ambientes cuidó ad honorem: La Embajada de Tragolandia, el único lugar digno de cuidar, porque, además de bar, sirve también de caseta del cementerio y picantería marginal.

Clave de Mi

A Edgar "Chino" Tapia

La vida del músico tiene sus ventajas. Bebida gratis. Comida gratis. Casi siempre una mujer, enamorada y generosa, con inteligencia nos mira; celosa, otra, no sabe cómo llamarnos la atención. En fin, la música tiene muchas ventajas y un sólo encanto: el oído; por lo menos así pensaba hasta hoy.

La vida del músico no tiene ventaja alguna. Lo sé. Nadie te da de beber gratis. Ninguno te ofrece comida. No existe mujer enamorada; no percibo celos. Todo porque no oigo y además he cumplido —la semana pasada, creo— ciento cinco años de músico; es decir, de fecunda vida que, como un cabo de vela, alguien sopla y ya se apaga.

El despreciado almuerzo

Mi abuela cumple hoy ciento quince años. La torta ha quedado pequeñísima para tantas velitas. “Mejor un par de cirios y punto”, nos dijo su primo, el sacristán, y en seguida nos los obsequió.

Personalmente, la abuela se ha encargado del almuerzo. Mandil blanco y cabellos amarrados. Ingredientes y enseres, productos conocidos y otros raros le sirven ya para preparar el almuerzo más desagradable que recordemos.

—El que no acabe no tendrá herencia —nos dice con tanta seriedad que muchos intentan pasar los alimentos como píldoras.

Mis dos hermanos y yo optamos por otra salida: darles el desabrido almuerzo, con muchísima discreción, a las dos mascotas que hemos traído (unos hermosos perritos chinos que nos regaló Juancito la navidad pasada. “Con amor, para mis trillizos preferidos”, nos dijo el siete de abril y hoy, qué mejor que hoy, para recordarlo).

Lo primero que ve la abuela son nuestros platos vacíos y, delante de todos, nos felicita después de hablar acerca de la importancia de comer bien y de lo que cuesta conseguir alimentos tan nutritivos en este mundo de hambrunas y malos gobiernos.

Siempre alegre, va nuevamente a la coci-

na a traer nuevos y más voluminosos platos del mismo potaje pues, según ella, lo que ha preparado nos ha gustado demasiado.

Nuevamente tenemos la misma idea: vaciarlos bajo la mesa para que, por segunda vez, Chifón y Salomé ingieran lo ingerible. Pero sorpresa nuestra es ver —bajo la vieja mesa de cedro— los alimentos intactos. Rápido, y aprovechando que la abuela fue a la cocina, juntamos todo y comemos hasta la última hierba de los despreciados potajes.

Con los estómagos llenos y el gusto en pedazos, vemos llegar a que la ya no tan querida abuela —ojalá por última vez— con fuentes enormes de guisos y papas para los únicos nietos que la complacen con reconocer sus dotes culinarios en su último almuerzo de cumpleaños.

Asunto de músicos

El primer y único concierto de cuerdas iba a terminar. Música de Beethoven y de Bach en el Teatro Municipal. Salomón mira con atención al violinista René Frank.

—Cómo me gustaría trastar esa guitarrita.

—Se llama violín, no guitarrita, Salomón. Habla más bajito.

—Cómo me gustaría trastar esa guitarrita...

—Habla más bajito, Salomón...

Finaliza el concierto. Salomón se aproxima al violinista. Nosotros le seguimos para lo de siempre: cuidarlo de él mismo.

—Permítame presentarme: soy Salomón, buen músico y el único constructor de guitarras de por aquí; vengo a ofrecerle mis servicios para trastar a ese instrumento que usted ejecuta tan bien, que entiendo se llama violín.

—Perdón, señor. Este instrumento, llamado violín, no usa trastadura. ¿Cómo podría colocarle fierritos perpendiculares en su mástil? Eso está bien para las guitarras. Cómo se le ocurre querer trastar a un violín... —dice el maestro René Frank, sin ocultar cierta incomodidad.

—Trastaré uno y lo llamaré guitarra-violín.

Salomón sale molesto. Pedimos disculpas al señor violinista, hablándole de los méritos como artesano y músico de nuestro amigo Salomón.

De ese acontecimiento han pasado dos semanas y hoy Salomón interpreta Concierto para Violín de Mozart, en guitarraviolín. El público se asombra del instrumento y alaba la destreza del nuevo intérprete.

El violinista murió ayer de infarto y Salomón pide un aplauso, solo uno, para quien tuvo la generosidad de dejarse robar su violín para trastarlo a su regalado y genial antojo.

Mortal amor

Todos llegan por acá. Si no muertos, vivos.

Los Conrado, sin embargo, son un ejemplo aparte: lloraron cantando sobre la tumba de Alfredo. Los menciono porque veo venir al Alcalde, su más respetable enemigo. Alfredo sufría una rara enfermedad. Había estado enterrado tres días cuando se despertó. Lo encontramos como si hubiera peleado con un león. Por eso ahora los velamos cinco días y recién los colocamos bajo tierra.

Todos llegan por acá. Si no muertos, vivos. Usted, por ejemplo, llega a visitarnos, señor Alcalde. A ver cómo anda el cementerio, la parte nueva; para ver, seguro, dónde reposará su esposa. Seguramente elegirá el lado de los jardines, debajo del olivo, la parte más iluminada, la del lado Este. Me parece justo; humano: un gesto de amor.

Todos llegan por acá. Si no muertos, vivos. También mi hermana, mujer del Alcalde, como siempre a reprocharle por qué le puso tan poco veneno en el cebiche.

—De darme dolor de estómago no pasó, mejor me hubieses dado un balazo —le comenta. El Alcalde sonrío. O finge sonreír. Yo los compadezco. Los veo alejarse, abrazados, después de haber separado sus tumbas.

Él prosigue temeroso y ella, ocultando discretamente una flamante daga en su espalda, lo abraza con más fuerza y grita que salvo su amor por él, todo es ilusión.

Secreto a voces

—Mi mujer dijo tener cien árboles de quesillo y cuatro pozos de miel. Así me mintió para traerme aquí. Y vine, pues, sin más fortuna que una botella de vino añejo. Luego fue el asesinato de John F. Kennedy y la muerte de John Lennon. Allí empecé este oficio de beber de sol a sol, y de luna a luna también.

Ronald limpió sus gafas, sacó la botella de su inseparable maletín rojo —me parece verlo—, la copita del bolsillo derecho de su clásico saco plomo, y sirvió un ron más fuerte que alcohol de farmacia.

—¡Salud por todas! —exclamó.

Nadie le contestó.

—¡Mi mujer es tan buena como la bruja infame y malvada de su madre; pero que no lo sepa nadie!

Lo dijo tan fuerte que él, sordo y ciego después de la guerra, no lo oyó. Tampoco yo, su suegra, por eso estoy aquí, en su inesperado y repentino velorio que con mucho gusto planifiqué.

Cuestión de negocios

—Fue en La Zarza y no en Los Albergues, Calín. Venancio paseaba por su balcón, ya loco de remate, y Tomás venía de la plaza. Fue a las doce en punto. Lo recuerdo por el tañer de campanas. Eran las doce en punto, créeme. Venancio llamó a Tomás y éste fue a saludarlo. De seguro no sabía que Venancio estaba loco, ni se lo imaginaría. Un ruido paralizó el barrio. “Balazo, Grimmanuel, seguro fue balazo”, gritó mi mujer y fue corriendo a avisar a todos. Yo sabía que era un balazo de pistola Browning nueve milímetros...

Grimmanuel espera una respuesta del sargento Calín Collantes que toma sus declaraciones como testigo voluntario del hecho y el custodio del orden repara en algo: cómo sabía que era balazo de pistola Browning nueve milímetros si estaba a cien metros de distancia y los hechos sucedieron dentro de la casa y no en el balcón.

—¿Cómo sabías que era de Browning nueve milímetros y no de otra arma?

—Porque yo mismo se la vendí, sargento.

—¡Cómo te atreviste a vender un arma de fuego a un loco, Grimmanuel!

—Libre mercado, sargento, cuestiones de libre mercado. ¿O usted no sabe qué es libre mercado?

—No, pero sí la palabra venganza.

Calín Collantes, hermano de padre de Tomás y sargento de la policía de Torón, coloca contra la pared a Grimanuel, le venda los ojos, le da un beso en la mejilla y da una orden: fusilen a Grimanuel y Venancio; a Grimanuel por tráfico de armas y a Venancio por asesinato.

—¡Soy inocente, Sargento! ¡Por qué me tienen que fusilar! ¡Que fusilen sólo a Venancio! ¡Yo sólo soy un testigo! —grita Grimanuel. El Sargento lo mira piadoso y piensa: si no fueran mis amigos, yo mismo los mataría.

El pueblo no escucha los disparos del pelotón de fusilamiento, pues los cohetes de la fiesta de Torón continúan sonando.

—Más tarde vendrá otro con lo de siempre —comenta Calín Collantes, mientras se disculpa con sus colegas por la interrupción y baraja las cartas para otra millonaria partida—: han matado a fulano de tal, sargento, yo lo vi, le juro que yo lo vi.

“Este año la fiesta patronal estuvo mala —es el comentario principal en el primer noticiero de las cinco de la mañana de la radio—: sólo dos muertos y todo porque el sargento prefirió, como siempre, el juego de naipes y no le dio mayor trabajo al pelotón de fusilamiento que tanto dinero le costó al magnánimo pueblo de Torón...”

Resignación

Mi ojo izquierdo lo perdí en Paitaó y es otra historia que algún día te contaré con lujo de detalles.

Ya tuerto, decidí ir a la Capital para que me operen. “Allá encontrarás especialistas”, me dijo tu madre. Y, por supuesto, los encontré. Allí también conocí algunos lugares; mejor dicho, vi poquísimos lugares, porque a los dos días que llegué me operaron.

Era tuerto y, como ves, me dejaron ciego los especialistas impostores que, para felicidad de ellos, jamás los volveré a ver.

Si allá los encontraras, hijo mío, quítales no sus ojos, sino sus falsos títulos universitarios y diles que todos los días los recuerdo. Ese es mi deseo.

Ahora que eres el Jefe de la Policía Regional, cumple con mi último deseo, hijo mío. Caso contrario —no lo tomes como un chantaje— mando arrojar por la ventana el televisor de ochenta pulgadas a todo color que por mi cumpleaños me acabas de obsequiar.

Ojo por ciento

—Y en esta última obra civil hemos gastado cien ojo de cemento, ochenta ojo de arena, treinta ojo de gravilla y cien ojo de mano de obra.

El rostro de Antenor Smith, flamante asesor del alcalde, no puede evitar sonrojarse, mientras Inocencio Pascual, su asesorado, continúa la lectura de su discurso.

—Estos cinco últimos años que llevo elegido democráticamente por ustedes, hemos construido cien ojo de lo que inicialmente nos propusimos...

Antenor no soporta más. Delante de los asistentes le arrebató el discurso que él mismo, con tanto esmero y esfuerzo, redactó durante siete días y confirma su sospecha: por ningún lado aparece la palabra ojo.

—¡De dónde saca tanta palabra ojo, señor alcalde!

—Allí están, don Antenor. Allí están.

Juntos deciden mirar minuciosamente el discurso de evaluación de cinco años de gestión edil.

—¡Por favor, cuál cien ojo de cemento, cuál ochenta ojo de arena, don Pascual! Usted debió leer: cien por ciento de cemento, ochenta por ciento de arena...

—¡Ah!, entonces era... ¿por ciento y no ojo? ¡Cómo se le ocurre no escribirlo!

El alcalde decide despedir a su asesor por colocar —se lo comenta a cuantos puede— el símbolo “%” y no escribir “por ciento” en su tan conflictivo discurso.

—Gajes del oficio —dice Antenor Smith Romiño y acepta, con gran gozo interior, su público despido.

Terremoto

Un millón setecientos cincuenta mil casas en ruinas. Millones de seres humanos fallecidos. Pueblos del interior destruidos. Sobrevivientes traumatizados. Mujeres en harapos. Llantos de niños, como si algo desgarrara su piel viva. Ancianos abandonados a su suerte. Cada quien corre por donde el instinto le indica.

La pestilencia es tan fuerte que se la percibe por todas partes. Los grupos más preparados no hemos podido hacer nada. Este es el terremoto más grande que la región soporta.

Felizmente, agradezcámoslo a Dios, es solamente nuestro primer simulacro de terremoto que hoy exitosamente hemos ensayado.

Clemente

Nuestro profesor de primaria nos consulta a dónde iremos de viaje de promoción. A Trujillo, muy lejos, no hay recursos; a Paitaó, igual. Mejor aquí nomás, a algunas horas en carro, a un pueblito de amplio valle, caminitos que se pierden entre sus árboles frutales y con un río acorde con su alta temperatura: Magdalia.

Sobre esta decisión todos estamos de acuerdo, menos Clemente, el hijo del gerente general de la constructora Amímon.

—¿Pog qué no vamos a Pagís en avión, cguzando gandes montañas, mages, ocianos y otgos continentes? —ha dicho, casi molesto, ignorando los cientos de pueblos de nuestro amado país.

Lo hemos mirado, sin enojos, pues de geografía y, sobre todo, de bolsillos peruanos se ve que nada conoce; sólo de su querida Francia y eso ya es bastante.

Finalmente, el profesor ha optado por lo que considera más conveniente: nosotros iremos a Magdalia, una semana; Clemente, a Francia, para siempre.

Caliche

Sueña que llueve. Llueve y el día está nublado. No es garúa. “Lluvia fuerte es”, murmura. “El cuarto tiene gotera, me lo temía”, dice. Pequeñas gotas salpican a su cara. Busca la frazada para cubrirse y reniega. “Debí dormir sin medias; doblar con cuidado mi terno nuevo y guardar mis zapatos nuevos, pero estaba tan borracho que ni siquiera pude pensar en eso”, rumorea. Aún con los ojos cerrados, se persigna, agradece a Dios por un día más de vida y decide levantarse.

Calín Ayay abre los ojos, se despereza con fuerza y, como cuando no sabía dos por dos en la escuelita de Paitaó, siente que su cuerpo arde de vergüenza: un perro ha orinado en su sorprendida cara, son las doce del día en el reloj de la catedral y cincuenta niños y cuatro señoras lo rodean en el centro de la Plaza de Armas. Se levanta tan rápido que solamente dos horas después repararía en el dolor de huesos.

—Abran paso que el gobernador Ayay va a pasar —dice en voz alta el policía municipal que cuida los jardines de la Plaza de Armas.

Calín Ayay —codiciado soltero de treinta y cuatro años — se levanta y huye presuroso por la calle Lima. Al mirar tanta

gente en los balcones, piensa: estoy más desnudo que un pescado y aún sigo tan borracho como un botellón de aguardiente.

Las cuatro mujeres que lo ven alejarse, susurran: “Ya lo teníamos mareado y se nos escapó”. “La próxima será. La próxima no se nos escapa”. “Con alguna de nosotras dormiré...”

Herencia

Nuestra abuela, si hubiese sido hombre, seguramente habría sido un gran oficial.

Cuando teníamos seis años, nuestro abuelo la tenía amarrada contra el árbol de eucalipto que teníamos en el patio. La había atado con cadenas y candados y siempre que podía le arrojaba agua fría. “Hombre malo el abuelo”, decíamos bajito las nietas que desde el poyo la mirábamos.

“Apiádense hijas”, nos gritaba cada vez que el abuelo salía a comprar. “Apiádense, o Dios las castigará por infames”. “¿Cómo podemos ayudarte abuela?”, le preguntamos, y nuestra vida empezó a transformarse.

Nos indicó el lugar donde el abuelo guardaba las llaves: dos en forma de tubos que pesaban como troncos mojados. Abrimos los candados y desencadenamos a la abuela. Ella ni nos agradeció y corrió al espejo. Se pintó los labios, se cambió el vestido, se puso los zapatos charol, se peinó con su peine de hueso y, dándonos muchos besos, se perdió por el Cerro Negro rumbo al cuartel militar. Mi abuelo no nos resonó. Nos abrazó y lloró. “Otra vez mi mujer en lo de siempre”, dijo, y bebió hasta el día en que murió, tres años después.

La abuela no más regresó. Alguna vez la vimos pasar cuando los soldados se des-

pidieron del pueblo. Era, así murmuraban las cucufatas, cocinera y algo más del regimiento. Los hombres del pueblo le enviaban besos volados y ella, alzando la falda, mostraba sus muslos tan blancos como yucas peladas mientras brindaba airosa con pisco que los oficiales le alcanzaban.

Ahora nosotras, después de quince años de aquellos sucesos, pensamos como ella: servir, como buenos soldados, a nuestra amada patria; por eso estamos aquí, mi Coronel, para lo que usted mande y seguir, de ser posible, el ejemplo de nuestra abuela que esperamos haya sido una servicial y leal soldado, como se lee en el monumento que adorna este glorioso cuartel que usted comanda.

Misiva de misivas

Pamela, amor mío:

A la fotografía que te envié —donde nos vemos acostados y desnudos sobre una cama—, acompañé una carta donde escribí, entre otras cosas, lo siguiente: Aún está fresca la forma fascinante en que hicimos el amor días atrás en aquel hostel del centro de la ciudad.

Sé que por un error tuyo él descubrió la fotografía; pero, por un acierto (ley de la contradicción), no logró leer la carta. Qué bueno, pues estarías en peores apuros.

Ahora que él vino —con sus ojos llorosos— a indagar por los sucesos que vivimos, no hice más que reírme de su suerte y, como convenimos, lo negué todo. Gracias a Dios pudiste informarme todo a tiempo (qué genial invento el correo electrónico).

Finalmente amor, un beso que son mil. Mil que son millones. Millones que son incontables actos de amor y —jamás lo olvides— que lo nuestro sea eterno.

Se despide quien jamás te olvida:

Tu esposo,

Juan.

Madrugadora solidaridad

—Mi querido Walter, he venido, mi hermano, acudiendo a tu llamado.

En seguida me abraza y espera alguna orden mía. Son exactamente las cuatro y treinta de la mañana; aún está oscuro y las aves no han iniciado su concierto al aire libre.

—Perdón, Ricardo —le digo—, ¿cuál llamado?

—El que escribiste en la nota que dejaste en mi casa.

Mis hermanos son hígado. Mis abuelos en vano intentan conciliar el sueño y se han sumado al humor de los primeros. Ricardo no sólo ha despertado de la forma más rápida —con toques de piedra sobre las puertas de lata— a toda mi familia, sino a toda la vecindad.

—La nota que me dejaste es contundente, mi querido Walter —me dice insistente, mostrándome un pequeño papelito en el que reconocí mi letra—. Si no lo recuerdas, léelo tú mismo.

“Querido Ricardo: ruégote venir a mi casa a las cuatro y treinta, necesario es que conversemos con suma urgencia. Fraternalmente, tu amigo: Walter”.

—Eso es lo que dice, mi buen Ricardo —le digo—, pero en lo que no te has fija-

do, seguramente porque has perdido tus lentes que parecen fondos de botella, es que la fecha que está con letra pequeñita en la parte inferior del papelito se lee veinte de diciembre y, como puedes no ver, es del año pasado y además, en letra pequeñita también, dice: es la mejor hora de la tarde para conversar.

—Perdón, mi querido Walter, perdón. Yo creía... cómo he podido cometer semejante error... Veinte de diciembre del año pasado... por la tarde. Mil perdones, hermano mío, pero hoy hallé esa nota, justo hoy. Perdón. Perdón.

Ricardo se aleja disculpándose mientras recuerdo que efectivamente escribí aquella nota hace un año; el motivo por el que lo hice en mi memoria se ha extraviado.

Con el papelito entre mis manos, comienzo un agotador trabajo de explicaciones, casa por casa, a mis trasnochados, furiosos e incrédulos vecinos que a insultos y piedras me piden que me retire mientras pueda, o llaman a la policía. Acepto con agrado, pido disculpas a mis padres y hermanos y voy directo a mi cama fría, pensando que si la policía llegara me entregaría nomás, pues ahora que lo recuerdo hice esa notita para que Ricardo me defendiera en mi demanda de alimentos que ha devenido en orden de captura y sueño nunca conciliado.

El abuelo

Por él supimos de la disolución de la Unión Soviética, de persecuciones políticas, de José Carlos Mariátegui y de Víctor Raúl Haya de la Torre, y de los diversos gobiernos que por el país pasaron. Sombrero negro, terno negro, corbata negra y medias oscuras; mi abuelo paterno como un film antiguo: lejano y ameno.

Nos asombraba su memoria. Fechas, nombres y sucesos desfilaban por sus largas conversaciones que hoy nadie recuerda. Se persignaba —“es comunista, no es posible”, decían sus ilusos yernos— antes de ingerir cualquier alimento. La Virgen Dolorosa era su consuelo y alivio. “Los milagros son posibles si los haces existir”, nos decía cada vez que algo nos parecía imposible.

De él, en verdad, casi nada supimos. Su madre, esposa de un Coronel del Ejército, murió cuando era niño. Desde adolescente, trabajaría en periódicos en los que destacaría como cronista; ya viejo, y director de alguno de ellos, habría de dejarlo por la prisión que destruye el alma de los hombres buenos. Alguien de mucho poder le ofreció dinero para callar la verdad acerca de una toma de tierras; contra gobiernista le dijeron y en una celda oscura y pestilente acabó. Cinco años en prisión fueron suficientes,

pues hoy ha salido —o, para ser exactos, lo hemos sacado—, a cuestras.

Perseguido por sus ideas en Paitaó —lo supimos, pues nos contó muchas veces— decidió venir a vivir aquí a Torón donde enseñó en la Escuela Pre vocacional de Varones N° 1111. Guitarrista y de buen hablar, el abuelo siempre se hizo querer y fue amado por todo tipo de mujeres; “para el verdadero amor la infidelidad es una quimera”, solía decir.

Le resultaba tristísimo informarse de injusticias. “La justicia social es un estandarte de la vida”, repetía siempre. César Vallejo sería el poeta cuyos versos desfilarían por sus labios durante toda su vida. Pero Vallejo —un hombre, además, de fino humor que conoció en París— era para sus nueras, o para sus mujeres, un bicho raro, otro loco como él. En este triste barrio en que aún vivimos de lo único que se hablaba era de vecinos y maridos engañados, hijos sin mayor suerte que sus viajes sin retorno a la costa, fiestas de santos y otros temas que nunca le importaron; y aún algo de eso siempre queda, a pesar que ya vemos televisión y vamos en tropa a los juegos de Internet.

Sin embargo, algo aquí —a pesar de todo— le retenía: lo verde del valle, la dirección del periódico que tanto le costó, el

cinema del centro de la ciudad o el río de truchas pequeñas que bien supo preparar.

Recuerdo ahora —con claridad de agua de lluvia— su colección de revistas de la Segunda Guerra Mundial agrupadas en tres tomos con figuras en color sepia; formato grande, empastadas por él, sin otra pretensión que guardar testimonios de sucesos de otro tiempo. Teníamos que abrirlas entre dos; deshojarlas era un deleite: el mundo parecía transformarse en aviones rápidos, tanques pesados, barcos inmensos, soldados disparando y muriendo... jamás nos cansamos de mirar. Sus preciadas revistas que —con sueldo de maestro primario— pudo conseguir, ya no existen. De esos tomos nada queda; en usos personales, inicios de fogatas y otros fines se fueron.

Nunca conocimos a todos sus hijos. Ninguno de ellos se conocía y eso es una tragedia, pues hoy han llegado todos, por lo de la herencia, por reclamar el sombrero, el saco nuevo, los zapatos charol; en fin, como lobos tras el cordero, a reclamar. Pero a reclamar qué. Nada, pues nada tiene. Lo que tuvo, sus mejores libros, por ejemplo, acabaron en las letrinas de su primera mujer, otros libros se salvaron de la hoguera porque tenían muchas figuras a colores que gustaban mirar sus vecinos, los que terminaron finalmente apolillándose en la

biblioteca de su primer yerno que supo leer.
Reclamar qué; nada, en verdad nada.

Que sepamos son cuarenta sus hijos;
y —yo soy uno de ellos— ciento noventa
nietos con su apellido en nuestras partidas
de nacimiento.

Y ya qué más decir; el abuelo murió
hoy, por la mañana, en la nueva prisión de
Torón. Lo sacamos a cuestras. Son las seis
de la tarde y yace tendido en una mesa cual-
quiera, rodeado de velas blancas que arden
calmadas, hijos hambrientos de herencias,
juicios por su sueldo de maestro.

Las viudas no lloran, se miran murmu-
rando, sonriendo o enseñándose los dientes;
y nosotros, los nietos de trece años, decidi-
mos jugar a los periodistas para recordarlo
cómo era, antes que partiera —con la
cabeza y el corazón en alto—, rumbo a la
cárcel que lo acogió hasta el día de hoy en
que, si no fuera por su muerte, cumpliría
setenta años de vida plena.

La Quinta Dólar

Quedaba en una calle angosta y empedrada. Una acequia, no siempre silenciosa, recorría su centro.

Las casas de tierra roja casi se besaban entre sí y sus balcones eran cómplices de infidelidades cotidianas. Allí, en esa ahora lejana calle —que llevaba Unión por nombre— quedaba la Quinta Dólar: un conjunto de seis cuartitos de carrizo y tierra —tres en cada lado y una especie de patio, con muchas plantas en el centro—, donde viví doce años.

A la izquierda de mi habitación —la segunda, entrando a la derecha— vivían dos extrañas jovencitas. Salían sólo por la noche y todo el día dormían. Los domingos, sin falta, por la tarde, lavaban su ropa interior y, casi con devoción, la secaban delante de mi cuarto, siempre sonriéndome. Las llamaban —muy bajito, para que no escucháramos—, las Murciélagas; nunca pasaron de un saludo y solo entre dientes algo entre ellas murmuraban. Murieron tuberculosas, pues casi no comían y su trabajo requería —así decían las vecinas mayores, tan ociosas como las plantas de romero que regaban diariamente— de gran esfuerzo físico. Resultaron ser, a decir de doña Verbenita, la anciana dueña de la famosa Quinta, mujeres

de mala vida. Yo las miraba pasar, en minifaldas y sostenes leves, yendo a trabajar al novísimo local de la ciudad, a quien habían bautizado como Aquí se está mejor que al frente, el primer prostíbulo de la ciudad, ubicado frente al cementerio.

A la derecha de mi habitación vivía un joven que se decía poeta, estudiante universitario y filósofo; se emborrachaba de lunes a lunes. “Los universitarios somos mejores que cualquiera”, decía antes de empezar a beber. Murió alcoholizado y nunca pasó de estudios generales, a los que asistía como alumno libre, pues en verdad —nos enteramos en el velatorio— nunca ingresó a la universidad; sólo iba para que sus padres creyeran que era universitario.

En el cuarto número cuatro había una pareja especial: hacían el amor todo el día; ella era un amplificador y sus jadeos eran hartos conocidos. Escandalizaban a toda la quinta, hasta que los vecinos lo decidieron: quejarse a la propietaria para que los expulse a la brevedad posible. “Hay niños, no tienen vergüenza, cómo es posible que ella no se calle, esa mujer no tendrá una almohada para taparse la boca”, decían las escandalizadas vecinas; así, una tarde, después de escuchar todos los argumentos —sobre todo aquel de “es una quinta pobre, pero muy decente”—, sacaron todas

sus cosas: dos maletines viejos, máscaras y ropa extraña, y partieron. Eran, lo supe cuando algunos días después los buscaron algunos amigos suyos, actores de una obra teatral llamada: Cómo hacer el amor en el escándalo del placer. Sólo eran ensayos; lamentablemente, éstos tenían realismo extremo. Nadie los comprendió.

En el cuarto frente al mío vivía una familia singular. Tenían una pecera sin peces, un perro enano con sarna, artefactos eléctricos que no funcionaban, y toda su ropa parchada. Era una familia de ocho, incluyendo dos ancianos y cuatro niños. Nunca acabé de comprender cómo así vivían tantos en un espacio tan reducido. Sólo el padre trabajaba, como obrero eventual, hasta que su mujer asistió a reuniones de alfabetización y recibió —a cambio de aprender a leer— alimentos gratuitos. Así su marido acabó —a fuerza de pereza— viviendo de los alimentos y emborrachándose. Ella nunca aprendió a leer, pues si lo hacía no iba a recibir alimentos y, mientras lo hiciera, habría comida para todos. Aún viven así, según dicen, fingiendo de analfabetos, pero con la barriga llena y el corazón contento.

En el cuarto seis vivían dos hombres; “son negros, no se junten con ellos”, era el decir de todos. Trabajaban en las minas; de ellos nada importante supe, sólo los vimos

tristes —también lloran, se sorprendía doña Verbenita, más blanca que mina de cal— cuando los llevó la policía; “por haber robado gasolina durante los dos años que trabajaron”, se rumoreaba. Los condenaron a veinte años de cárcel, mientras el verdadero ladrón —a quien conocí en una reunión de ex alumnos del colegio donde estudié— contaba la historia riéndose: “esos negros se van a pudrir en la cárcel por burros y honrados”. Héctor y Manué —así decían llamarse—, jamás volvieron; se alocaron al año y ya nadie da razón de ellos.

Ahora que la Quinta Dólar se ha incendiado, que nada queda, sólo puedo contarte esto, querida hija, para que así tal vez interpongas tus buenos oficios como flamante Jueza de la Corte Superior de Paitaó, pues iré a testificar contra la propietaria que ha incendiado la Quinta Dólar, para que salgamos todos, pues ya a nadie soportaba por los arriendos sin pagar todos estos largos y difíciles años.

Decisiones

—¿Dónde guardas el tesoro que has encontrado, viejo?

Varias veces repitió la pregunta desde la última grada, pero el viejo no respondía. Andaba de un lugar a otro, figgoneando, sacándose de la garganta un largo parlamento de frases incomprensibles.

—No lo voy a repetir más, viejo. No quieres decirme nada. Te jodes solo —dijo algo cansado y, acomodándose el kepí, salió cerrando la puerta con cuidado. “Más fácil es amaestrar a Lirón a que el viejo hable”, pensó. El capitán del séptimo regimiento cerró nuevamente la puerta y avanzó al fondo del patio. El cabo lo anunció y, sin mayores preámbulos, informó lo de siempre al Mayor Camilo:

—El viejo no quiere hablar, mi Mayor. Sigue en sus mismas frases incoherentes, y así no creo que en ni en cien años sabremos dónde está el tesoro.

El Mayor apagó el cigarrillo, se levantó, miró por la ventana el desierto y el anchuroso mar que soportaba un sol que era una moneda de oro puro que bajaba directo al agua extensa y dijo:

—Fusílenlo.

—Pero, mi Mayor, el viejo es su padre.

—Era, Capitán...

—A lo mejor si lo torturamos más...

—Quedaría más loco, Capitán.

—Yo pienso, mi Mayor, que...

—Es tiempo que no piense, Capitán —interrumpió el mayor—, sino que obedezca.

—Sí, mi Mayor.

—¡Ah!, y antes que salga, quiero que sepa que si lo mando fusilar es por amor de hijo a padre. Por nada más.

—Sí, mi Mayor.

La tarde era un corazón paralizado. El Capitán frente al pelotón de fusilamiento y el Mayor sentado en la misma silla del día anterior, contemplando. Esta vez ningún torturador sino seis soldados frente al viejo, apuntándole.

—Tu última voluntad, viejo —dijo el Capitán.

El viejo pareció ignorar el pedido y miró al Mayor con pena. El Capitán esperó una respuesta y el pelotón de fusilamiento la orden de disparar.

—Solo una —dijo el viejo dirigiéndose al Capitán—. Que me sirvan un plato de tallarines preparados por usted con carne de Lirón.

—Carajo, solo eso faltaba —refunfuñó el Mayor—. Con carne de Lirón...

—Es un deseo, mi Mayor —intervino el Capitán—. Y un deseo es un deseo. Más si es de un hombre que va a morir.

—Está bien —dijo el Mayor mortificado. Y fue de prisa a la cocina.

El pelotón descansó bajo la sombra del gran árbol de nogal que adornaba el patio de la formación. El viejo se sentó contra la pared y el Capitán prendió el único cigarrillo que le quedaba y ordenó traer su cenicero dorado. El sol, implacable, hacía vibrar la arena y el silencio se apoderó del cuartel. A lo lejos, casi como susurros, el mar aplaudía con sus olas embravecidas y el viento parecía contemplar silencioso la vida de esos hombres fascinados por hallar tesoros en la única casa que había quedado en pie después del bombardeo.

Todo era paz hasta que los gritos, como una explosión, irrumpieron la momentánea tranquilidad del cuartel.

—Una mala noticia para todos, mi Capitán —anunció el cabo que llegó primero—. El Mayor ha muerto, o mejor dicho, lo mató Lirón, nadie sabe cómo pasó, nadie da razón...

El viejo sonrió, habló claro y levantó la voz:

—Aún soy el General de este regimiento y desde este momento retomo el control de cuartel.

—Sí, mi General —dijo el Capitán saludando militarmente al viejo.

—Asciendan a Lirón a Cabo.

—Sí, mi General.

El Capitán abrazó al viejo y le dijo al oído: “Perdóname, padre, tu hijo Camilo estaba loco; yo nunca estuve de acuerdo con fusilarte.”

El viejo lo miró y, con algo de pena, lo arrulló. El pelotón de fusilamiento se incorporó a las filas y el Capitán ordenó traer el cuerpo del Mayor y a Lirón para el asenso, como había ordenado el General.

Lirón llegó con el cuerpo ensangrentado y encadenado. El viejo lo acarició con calma, lo limpió su extenso hocico y su lengua larga, puso especial atención en sus fauces de gran cocodrilo; limpió sus lágrimas que nunca le faltaban y limpió su cuerpo con gran delicadeza, lo mimó y se sintió feliz.

El cuerpo del Mayor era irreconocible.

—Un mes sin comer mi pobre Lirón, ni que fuera de acero... —dijo el viejo, marchándose a su alcoba donde esperaba su mujer que esta vez admitiría, sin necesidad de torturarla, que todos eran sus hijos, menos el que tenía el grado de Mayor y que se llamaba Camilo, como su primer amante.

Bueyes

Juansaló no pudo contener la risa al ver a Elizabeth caída sobre el balde lleno de melaza. Sus dientes escasos se dejaron ver a la luz de los lamparines del establo. Los que la rodeaban, que no eran más que sus cuatro bueyes, la miraron sin asombro levantarse maldiciendo su mala suerte y continuaron lamiendo la sal que ella les había traído con tanto esfuerzo.

Ella no pudo contener la ira y cogió un palo para darle a Juansaló, pero no pudo alcanzarlo, pues él huyó por la ventana; solo logró escuchar un golpe seco que él se dio sobre el piso de piedras puntiagudas bañadas con excremento de bueyes. Eli, como la llamaban desde pequeña, lloró de cólera: “otra vez lavar los sucios pantalones de mi marido”, maldijo.

Los bueyes dejaron los terrones de sal y fueron donde Juansaló para lamer sus heridas que le provocaron una fiebre intensa y luego el tétano que corrió precipitadamente a su cerebro y lo mató en pocas horas.

Después de tres días de llantos y bebiditas, los bueyes jalaban el féretro de Juansaló camino al cementerio local, mientras Eli reía discretamente de aquella caída de su anciano marido y lloraba también por haber quedado en la más completa orfandad, con

sus quince años de vida en un pueblo de hombres joviales y rudos que llegaban por batallones, después de tantos años de una guerra absurda y de pelear por nada.

Los bueyes volvieron a lo suyo, a lo que mejor sabían hacer: lamer la sal que esta vez los ex soldados traían por montañas, pero ahora, además, como consuelo a la jovial viuda que corría desnuda por el renovado establo con una botella de vino en cada mano, riéndose de los que apostaban por quién la atrapaba primero.

Recuento

—Cien más cuarenta y cinco micro cuentos me he contado. De todos, uno me pertenece. Ciento cuarenta y cuatro son ajenos, no extraños; ajenos. Uno es mío. Pero uno acaso es ciento cuarenta y cinco. Ciento cuarenta y cinco quién sabe es ninguno. Ciento cuarenta y cinco micro cuentos míos son. O no lo son, siéndolos. Ajenos no son, pero son lo que son: voces que no llegaron a tiempo para salvar a este Uno enredado entre Millones —dijo el Oidor y murió dando ciento cuarenta y seis vueltas en el recipiente de metal que previamente con agua llené.

Punto final

*Lirios del valle y arroyos murmurantes
hacia el calor y libre espacio se abren.
Así concluye mi cántico invernal.
Mi verde sueño y mis ojos.*

Lars Forssell

Índice

Inicio	7
Sara	13
El humano error de Andrés	14
Deseo mortal	15
Monólogo del árbol llamado Pino	16
La esperada muerte del gran amigo	17
Recuerdo fugaz del extraviado dios	18
Pequeño detalle.....	19
Historia de Alindor	21
Enfermedad desde la infancia.....	22
Visiones pueden no ser.....	23
La cambiante violinista.....	24
La mujer del torero	26
Visiones del fusilado	27
Cabalgata eterna	30
Discusión elemental	31
El hacedor de justicia	32
Codicia de mis amigos	34
Muerte a traición	35
Decisión no grata	37
Desfile bucal (20)	38
Reflexiones últimas del buen curandero	40
Toma de decisiones	41
Flashman	43
Ya no el Rey	45
Palabra de gallero	46
Hambruna	49
Culpa ajena	51

La huelga magisterial	53
Descubrimiento felino	54
Consulta	56
La mala cena	57
El sin espuelas	58
Fragmentos de un diario de guerra	60
Loboluna	62
El mirador enamorado	64
Los quintos infiernos	66
Cinema audible	68
Suerte	70
Monólogo en arena	71
Soliloquio de goldfish	72
Lejanías	73
Humildad con garras.....	75
Memoria del electricista	76
Fue en el cañón.....	78
La pluma	80
Lo que le dije al negociador	83
Penitente algo caliente	84
El más perezoso que yo	86
Discusión interna	87
Pedagogía del silencio	88
Confidencia nuestra	89
Defensa del buen amante.....	90
El juicio final.....	91
El muro	92
La salvación: el río	93
Mal festejo	94
Toque de queda.....	95
Ellas	97

Metamorfosis	98
Corrector	99
Navegando dialogan	102
Crítico de arte	104
Repreguntas	106
Errar humano es	108
Yo Shalín.....	109
Testamento del asilado.....	110
Fortaleza	112
Historia de trillizos	114
Cazador cazado.....	116
Realidad visual.....	117
Prudencio.....	118
Toque de puñales.....	121
La noche en que la luna se detuvo	123
Recuerdo alrededor del féretro de mi amo que fue	125
Categoría gramatical.....	127
Francisco en su final	128
Patricia	130
Confesión de parte	132
Al final de la batalla	133
Tragedia.....	134
Diagnóstico	136
Cita en verano.....	138
Cuentas.....	140
Consejo en la barra	141
Beso uno.....	143
Promesa al final del muelle.....	145
Carnaval de 1993.....	146
Luchador con clase.....	148

Canto de búho.....	149
Travesía.....	151
Penitencia.....	153
Versión de Eleodoro	156
Actitud.....	158
Siempre ellas	160
Mona de ceda	161
Disparo imposible	164
Destino.....	165
Hoja de coca	167
Aprendizaje.....	168
Versión del vencido	169
Encrucijada.....	171
Lo que será ya es.....	173
Piedroista.....	174
Contador de palabras.....	176
Candela.....	177
Inusual herencia.....	179
Aurora	181
La esposa de mi amigo Pako	183
Cántico en luna llena.....	186
La lancha.....	187
Lotería	189
En vivo y en directo	190
Las mejores narraciones del mundo	191
Ahijado de la suerte	192
El erudito.....	194
Confusión contada	196
El lector de la tristeza larga	197
Testigo de parte.....	198

Sandra Levy	200
Carta del senil amor	202
Albert Camus.....	202
El alma de Santana.....	207
Fiesta infantil.....	209
Maribelinda Salla.....	210
Declaración en tiempo de Cuaresma.....	211
Gratitud.....	213
Clave de Mi	215
El despreciado almuerzo.....	216
Asunto de músicos	218
Mortal amor.....	220
Secreto a voces.....	222
Cuestión de negocios	223
Resignación	225
Ojo por ciento	226
Terremoto.....	228
Clemente	229
Caliche.....	230
Herencia	232
Misiva de misivas	234
Madrugadora solidaridad	235
El abuelo	237
La Quinta Dólar.....	241
Decisiones.....	245
Bueyes.....	249
Recuento.....	251
Punto Final	252